

MANUEL DÍAZ OMNES



Wanderers



**BIOGRAFIA
ANECDOTICA
DE UN CLUB**

DE OMNES "STADIUM"

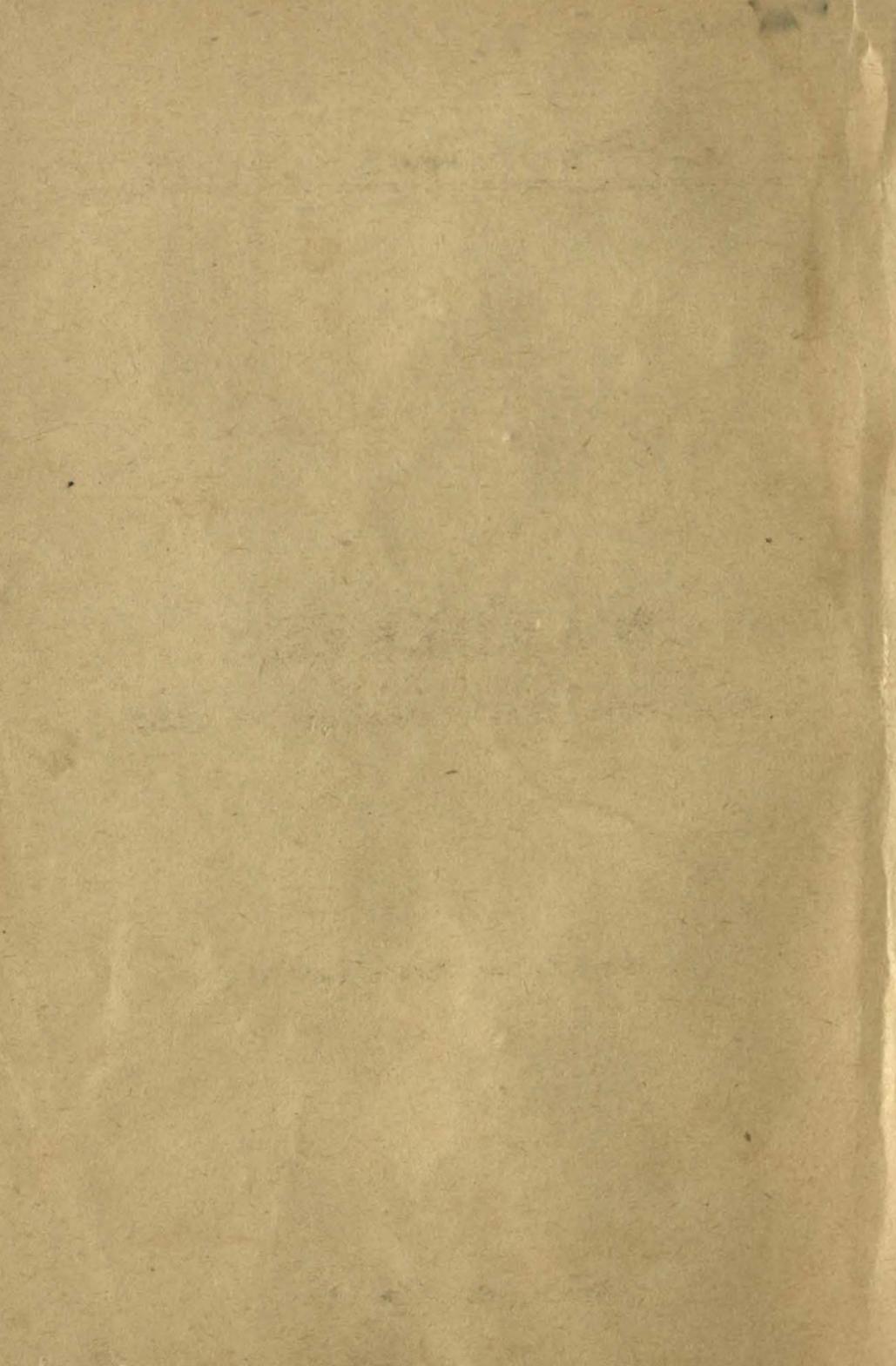


Presentado a:

Maria Gutiérrez A.

WANDERERS

BIOGRAFIA ANECDOTICA DE UN CLUB



— MANUEL DIAZ OMNES —

WANDERERS

BIOGRAFIA ANECDOTICA DE UN CLUB

(Portada de Víctor Castro)

EDICIONES "STADIUM"

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Inscripción N° 14948

MANUEL DIAZ OMNES, autor de este primer volumen con que "Ediciones Stadium" inicia sus actividades, es un porteño enamorado de Valparaíso. En 1926 —hace nada menos que un cuarto de siglo— publicó su primer libro "Suprema Angustia", que le valió el calificativo de "poeta del puerto". Era un pequeño volumen en el que en versos sentidos supo plasmar toda la poesía que encierran los barrios porteños.

Después de varios años de silencio, le vimos reaparecer en el campo de los deportes, como director de una revista satírica que, hace una década, hizo época en Valparaíso.

Como dirigente deportivo supo mancomunar sus inquietudes espirituales con el prosaísmo y belleza del balompié, destacándose entre los directores de Santiago Wanderers, por su capacidad y cualidades singulares.

Gran parte de su obra literaria se encuentra dispersa en diarios y revistas, como asimismo sus satíricos artículos sobre deportes, que siempre ha firmado con distintos seudónimos.

Este libro que hoy entregamos a la publicidad y en el que Díaz Omnes hace la Biografía anecdótica de un Club, es el primer ensayo que se escribe en Chile sobre la existencia de un instituto deportivo; y además tiene el mérito de estar escrito en un estilo liviano, no exento de bellas metáforas, y con cierta ironía, salpicada de un sano humorismo.

"Wanderers, Biografía Anecdótica de un Club", es un libro que no sólo ha de interesar a los deportistas, sino que, como dice el autor, puede ser leído por tirios y troyanos.

EL EDITOR.

ADVERTENCIA

Al iniciar este ensayo fué mi propósito detallar cronológicamente el desarrollo anecdótico e institucional de Santiago Wanderers, —Club Decano del Fútbol Chileno— pero, por desgracia, la dolorosa realidad de que éste no posea un archivo de su vida pretérita, me ha impedido darme esta satisfacción, que estoy seguro también habría sido la de todos los wanderinos.

Sin embargo, creo haber reconstruido, en parte, su historial, mediante la cooperación de antiguos socios de la institución, como sus fundadores Arturo Acuña y Francisco Avaria, por ejemplo, y la de otros viejos tercios que, mediante sus recuerdos, me han permitido bosquejar escenas y personajes que han sido el nervio y el espíritu de Wanderers de ayer.

No obstante, pido a los wanderinos perdón por las omisiones en que haya incurrido, pues toda investigación va completándose con el tiempo y en la vida pasa-

da de Santiago Wanderers hay muchos hechos que se tergiversan o se callan, quizá si con fines personales o egoístas.

Afortunadamente hombres de dilatada actuación en el Club, como Guillermo Nelson y Eliseo 2º Guerra, fallecidos actualmente, fueron siempre respetuosos con la realidad histórica y es así como gracias a ellos y a Víctor Romero, Andrés Morán, Juan Silva y otros, he logrado, en parte, salvar estos escollos, entregando a la publicidad este libro, en donde he querido plasmar la biografía anecdótica del Club.

Si he logrado mi propósito, me basta la satisfacción de haber materializado una buena intención, pero si no lo he alcanzado, confío en la indulgencia de los socios de Wanderers que sabrán aquilatar mis buenos deseos.

MANUEL DIAZ OMNES.

PRIMERA PARTE

DE LA CANCHA DE LOS LUCUMOS...

I

DEBEMOS FUNDAR UN CLUB

Era una pléyade juvenil que no alcanzaba a la veintena y de los cuales el menor frizaba apenas los tres lustros.

Pero eran niños-hombres con almas de gaviotas.

Arrullados ayer, en sus cunas, por el murmullo acariciante de las olas y abiertas, ahora, sus pupilas a la ansiedad inmensa de los océanos sin horizontes, tenían sintetizados en sus retinas todos los atrevimientos de las cosas grandes y sus ansias de superación y lejanías rasgaban, como un bauprés, los cielos y las brumas hasta el otro lado del puerto.

Entre jarcias y cabrestantes paseaban sus juveniles entusiasmos, todas las tardes, después de un pesado día de trabajos o de estudios; y contemplando los grandes transatlánticos con sus vientres preñados de mercancías, soñaban, más de una vez, en aprisionar el mundo entre sus manos, como esos viejos gavieros, hediondos a tabaco, que tenían tatuados en sus pechos el rostro de una malaya o el perfil estilizado de una doncella argeliana.

Corría el año 1892.

El puerto de Valparaíso, entre el muelle Prat y los almacenes de la Aduana, no era otra cosa que un abirragado conjunto de razas y una Babel en donde la aventura se masticaba, como el tabaco, en un distinto gerigonza.

Hombres rubios y fornidos que a fuer de tanto navegar se mareaban en tierra firme; marineros asiáticos de piernas enclenques y miradas aviesas, lucían sus nostálgicas borracheras en los chibiritiles de la calle de Los Alamos, junto a rotos macizos que del contrabando y las faenas del mar habían hecho su religión o poniendo una pincelada de color en las tabernas de la calle Blanco, que con las cajas de música de sus viejas pianolas, trituraban las melodías de valeses que hablaban de lejanas tierras.

Pero dentro de este vivir precipitado y sin norte, había unos cuantos bichicumas que en vez de idiotizarse en las chinganas de la calle Maipú o en las cantinas del puerto, preferían frecuentar —de levita o chaquet— las filarmónicas de la calle San Juan de Dios, bailando una cuadrilla con una hija de familia o distraerse, por las tardes, corriendo tras una bola de cuero y vestidos de corto como muchachos colegiales.

La cancha "El Empedrado", frente al Muelle Fiscal, pasó a ser el rendez vous de vagos, estudiantes y marineros.

Cientos de pobres diablos que, día a día, rumiaban su hastío junto a los malecones, se entretenían, por los atardeceres, mirando a estos gringos locos que con agilidad felina corrían tras una pelota, dando cada brinco y pegando cada patada que hacía cerrar los ojos a más de un pusilánime.

El juego del balompié ya se les había hecho familiar; conocían sus reglas y penalidades, pero a nuestra pláyade juvenil que no alcanzaban a la veintena, aque-

llo de llamar *hans* a las manos y *corners* a las esquinas, se les hacía tan cuesta arriba como aprenderse el nombre científico de las cucarachas y de las puigas.

—¿Por qué no organizamos un *team* de *football*?

(1), —propuso una tarde Romeo Real, recalcando enfáticamente las palabras inglesas—. Yo creo que podemos jugar casi igual a los gringos.

Y no le faltaba razón al proponente.

(1) Es cosa común que a toda manifestación deportiva se le atribuye origen greco-romano.

Muchos hombres que han hurgado en la historia de los deportes, no han trepido en declarar que el fútbol también viene de esta cuna.

Afirman unos de que en la antigua Grecia se le llamaba *folis* y otros de que los romanos lo practicaban con la denominación de *harpaston*, unos 50 años antes de Cristo.

Unos y otros están profundamente equivocados.

Y para comprobar esta categórica negación, nos basta constatar de que en los Juegos Olímpicos realizados desde el año 76, antes de Cristo, hasta el del año 392 de nuestra era, nunca apareció programado el juego del balompié, lo que demuestra fehacientemente de que este deporte aún no existía.

Por consiguiente, debemos de aceptar la teoría de que el *football* nació en Inglaterra, allá por el año 1044, después de la ocupación de estas islas por los daneses.

Dicen algunos historiadores deportivos de que un grupo de obreros que se hallaba trabajando en un campo, en donde los ingleses se habían batido con los conquistadores daneses, encontraron en una excavación un cráneo humano, con todas las características del conquistador.

Al verlo la indignación de éstos llegó a tal grado, que comenzaron a darle de puntapiés y aunque estos obreros trabajaban descalzos, convirtiéronse automáticamente en un equipo deportivo.

Otro cráneo desenterrado posteriormente, creó la formación de otro equipo, lo que originó luego la substitución del cráneo por la vejiga inflada de una vaca, originaria del *ball* o balón en castellano.

Desde hacía algunos meses nuestro grupo juvenil no concurría por las tardes a ver jugar a los británicos.

La cancha de "Los Lúcumos", situada en la parte alta del Cerro Carretas, era ahora el punto de reunión de todos ellos. No bien disponían de unas horas libres se congregaban, en gran número, a practicar el ba-

En ésta, su etapa primitiva, el fútbol era de tumultos y desorganizado, llegando así hasta los principios del siglo XII, en que los equipos se componían de cien o más jugadores por bando y se enfrentaban entre las juventudes de pueblo a pueblo.

El equipo triunfador era el que llegaba con la vejiga inflada hasta la calle principal del villorrio enemigo, con gran desesperación y pánico del vecindario.

Sus nombres primitivos de "patear la cabeza del danés" o "patear la vejiga", obtuvo su denominación definitiva a mediados del siglo XII en que empezó a llamársele **football**.

Como el deporte nacional en Inglaterra, en aquella época, era el arco y la flecha y en vista del gran auge que tomaba el football, el Rey Enrique II se vió obligado a legislar, prohibiendo, con pena de prisión, no sólo a la juventud que lo practicaba, sino que también a los dueños de los campos en donde este deporte se desarrollaba.

Sin embargo, durante cuatro siglos se jugó **football** ilegalmente en Inglaterra, hasta que una vez descubiertas las armas de fuego, se abandonó la arquería y el Rey Jaime I, levantó la prohibición de Enrique II y dió vida legal al **football**, el deporte más popular, hoy por hoy, en el mundo. Sin embargo el fútbol alcanzó su organización verdadera y definitiva en el Imperio Británico sólo en el año 1863, bajo la denominación de "**London Football Association**" y para distinguirlo de otros deportes que eran un producto adulterado de su verdadero origen los ingleses lo denominaron "fútbol asociado".

Treinta y dos años después, el 19 de junio de 1895, fué reglamentado el fútbol de Chile bajo la **Football Association of Chile**, con asiento en el puerto de Valparaíso.

lompíe; y lo hacían con tanto entusiasmo y derrochaban tantas energías, que muchas veces los sorprendía la noche dando de patadas al balón o a las canillas de sus contrincantes.

—Yo creo que el team lo tenemos formado, —insinuó Pancho Avaria, un muchacho paliducho que hacía de capitán del conjunto—. Lo que a nosotros nos falta es dar un nombre a nuestro equipo o fundar un club, como otros que ya hay organizados.

Y la idea lanzada así, de sopetón, espontáneamente y sin trascendencia, quedó grabada en los cerebros de todos ellos, como una necesidad imperiosa de dar formas reales a un deseo tantas veces sentido, pero nunca jamás expresado.

—Claro; debemos fundar un club.

—Debemos fundarlo...

Y quizás si por primera vez aquel grupo de muchachos ilusos que no se arredraba ante la magnitud de cualquier empresa, creyó sentirse cohibido ante la materialización de un ideal que, por querer concretarlo muy a prisa, no podían darle formas, limitándose a repetir, como un eco, las palabras de sus compañeros:

—Sí, debemos fundar un club...

II

LE LLAMAREMOS SANTIAGO WANDERERS

El Muelle Prat que se adentraba en la rada quizás unos cien metros, formando en su terminal un vistoso abanico de escaleras empinadas y chalupas multicolores, tenía aquella tarde un aspecto desolado.

Bajo la tenue caricia de un sol invernal y junto a las amplias puertas de rejas de acero que permanecían abiertas a los marineros de todas las latitudes, un roto de blusa blanca masticaba su aburrimiento, junto a una olla de greda llena de huesillos cocidos y a un canasto colmado de mote dorado, en espera del parroquiano que quisiera comprarlos "pa la calor".

El blanco edificio de la Gobernación Marítima, aprisionado entre gruesas cadenas que a dos metros de sus frontispicios, ondulaban entre pequeños monolitos de concreto, daba sus espaldas a la Estación del Puerto y miraba frente a frente al Pacífico, soslayando, con indiferencia, la vieja casona del Resguardo, que se agachaba humillada, blanquesina y sucia, frente al majestuoso Monumento de la Marina.

Arturo Acuña, un muchacho triguero, de espiga-

da figura y naciente bozo, paseaba aquella tarde de domingo, con un texto de trigonometría bajo el brazo, sus inquietudes de estudiante junto al mar.

Sus diecisiete años vividos a hurtadillas, entre los cerros de Playa Ancha y Barón, le exigían más elasticidad a sus músculos y, por ende, mayor radio de actividad. Deseaba conocer su Valparaíso más allá del Almendral, para que no le contaran cuentos, cuando se recibiera de marino —estudiaba para ingeniero— y para que el Chico Avaria, que se las daba de periodista, no le afirmara con cierto énfasis de que la Perla del Pacífico terminaba en la desembocadura del Aconcagua y nacía en Las Torpederas.

Por sobre los mal ensamblados tablonés que servían de base a los malecones y por cuyas ranuras veíase claramente el vaivén de las olas, avanzó lentamente hacia el Muelle Fiscal, pasando junto a las letrinas públicas que exhibían, con sus deterioros, a todos los navegantes que llegaban al puerto, la miserable edificación del primer emporio de la República y bajo la mirada inquisidora de los "buitres", dignísimos poncias del Resguardo que, bala en boca, cuidaban las entradas del puerto y los intereses de los contrabandistas.

Detúvose un momento; y acodándose en la barandilla del malecón, se quedó unos instantes con la mirada abstraída.

Los hermanos Aiduam que desde las puertas de la Pensión Roma, en Avenida Errázuriz, le habían divisado, cruzaron las vías férreas y se acercaron a sacarle de su ensimismamiento.

—Hace rato, Chueco, que te buscábamos.

—Y yo también les esperaba.

Y los tres amigos, satisfechos del encuentro, encaminaron sus pasos hacia la plaza.

—¿Has pensado, —consultó Alberto— sobre el nombre de nuestro club?

—Esta mañana conversé con Arévalo y Solar, sobre esto mismo, —repuso Acuña— y todos están de acuerdo de que debemos ponerle un nombre inglés.

—Anoche —agregó Alejandro— cuando nos juntamos en la plaza la mayoría insinuaba el nombre de Wanderers.

—El nombre es bonito, —sentenció doctoralmente Acuña—. Además tengo entendido, en Inglaterra hay un club Wanderers de mucho prestigio. Pero es el caso que aquí tenemos un Valparaíso Wanderers.

Habían llegado a la Plaza Echaurren; y agregándose al corro de amigos que planeaban entusiastamente la formación del club, la discusión se hizo más animosa. Y a pesar del asentimiento unánime que había entre todos ellos de que el club había que llamarse Wanderers, no sabían como franquear la barrera que les representaba ese "Valparaíso Wanderers", formado por puros gringos, que por saber demasiado el significado de la palabra, no la sabían sentir, como ellos, en toda su magnífica significación de aventuras.

Y cuando la decepción parecía ya embargarse en las almas de aquella pléyade juvenil, el chico Benito Cruz, insinuó, displicentemente, sin intención ni trascendencia, una frase que quizás no pensó nunca que en la historia del deporte chileno iba a perdurar como una enseña de decanato futbolístico.

—Pues si hay un Valparaíso Wanderers, a nuestro club nosotros le ponemos Santiago Wanderers y santas pascuas. Además nuestro club será más nuestro porque llevará el nombre de nuestra capital.

Y los ojos de aquel grupo de muchachos parecían iluminados, ante la solución repentina que encontra-

ba Benito a su problema, y una sonrisa de triunfo se retrató en todos los rostros.

—Claro, nuestro club puede llamarse Santiago Wanderers.

—Nó, debe llamarse.

—Pues le llamaremos Santiago Wanderers.

III

HACIA SU ORGANIZACION

Perdidas las manos en los bolsillos y ocultando parte del rostro tras el levantado cuello del abrigo, aguardaba impacientemente en una esquina de la Plaza Echaurren, un muchacho de estatura regular, ojos vivaces y anchas espaldas.

Diez y siete años, quizás, pero los rasgos enérgicos de su fisonomía varonil delataban al hombre prematuramente maduro, que intuitivamente conoce las cosas de la vida o que, por lo menos, se inclina a comprenderlas.

Su actitud observativa así nos lo demostraba.

La abigarrada muchedumbre que en su torno moviase con inusitado nerviosismo, no era otra cosa para Gilberto Hidalgo que una lección más de las ya tantas aprendidas en las aulas abiertas de la vida y que por su simpleza y heterogeneidad le mostraban, palmariamente, el significado definitivo de su razón de ser.

Una llovizna persistente caía sobre el empedrado formando a la luz de los faroles, pequeñas charcas luminosas que se quebraban, de cuando en vez, bajo los cascos irreverentes de las cabalgaduras que subían por calle Clave, rumbo a las caballerizas del Ce-

rrero Toro, en donde descansarian de su diaria jornada, mientras que sus amos echaban una cana al aire en la chingana de Los Alamos con San Martín, casi frente al Bazar El Ancla de Oro, la casa de remolienda de mayor prestigio entre la gente de mar, ya que estaba ubicada en el edificio mismo en que habitara Lord Cochrane.

Toda la población de los cerros del puerto parecía haberse vaciado en aquella hora en la Plaza Echaurren. Marineros que lucían sobre sus pechos cuatro iniciales rojas, bordadas en cruz sobre un jersey azul oscuro; rotosos palomillas que desde los cerros Cordera y Perdices bajaban a solazarse con las canciones un poco picantes que cantaban, con engoladas voces, dos mauchos regordetes que vendían versos de fabricación propia, comadres cargadas de sendos bolsones que, después de haber hecho la plaza, se detenían en las esquinas a pelar, por horas enteras, a cuanto bicho viviente había en el barrio; picasales y estibadores, aduaneros y contrabandistas, toda la fauna de un pueblo formado entre velámenes y aceite quemado, movíase con pertinaz inquietud, mientras las tiendas "El Jazmín" y "La Sirena" encendían sus mecheros a gas o un dependiente del "Gremio Marino", vendía a un chilote cualquiera un par de pantalones de cheviote inglés, a dos pesos cincuenta y ganando plata...

Confundido entre la multitud avanzó Gilberto hasta la calle Matriz. Mirando hacia el mar destacábase, como telón de fondo, la puerta ojival de la Recova del Puerto, sobre cuyo marco desafiaba agresiva la enorme cabeza de un toro de raza, cuyos cuernos de concreto contrastaban con la actitud pasiva del Cristo que a su frente, en el frontispicio de la Parroquia de La Matriz, con sus manos tendidas invitaba a la meditación.

Detúvose un rato, sin saber por qué, ante los escaparates de un almacén de comestibles. Sacudió nerviosamente el abrigo que, a la luz de los mecheros, parecía, por la llovizna, como engastado en diminutos diamantes, y considerando la inutilidad de su espera avanzó, con paso firme, por la calle del Arsenal.

—¡Hidalgo!— llamó una voz desde el otro lado de la acera.

Volvió instantáneamente la cabeza y su exclamación, fué espontánea:

—¡Avaria!

Los dos amigos se tendieron la diestra con llaneza.

—No sabes cuánto te he esperado.

—Hace rato, también, que te busco.

Y sin decirse nada buscaron el reparo acogedor del toldo de la tienda "La Dalia Azul", bajo cuyo alero podían cambiar impresiones sin las molestias naturales de la llovizna que, momento a momento, tornábase más pertinaz y que iba dejando las calles desiertas.

—Hablé con Sánchez, —informó Avaria al mismo tiempo que limpiábase el rostro con un pañuelo—. Le expresé nuestros planes y nos espera mañana en su casa.

—¿Y los demás muchachos?

—Murphy quedó de juntarse esta tarde con Solar en el Cerro Artillería. A estas horas debe estar en Camrampungue toda la gallada.

—Pues vamos allá.

Y sus siluetas desdibujáronse en la penumbra de la calle Arsenal para desaparecer, en definitiva, en la encrucijada de la calle Matriz, tras las iluminadas ventanas de la tienda "La Exposición".

IV

SE ABRE LA SESION

Los hermanos Luis y Germán Sánchez habitaban el segundo piso de un edificio amarillo de frontis de calaminas, situado en el lado oriente de la Subida Carampangue, un poco más arriba del terminal del Callejón de Los Meados y casi frente al sendero que llevaba al Cerro Artillería.

Después de múltiples ruegos habían logrado que sus progenitores les habilitaran el comedor de la casa para efectuar en él una reunión con sus amigos de la cancha de "Los Lúcumos", en la que iban a ver si podían fundar un club.

Obtenida esta franquicia la pieza ahora se hacía estrecha para contener a la muchachada.

Juan y Antonio Mujica, sentados junto a la puerta, contaban mentalmente a los asistentes. Romeo Real conversaba animadamente en un ángulo de la sala con los hermanos Lobos, mientras los dueños de casa entraban y salían de la pieza tratando de atender a los que iban llegando.

—Adelante, Alfredo, estás en tu casa, —decía Lucho Sánchez— ofreciendo una silla de Viena a Arévalo que penetraba en la estancia, en tanto que su hermano Germán, saludaba risueño a Benito y Nicanor Cruz, que llegaban seguidos de Eduardo Pizarro.

—¿Faltan muchos todavía?— consultó Vicente Lobos que acodado sobre la mesa leía a media voz en “El Mercurio” de la tarde, el folletín “La Bella Hochatera”, conquistando la atención de Lucho González que le escuchaba ensimismado.

—Los hermanos Parker dijeron que llegarían en seguida, —informó Romeo Real que desde el pasillo había logrado percibir la pregunta de su amigo

Un grupo de muchachos junto a la ventana, miraba por entre los cristales las carretelas que subían hacia Playa Ancha, entre los gritos guturales y los latigazos de sus conductores y el esfuerzo extralimitado de sus cabalgaduras.

—¡Pobres bestias!

Una dama cincuentona de rostro risueño y amplias y largas polleras de sarga azul, entró repentinamente a la sala y saludando con una reverencia a los muchachos, con voz suave y cadenciosa ordenó a Germán, al mismo tiempo que extraía del azabache de su pelo una ondulada horquilla de acero.

—Abre un poco el traga-luz, hijo, pues está muy pesada la atmósfera.

Y colocando la horquilla sobre el borde superior del tubo de la lámpara a parafina, que desde el centro de la mesa presidía la reunión, advirtió a los muchachos, como disculpándose de su intromisión.

—Es para que una corriente de aire no les vaya a dejar a oscuras.

—Y recalcó—. Se puede quebrar el tubo.

Y haciendo un saludo versallesco abandonó la sala.

Todos los asistentes asintieron con un movimiento de cabeza las expresiones de la dama y agradecieron, quizás, en su fondo, esta delicadeza inesperada.

Abierto el tragaluz de la ventana el aire del comedor empezó a renovarse; y a Isidoro Martínez que con

ojos inquietos miraba para todas partes, le pareció que con el aire fresco había vuelto a la vida un enorme pescado que, en una oleografía colgada en la muralla, sacaba la cabeza de una reluciente bandeja colmada de tomates, lechugas y pimentones.

Pedro Mujica anunció desde la puerta.

—Ahí viene Hidalgo, con Avaria y Acuña.

Instintivamente, la mayoría de los asistentes, acercándose a la mesa acomodáronse en sendas sillas.

Carlos Solar, el veloz entre ala que en la cancha de Los Lúcumos ponía a raya a los más corredores, tuvo que conformarse en participar en la reunión, parado y en tercera fila y afirmado en el aparador sobre cuya cubierta una licorera de cristal, con sus vasos oscilantes, parecía advertirle a cada momento, la necesidad de manteanerse quieto, so pena de efectuar una quebrazón y dar por terminada la reunión antes de iniciarla.

—Bueno, —dijo Gilberto Hidalgo tomando como por derecho propio, la presidencia de la reunión— procederemos a abrir la sesión. Germán Sánchez, como dueño de casa, actuará de secretario. ¿Hay oposición?

Un silencio absoluto se hizo en la sala y todos los muchachos, como emocionados, se miraban unos a otros, sin alcanzar a comprender el por qué de la turbación que los embargaba.

El martillo del tiempo golpeó siete veces en la campana de un reloj de caoba que adornaba la sala, colgado desde un muro y la hoja del calendario indicaba el día lunes 15 de agosto de 1892.

Afuera oíase el murmullo de los transeúntes que se recogían a sus hogares y el ruido de los vehículos llegaba perturbador a la sala, cuando Gilberto Hidalgo, pronunció, por primera vez, las palabras rituales:

—Se abre la sesión.

ESTE ES EL CLUB DE MI HERMANO

Tenía sus razones para saberse engreído.

Sus pantalones abombillados de anchas listas grises y negras, conjuntamente con alargarle las piernas parecía que empinaban su persona, colocándola en un plano superior, sino de inteligencia, por lo menos de estatura.

Podría afirmarse que sus dieciocho años no bien maduros, refundíanse aquella tarde en un vestón negro de seis botones y vueltas diminutas, sobre las cuales destacábase la nivea blancura de un cuello de goma, que parecía amarrado al cogote por una corbata de líneas oblicuas, azules y rojas, que caía sobre el pecho como un detente de su elegancia.

Mientras caminaba, con paso tardo, por la acera sur de la calle Serrano, sintió cierto deleite al contemplar en las vitrinas de los almacenes "El Globo" el perfil de su personalidad, que parecía acentuarse bajo su sombrero de copa redonda y alzadas y rígidas alas

La vicepresidencia del club con que la muchachada le había distinguido, era ahora para Vicente Lobos

la iniciación de una nueva era en su vida de muchacho trabajador y modesto; pues de otra manera no se explicaba aquel refinamiento de **dandy** y aquel aire protector que empleaba para tratar hasta asuntos sin importancia.

—Está bien, señor presidente, —le había objetado aquella mañana a su amigo Gilberto Hidalgo, al conocer su opinión sobre la marcha del Club—. Pero estimo que sus ideas debe usted exponerlas en el consejo directivo.

Y el cabro Hidalgo, el hombre ejecutivo de aquel grupo de muchachos en vías de organización, con una sonrisa irónica, le respondió a su flamante vice:

—Entonces citaremos para esta tarde a reunión.

Y es por esto que ahora con paso mesurado, como contemplándose los zapatos de charol con cañas de gamuza gris-perla y abotonados sobre los tobillos, dirigiase a la Plaza Echaurren, **rendez-vous** de la palomilla brava del puerto y amplia sala de sesiones del nuevo club deportivo, del cual Vicente Lobos había sido ungido vicepresidente.

Bajo un farol a gas, en el frente mismo de los Grandes Almacenes "El Vapor", aguardaba Isidoro Martínez, el primer tesorero, mirando de reojo las vitrinas, con ambas manos en los bolsillos del abrigo y el cuello de éste subido hasta taparle la parte inferior del rostro.

'Saludó Lobos ceremoniosamente y consultó de inmediato:

—¿Ha llegado el resto del Directorio?

—Sí, ahí está —repuso indiferentemente Martínez, mostrando con un gesto un numeroso grupo de curiosos que se estrechaban en torno de un par de ciegos que, con voces lastimeras y al compás de una gui-

tarra y un desvencijado violín, cantaban en el centro de la plaza:

“Oh, flores que nacéis tristes
“bajo la yerba escondidas,
“por qué sois tan parecidas
“a otras flores que amé yo...”

Pancho Avaria cruzó la calzada y saludando amistosamente al recién llegado, informó tendiéndole la diestra:

—Sólo faltabas tú, para abrir la sesión. Al frente está todo el directorio.

Los cieguitos habían dejado de cantar y mientras enfundaban sus instrumentos, sus auditores ocasionales dispersábanse en todas direcciones, quedando junto a ellos sólo un corrillo de comadres, los nueve flamantes dirigentes del nuevo club deportivo que tenía su sala de reuniones en las amplitudes de la Plaza Echaurren y dos hijos de Constantinopla que vendían al aire libre desde un par de medias borlón, hasta una peinetta para el moño, “todo a cuarenta”.

José Murphy que a pesar de no haber sido elegido en el directorio, hacía las veces de director de equipo, informó a los concurrentes:

—De acuerdo con lo conversado con el presidente del Club Nacional, del Cerro Artillería, mañana jugaremos en el “Empedrado” un match de football. El amigo Avaria, como capitán, me dice que debemos formar con Eduardo Real, como goal-keeper; Pancho Avaria y Gilberto Hidalgo, de backs; Romeo Real, Enrique González y Pedro Mujica, de half-back; Manuel Álvarez, de wing derecho, Eduardo Pizarro, de insider; Arturo Acuña, de centro-forward; Carlos Solar de insider izquierdo y Germán Sánchez, a su lado, de wing.

A pesar de que de las diez personas presentes sólo se incluía a seis en el equipo y a pesar, también, de lo poco que habían entendido la clasificación inglesa que daba Murphy a los jugadores, aceptaron gustosos su composición, con el bien entendido de que se entrara a cancha correctamente uniformados y no como aquellos descamisados que pichangueaban todos los domingos, luciendo más hilachas que una penca.

—Yo sólo exijo corrección en los uniformes, —puso como condición Vicente Lobos— con el ejemplo visible de la pulcritud de su indumentaria.

—Pierde cuidado, cabro —repuso Manuel Alvarez— que desde hacía quince días no dormía pensando en la hora en que debía lucir el uniforme de su club. Nosotros nos presentaremos más encachados que los gringos.

Y Cuando a la mañana siguiente —entre el Muelle Prat y las bodegas de los Ferrocarriles— entraron once muchachos a la cancha, luciendo pantalones negros de ajustadas piernas, cuyos bordes inferiores les rozaban las rodillas; anchos cinturones de cuero con relucientes hebillas de níquel y cubiertos sus pechos henchidos de gozo por albas camisetas de manga corta, con ribetes negros, y dos iniciales enlazadas sobre el corazón, una sonrisa de triunfo dibujóse en el rostro de sus inspiradores y el acicate de la curiosidad pinchó las almas de los habitúes a las jornadas matinales de la cancha el "Empedrado".

—¿Qué club es éste? —preguntábanse mutuamente— pero no lograban darse una respuesta.

—¿Cómo se llama este club?

Y Santiago Murphy, un muchachito de quizás apenas unos seis años de edad, que obedecía al apodo de "El Crespito", por lo ensortijado de su cabellera, y que en aquellos momentos desempeñaba el papel de

cuidador de las ropas de los jugadores con que se demarcaba la anchura de los "arcos", fué el encargado de dar la respuesta:

—Este es el club de mi hermano, —dijo solemnemente, con el orgullo propio del porteño—. Se llama Santiago Wanderers. Y es mi club...

SEGUNDA PARTE

...PARTIO SANTIAGO WANDERERS...

VI

EL CAPITAN FERNANDEZ VIAL, UN CLASICO Y UNA PONCHERA

El Siglo XX, cuando hizo su entrada por las canchas de fútbol chilenas, encontró a Santiago Wanderers algo crecido, por no decir que usaba, de acuerdo con la época, pantalones a media pierna.

Tenía inscrito su equipo superior en la **National Football Association** (1), organismo que presidía ho-

(1) Aunque la **Football Association of Chile**, fué fundada el 19 de Junio de 1895 y la primera Competencia Oficial se inició en 1896, Wanderers inscribió por primera vez su equipo el año 1898 y lo hizo en la **Challenger Football Association**, pero como esta competencia no tuvo definición, por la disparidad potencial de los equipos, al año siguiente —1899— ingresó a la **National Football Association**, logrando el campeonato, para inscribirse en definitiva —1900— en la **Football Association of Chile**.

Cuando el 14 de Septiembre de 1912, la **Association Football of Chile**, tomó el nombre más castellano de Asociación de Fútbol de Chile, para controlar y dirigir el fútbol de todo el país, quedó automáticamente fundada, en el puerto, la "Liga Atlética y de Football de Valparaíso", en donde Wanderers continuó actuando oficialmente, hasta el año 1940, en que pasó a fundar la "Asociación Porteña de Football", entidad que abandonó en 1944, para ingresar a la Asociación Central de Football de Santiago.

norariamente el Capitán de Navío, don Arturo Fernández Vial, hombre de agua por todos los lados —la salada para navegar y la dulce para beber— enemigo irreconciliable del alcohol y entusiasta patrocinante de los deportes.

Durante su actuación en canchas porteñas, Wanderers participó en los siguientes campeonatos oficiales, a contar de 1900, como queda expresado más arriba. No obstante, para completar los orígenes del fútbol chileno, daremos los datos desde su primera competencia.

Debemos advertir, como un paréntesis, que antes de la organización nacional de fútbol —Asociación ayer y hoy Federación— los clubs se inscribían anualmente, muchas veces cambiando de nombres, como en el caso del año 1900 en que Wanderers participó en el Campeonato de la **National Football Association**, con el nombre de "Juventud Atlético".

CAMPEONATO DE 1896

Equipos participantes: Valparaíso F. C., Mac Kay and Sutherland, Victoria Rangers, National, Valparaíso Wanderers, Unión Chillean y Valparaíso Rangers.

Campeón se tituló el Valparaíso F. C., con el siguiente equipo: Fonck; Reynolds y Hodgson; Diener, Wallace y Crangle; Gifford, Lever, Brown, Bushell y Flemming.

CAMPEONATO DE 1897

Equipos participantes: Britania, Mac Kay and Sutherland, Western Athletic, Colegio San Luis, Porteño F. C., Escuela Naval, Valparaíso Wanderers, Valparaíso F. C., National, Blue Star, Unión Chilien, Victoria Rangers y los clubes de Santiago: Santiago Athletic y Santiago Rangers.

Obtuvo el campeonato este año el Valparaíso F. C., con el cuadro siguiente: Madden; Crangle y Mac Lean; Hodgson, Reynolds y Byrne; Taylor, Walker, Brown, J. Lever y L. Lever.

Santiago Wanderers, conjuntamente con los clubes Chile-Brasil, Liceo Wanderers, La Cruz, Cordillera, Liceo Rangers, Red Star, Liceo Star y London, disputaban un campeonato de jerarquía y la competencia "National" —como se le llamaba— pasó por lógica a

CAMPEONATOS DE 1898 y 1899

Estos años no hubo definiciones en los torneos futbolísticos, pues con las fundaciones de las **Associations, Challenger, National** y **Caupolicán**, se subdividió en tal forma la competencia, que no se llegó a un resultado definido. Wanderers compitió estos años en la **Challenger**, conjuntamente con el La Cruz y Santa Lucía.

CAMPEONATO DE 1900

Clubes participantes: Santiago Wanderers, Brasil-Chile, Liceo Wanderers, La Cruz, Cordillera, Liceo Rangers, Red Star, Liceo Star y London.

Campeón de este año: Santiago Wanderers, con el siguiente equipo: Juan Leiva; Avaria y Fernández; Leblanc, Lütjens y Ducassé; Pizarro, Alvarez, Acuña, Espinoza y Gallardo.

CAMPEONATO DE 1901

Equipos que participaron: Santiago Wanderers, Valparaíso F. C., Yungay, Badminton y Valparaíso Wanderers.

Campeón: Valparaíso F. C. con el cuadro que sigue: Mahoney; Galvin y Crangle; Inglis, Taylor y Walker; Williams, Nelson, Brown, Stuthers y Bell.

CAMPEONATO DE 1902

Participaron los siguientes equipos: Valparaíso Wanderers, Santiago Wanderers, Valparaíso F. C., La Cruz, Junior, Badminton y Cordillera.

Nuevamente este año salió campeón el Valparaíso F. C. con los mismos integrantes del año anterior.

conquistar toda la afición del puerto, no sólo por la calidad de los equipos que en ella actuaban, sino que porque el capitán Fernández Vial, como buen hombre de espada, llevaba todas sus cosas de "frente marr...

El equipo de "La Cruz" que ya caminaba con

CAMPEONATO DE 1903

Equipos que compitieron: Badminton, Escuela Naval, Sud América, Valparaíso F. C., Cordillera, Viña del Mar, Santiago Wanderers, Junior, Alemán, Aspirantes a Ingenieros, La Cruz y Menzies.

Este año nuevamente fué declarado campeón el Valparaíso F. C., con los siguientes jugadores: Torres; Crangle y Walker; Goldsworthy, Taylor e Inglis; Struthers, Hamilton, French, Beteley y Paine.

1 9 0 4

Participaron los mismos cuadros del año anterior y una vez más Valparaíso F. C. obtuvo el campeonato con el siguiente equipo: Torres; Struthers y Crangle; Paolinelli, Taylor y Walton; Walker, French, Donaldson, Bluecowe y Mackenzie.

1 9 0 5

Este año la competencia tomó gran jerarquía, pues para darle más seriedad la **Association** clasificó, por primera vez, a los competidores en tres divisiones, quedando sólo para actuar en Primera, los siguientes cuadros: Valparaíso F. C., Badminton, Santiago Wanderers, Menzies, Cordillera y Viña del Mar.

El campeonato lo obtuvo el Badminton, con la siguiente escuadra: Cristhie; Bruce y Gillet; Walbaum, Dearch y Dous; W. Walbaum, Campbell, Rogers, J. M. Lyon y H. Lyon.

1 9 0 6

Nuevamente Badminton obtuvo el Campenato, con el mismo equipo del año 1905 y con los mismos jugadores. Cabe ha-

pasos firmes sobre las canchas, se había convertido en el enemigo número uno de las huestes wanderinas, pues ganaba partido tras partido, haciéndole sombra a las aspiraciones del decano.

cer notar que a raíz del terremoto de ese mismo año muchos equipos se disgregaron y no terminaron su actuación oficial.

1 9 0 7

Frente a los mismos equipos clasificados en "Primera" en el año cinco, el campeonato lo obtuvo Santiago Wanderers, con el cuadro que sigue: Nelson; Pédola y de la Barra; Rodríguez, Jiménez y Nock; Acuña, Reyes, Espinoza, Alvarez y Muñoz.

1 9 0 8

Este año la competencia de "Primera" quedó limitada a los siguientes cuadros: Valparaíso F. C., Viña del Mar, Badminton, Santiago Wanderers, Escuela Naval, La Cruz y Universo.

El campeonato fué ganado por Badminton con el siguiente equipo: Smith; Ferguron y Williams; Walker, Allen y Holmden; Davidson, Simmons, Morris, A. Hamel y H. Lyon.

1 9 0 9

Este año fueron clasificados en primera los siguientes equipos: Badminton, Valparaíso F. C., Gold Cross, La Cruz, Viña del Mar, Menzies, Diamante y Thunder. Wanderers obtuvo una vez más el campeonato con el cuadro que sigue: Nelson; Pédola y de la Barra; Allan, Nock y Westwood; Muñoz, Dear, Acuña, Lyng y Reyes.

1 9 1 0 y 1 9 1 1

En estos años participaron los clubes que siguen: Valparaíso F. C., Badminton, Santiago Wanderers, Gold Cross, Corinthians, Diamante, La Cruz, Alemán, Underwood, Thunder y Oxford.

Fué así como ambos clubes llegaron a disputar la final, la que se jugó en la cancha de "Los-Lúcumos", con un resultado lógico, por la calidad de los contendores: empate a cero gol.

Por dos veces consecutivas ganó el campeonato el casi invencible Valparaíso F. C., con el siguiente eleven: Gibson; Forgie y Dean; Hallen, Lewis y Mellgate; Johnstone, Hoy, Tartolom, Hamilton y Paolinelli.

1 9 1 2

Competieron los equipos siguientes: Badminton, Gold Cross, La Cruz, Santiago Wanderers, Underwood, Valparaíso F. C. y Pennsylvania.

Se clasificó campeón el equipo de Badminton, con los siguientes hombres: Mac Lean; Ashe y Mac Williams; Walker, Allen y Lomax; Davidson, Roberts, Burke, Simmons y Lyon.

1 9 1 3

Frente a los mismos contendores, se clasificó campeón Santiago Wanderers con el siguiente equipo: Lester; Pascoe y Cárdenas; C. González, Díaz y Leiva; Rojas, Aguilera, Austin, Barbagelatta y Geldes.

1 9 1 4

Este año, por primera vez, el cuadro de "La Cruz" se inscribió como campeón, con el siguiente equipo: López; Herrera y Muñoz; L. Rojas, Godoy y E. Rojas; Cordero, Brito, Vásquez, Suazo y A. Díaz.

1 9 1 5

Nuevamente Santiago Wanderers obtuvo el disputado título de campeón, con el siguiente equipo: Lester; Pascoe y Cárdenas; González, Díaz y Leiva; Rojas, Aguilera, Austin, Mario y Geldes.

Frente a este hecho, la directiva de la "National" dispuso que el desempate se jugara en la cancha de "Caleta Abarca", para que así los crucianos hicieran de dueños de casa, ya que su sede social la tenían en Viña del Mar.

1 9 1 6

Este año el galardón del triunfo fué para el "La Cruz" que se clasificó campeón con el siguiente equipo: Guerrero; Herrera y Muñoz; Rodríguez, Rojas y Díaz; López, Fernández, Vásquez, Brito y Fuentes.

1 9 1 7

En esta competencia empezó a actuar por primera vez el Club de Deportes Everton, obteniendo el campeonato nuevamente Santiago Wanderers, con la escuadra siguiente: Guerra; Gatica y Cárdenas; Alvarado, Díaz y C. González; Llantén, Barbagelatta, Serey, Leiva y Geldes.

1 9 1 8

Campeón el "La Cruz", con los siguientes defensores: Guerrero; Muñoz y Letelier; E. Rojas, L. Rojas y Poirier; Fredez, Vienes, Vásquez, Manríquez y Brito.

1 9 1 9

Los verdes de Santiago Wanderers nuevamente se clasificaron campeones, con los siguientes jugadores: López; Gatica y Cárdenas; Báez, Cartagena y Alvarado; Díaz, Llantén, Bolidos, Barbagelatta y Geldes.

1 9 2 0

Este año actuaban en primera división los cuadros que siguen: Nottighan, Arturo Prat, Waddington, Anglo Chilean, Ar-

Congregó este partido a tal número de aficionados, que el capitán Fernández Vial, decía, a quien quisiera oírle, vuelto loco de gusto:

—Esta es la forma de combatir el alcoholismo: vida al aire libre y práctica de deportes.

tillería de Costa, Badminton, La Cruz, Santiago Wanderers, Everton, Diamante y Gold Cross.

El campeonato fué conquistado por primera vez por el Artillero de Costa, con estos defensores: Muñoz; Canto y León; Navarrete, Rozas y Elgueta; Varas, Briones, Pérez, Alvarado y Conejeros.

1 9 2 1

Se inscribió nuevamente Santiago Wanderers, como campeón, con el siguiente equipo: López; Gatica y Cárdenas; Alvarado, Calderón y Tapia; Díaz, Gómez, Bolados, Segura y Geldes.

1 9 2 2

Participaron este año en el Campeonato los siguientes clubes: Santiago Wanderers, La Cruz, Everton, Badminton, Artillería de Costa, Diamante, América y Jorge V.

El campeonato lo conquistó el La Cruz, con el siguiente cuadro: Guerrero; Soto y Poirier; C. Rojas, Fuenzalida y O. González; Cruz, Carrasco, Vásquez, Frez y Pérez.

1923, 1924 y 1925

Estos tres años consecutivos, fueron los años de oro, es decir amarillos, pues el equipo del La Cruz, pese a los dolores de cabeza que le dió Santiago Wanderers en los grandes clásicos porteños, obtuvo los tres campeonatos, casi con los mismos jugadores, salvo uno que otro reemplazo. Defendieron a "La Cruz": Guerrero; Chávez y Poirier; Casilla, Catalán y O. González; Navarro, Román, Rojas, Frez y Reyes.

1 9 2 6

Este campeonato no tuvo definición, por el hecho de que

Mente sana y cuerpo sano.

Pero a pesar del esfuerzo puesto por ambas escuadras, ninguna pudo superarse, dando término a la brega con un nuevo empate, pero ahora a gol por lado. En

los jugadores de distintos equipos estaban entre los "probables" o "posibles" para la selección del Campeonato Sudamericano.

1 9 2 7

Campeón de este año fué el equipo de "Valparaíso Ferroviario", con el siguiente equipo: Pacheco; Estay y Calderón; Rojo, Catalán y Olivares; Merino, Tapia, Benítez, Carbonell y Ruz.

1 9 2 8

Este año Everton se inscribió por primera vez entre los "grandes" y se tituló campeón, con los siguientes jugadores: Court; Beke y Orellana; C. Torres, Boffi y Délano; García, Loyola, Aceituno, Coddou y Montt.

1 9 2 9 y 1 9 3 0

Nuevamente el "La Cruz" se clasificó campeón estos dos años, con el siguiente equipo, con algunos pequeños substitutes: Guerrero; Fuentes y Poirier; Rojas, Arenas y Riveros; Rojas, Hormazábal, Ortiz, Cortés y Arenas.

1 9 3 1

Everton volvió este año por sus fueros y nuevamente se clasificó campeón con el cuadro que sigue: Brito; Carocca y Ruz; C. Torres, Ríos y Contreras; Peña, Castro, Bravo, Iturrieta y Balbuena.

1 9 3 2

Este año obtuvo el campeonato el Club "Sportiva Italiana"

fin, algo se progresaba; ya no se terminaba sin abrir la cuenta.

Sin vencedores ni vencidos, hubo de repetirse el **match**, ahora en cancha neutral, y se eligió la de Valle Verde, en donde después de muchos "chutes" al gol, se

que se había incorporado a la Primera División el año 1924, sin haber logrado mayor figuración. Cuadro de la Sportiva: Navia; Aguirre y Zamora; C. Torres, Carocca y Martí; Balbuena, Iturrieta, San Juan, Moltedo y Román.

1 9 3 3

Santiago Wanderers conquistó este año el Campeonato, con el siguiente equipo: Farjes; Pastene y Rojo; Nelson, Villarroel y Brizuela; Miranda, Páez, J. Rivera, S. Rivera y Araya.

1 9 3 4 y 1 9 3 5

Wanderers mantuvo el cetro de campeón porteño durante estos dos años, con el siguiente equipo: Meza; Brizuela y S. Rivera; Nelson, Páez y Vicent; Jeria, J. Rivera, Toro, Núñez y Araya.

1 9 3 6

Clasificóse campeón el Club Valparaíso Ferroviario, con los siguientes defensores: Cataldo; Tejeda y Estay; Peña, Riquelme y V. Contreras; Díaz, Burgueño, Martínez, Avila y Chávez.

1 9 3 7

Campeón el Club Viña del Mar: Pedreros; Herreros y Palominos; Salazar, Vasconcelos y Villarroel; Medina, Ramírez, Cortés, Albornoz y Gallardo.

Santiago Wanderers durante este año no actuó en la competencia de la Asociación Valparaíso, sino que lo hizo en la Asociación Profesional de Santiago.

llegó a un nuevo resultado aritmético: cero al cuociente.

—Pero si los crucianos no nos pueden ganar, exclamaban los albos.

—Si nosotros somos superiores a los wanderinos, decían los amarillos.

Y blancos y canarios saltaban y quedaban donde mismo.

Se reunió entonces la directiva de la **Association** y después de un debate de más de una hora, llevado a cabo en el local del “Café Pacífico” de calle Esmeralda, se llegó a la conclusión de que el partido debía repe-

1 9 3 8

Campeón Administración del Puerto: Hill; Saavedra y Mella; Vásquez, F. Estay y M. Estay; Cabrera, Bascuán, Rodríguez, Pérez y Narza.

1 9 3 9

Campeón Club Viña del Mar, con el siguiente cuadro: Lyon; Herrera y Pérez; Figueroa, Salazar y Villarroel; Polo, López, Cortés, Gallardo y Medina.

1940, 1941, 1942 y 1943

En 1940 Santiago Wanderers ingresó a la Asociación Profesional Porteña, clasificándose campeón el La Cruz; en 1941 y 1942, el campeonato lo obtuvo Wanderers y en 1943, lo conquistó Administración del Puerto.

Al ingresar al profesionalismo porteño, Wanderers lo hizo con los siguientes jugadores: R. López, Sobrano, P. P. López, Muñoz, Cisterna, Inostroza, Peña, Zepeda, G. Torres, E. Herrera, C. García, Jofré, M. Toledo, M. García, J. García, Cortés, Azaro y Beltramí.

tirse, por cuarta vez, en la cancha original, o sea la de "Los Lúcumos" y agregando un nuevo trofeo, además de la "Copa National", el que de acuerdo con el consejo de presidentes y capitanes, debía consistir en una ponchera de plata, con bandeja y cucharón de llapa.

El público, ávido por presenciar este match sin superación, ascendía los cerros del puerto, con grandes disposiciones de alpinista.

—Hoy se define el partido Wanderers-La Cruz.

—¿Dónde?

—En Los Lúcumos.

Y hombres y niños, en verdaderas caravanas, se aglutinaban cerca de la Parroquia de La Matriz para ascender por el Cerro Carretas, camino obligado que llevaba a la cancha.

Y el capitán Fernández Vial, ante el éxito de su competencia, seguía repitiendo su estribillo, ahora borracho de entusiasmo:

—¡Ven! Esta es la forma de apartar al pueblo de las cantinas.

Y, lógicamente, tenía razón. Los consecutivos empates de ambos rivales habían entusiasmado en tal forma a la afición, que el partido llegó a tornarse "clásico", denominativo que perduró por muchos años y que aún recuerdan viejos tercios del deporte porteño.

Sin embargo en esta oportunidad tampoco hubo un vencedor y albos y amarillos abandonaron el field después de un empate a dos goles por lado.

La "Copa National", ahora con una ponchera de apéndice, seguía en el aire, con gran regocijo de la afición y gran nerviosismo de parte de los contrincantes.

Pancho Avaria, el pequeño y gran capitán, junto a Juan Leiva, que posteriormente alcanzó fama nacio-

nal defendiendo el arco del Club Unión de Santiago, y a Gustavo Ducasse, Leblanc y Lütjens, estudiaban tácticas y estrategias, pero ¡ni agua! Ya tenían cuatro empates en el bolso y con muchas probabilidades de un quinto.

Pero como quien porfía mucho alcanza, el cuadro wanderino —a la quinta fué la vencida— obtuvo por fin el triunfo, superando a su porfiado rival por la cuenta de dos a uno (1).

Lograda esta ambicionada victoria y con ella el título de Campeón de 1900, el capitán de Wanderers, en un gesto olímpico, cedió la copa a la *Association*, para que fuera disputada en una nueva competencia, actitud que no sólo mereció el aplauso de la afición, sino que el reconcimiento de sus caballerosos rivales.

Y —oh, ironía del destino— el abstemio Capitán de Navío don Arturo Fernández Vial, quizás si con dolor en el alma, hizo entrega, en seguida, al equipo wanderino de la ponchera de plata, con bandeja y cucharón de agregados (2).

Y el triunfo de este primer clásico porteño fué festejado por los albos del puerto, bebiendo a la salud del abstemio presidente de la *National* en la ponchera por este mismo entregada.

(1) Equipo Campeón de 1900: Leiva; Avaria y Fernández; Leblanc, Lütjens y Ducassé; Pizarro, Alvarez, Acuña, Espinoza y Gallardo.

(2) Existe una versión muy difundida de que la ponchera de plata ganada por Wanderers en 1900, fué donada por la Liga Contra el Alcoholismo. Craso error. Esta confusión se ha debido a que el Capitán de Navío don Arturo Fernández Vial, que hizo entrega de este trofeo, además de ser Presidente Honorario de la *National*, era el presidente efectivo de la Liga Contra el Alcoholismo.

VII

UN TRIUNFO DE CAMPANILLAS Y DOS JUGADORES MAS

El año 1905 abría sus ojos abismados a la vida y el sol de Enero, cual una araña dorada, habíase parado sobre el vientre de Playa Ancha, como para contemplarlo desde arriba.

Una bandada de pájaros desorientados semejaban los muchachos corriendo sobre el elipse.

Sus chaquetillas verticalmente listadas —azul y café— inflábanse como globos tras sus espaldas, mientras más se apegaban al pecho las dos letras enlazadas —S. W.— que representaban el distintivo de su club.

Eran las mañanas del fútbol porteño y los domingos de Santiago Wanderers.

Sudorosos y acezando, seguían con ávidos ojos la trayectoria de la pelota, la que al rebotar sobre el ripio o en las ataduras de los zapatos, parecía ponerse más arisca y difícil de atrapar.

—¡Hácame un pasesito, pu, oh!...

Y el más diestro en el manejo de la esférica, se detenía risueño y boquiabierto, para observar la posición del compañero.

—¡Tómala!... ¡Es tuya!...

Y el otro corría desesperadamente en busca del arco adversario.

El parque de Playa Ancha se extendía como una mano abierta, para recibir las inquietudes deportivas de un grupo de muchachos, que vaciaba sobre sus pedruzcos la llovizna salobre del sudor de sus entusiasmos.

—¡¡Gol de Wanderers!!... ¡¡Gol de Wanderers!!...

Y las canillas sangrantes nada importaban ante la perspectiva del triunfo.

Eran otros los jugadores, así como había cambiado el color de las camisetas.

El Chuecq Acuña —único representante de las huestes de la cancha de Los Lúcumos— capitaneaba ahora el equipo, quizás si con más bizarría que cuando el club daba sus pasos vacilantes en el deporte continental.

Pablo Woitas, sano como una manzana recién cogida, exhibía bajo el arco su madurez asoleada y fragante de juventud; Péndola y de la Barra, con igual lozanía, bajo el sol de verano, mostraban sobre sus frentes las pepas de oro de su sudor, defendiendo la zaga, aguijoneados por las alabardas del calor. Jiménez, Nock y Rodríguez, transpiraban sus nuevas camisetas, como pequeños titanes, creyéndose dueños del elipse; y Alvarez, Espinoza, Muñoz y Reyes, dirigidos por su gran capitán, eran como estiletes que se insinuaban pujantes en la pulpa jugosa del triunfo.

—¡¡Gol de Wanderers!!... ¡¡Gol de Wanderers!!...

Y tras el arco, Guillermo Nelson, que “jugaba” de reserva, movía sus brazos nerviosamente, como si encumbrara el volantín del éxito de sus colores.

El equipo de “Menziés”, su antagonista, era un bastión inexpugnable para el once azul y marrón: Geddes, Cave y Murphy, multiplicábanse en la extrema

defensa, anulando toda insinuación de la vanguardia wanderina; Loders, Wetswood y Rojas, semejaban tres gigantes que defendían sus prestigios de ganadores del cuadro de "Thunder", campeón de la capital, en tanto que Gastón Hamel, Guillermo Lyng, Bradanovich, Gundelach y Balbontín, se estrellaban inútilmente frente al arco defendido por Woitas, que tenía dos adalides en Péndola y de la Barra.

—¡Gol de Menzies!... ¡¡Gol de Menzies!!...

Y la barra wanderina, formada por la élite de los trabajadores del puerto, apretaba los puños, dando riendas sueltas al galope acelerado de sus corazones.

Y cuando Wanderers definió su triunfo sobre su poderoso rival, Westwood y Lyng —los más definidos propulsores de los éxitos de Menzies— no soñaron, quizás, al saborear la hiel de la derrota, que desde el año siguiente se identificarían para el resto de sus años, con las casaquillas de Santiago Wanderers, para nunca jamás abandonarlas.

VIII

SOMOS MAS FUERTES QUE ESTA

TRAGEDIA...

Era la noche trágica del terremoto del 16 de Agosto de 1906.

La tierra parecía que bramaba y se sacudía como un toro en celo.

Los habitantes de Valparaíso, con las pupilas fuera de las órbitas, abandonaban, en su mayoría los lechos en donde acababan de tenderse, para lanzarse a la calle en paños menores, dejando abandonado tras de sí todo lo que tenían, con el único objeto de salvar el pellejo.

El puño nervioso de la naturaleza, tras cortos intervalos, tomaba por las pretinas a Valparaíso y lo sacudía como un niño.

Las casas del barrio del Almendral, a los pocos segundos, se habían caído de espaldas sobre la tierra, mostrando la pus sanguinolenta de su porrazo unísono.

Entre los esteros de Jaime y Delicias, orgullosos edificios se iban cayendo de bruces sobre sus sombras, amontonándose en las aceras, como viejas entumidas, junto al brasero de cobre de los incendios.

Todo el barrio del Almendral era una hoguera; las lámparas a parafina se seguían volcando sobre las mesas de los comedores y entre platos apenas tocados, produciéndose llamaradas que sobrepasaban las techumbres, cual si quisieran llegar al infinito.

Los cielos se habían cobrizados con los vislumbres de los incendios y los rostros de los damnificados que corrían despavoridos en distintas direcciones, reflejaban toda la intensidad de la tragedia.

La casa de Máximo Bruna ubicada a la entrada de la Avenida Brasil, no había podido salvarse y de un solo golpe se había caído sobre la noche, mostrando su vientre desgarrado, pero aún palpitante, a los cielos llorosos y ruborizados.

Francisco Montes de Oca, junto al dueño de casa, sentía correr por sus mejillas el plomo derretido de las lágrimas, mientras sus pupilas inmóviles se clavaban en el hacinamiento de hierros, ladrillos y maderas que representaban lo que había sido el hogar de Bruna y, al mismo tiempo, la secretaría de Santiago Wanderers.

Pedro Cortés Besa y el secretario Guillermo Wentt, que en medio del confusionismo y dolor de la tragedia, habían abandonado los suyos para salvar el historial de su instituto y lo que desgraciadamente no consiguieron, salvando sólo unos cuantos trofeos, pero no así la documentación, unieron su dolor a los presentes y en un abrazo estremecido juraron su continuidad, frente a las ruinas materiales de su existencia.

—Nada ha quedado de nuestro club, —exclamó Pedro Cortés, con voz temblorosa de emoción—. Pero aquí estamos nosotros, compañeros, que somos el nervio y el espíritu de la institución.

—Efectivamente, amigos —repuso Montes de Oca—. Mientras nos quede un hálito de vida, nuestro

club no podrá sucumbir. Colectivamente somos más fuertes que esta tragedia.

Los incendios de la ciudad lamían los cielos con sus lenguas voraces y los cuatro amigos, con los rostros cobrizados por las vislumbres, apretaron sus corazones, como puños de machos rabiosos, para sellar, esforzándose en detener el flujo de las lágrimas, la perpetuación de la existencia de su club.

—Todo se ha ido al diablo, por la chupalla, —exclafó con voz firme y rabiosa, Guillermo Wentt—. Pero Santiago Wanderers no puede sucumbir.

—No puede sucumbir, —repitió Pedro Cortés—. No puede morir porque Santiago Wanderers somos nosotros...

IV

UNA SESION EN SORDINA Y UNA FOTOGRAFIA QUE NO FUE

El año 1907 partió silenciosamente, pero en Wanderers dejó una huella histórica: su primer cuadro obtuvo el título de campeón "Association" de la Liga Valparaíso, por lo que los colores albos se colocaban una vez más por las nubes, en el espacio deportivo.

Antes de iniciar la temporada de 1908, hubo que renovar el directorio, cosa común y corriente en toda institución que se jacte de tal; y fué así como Remigio Marín, el locuaz y eficiente secretario, citó a reunión general para el 19 de Marzo, en los salones del diario "El Mercurio", a objeto de tomar los siguientes acuerdos:

"1.o—Hacer entrega al Capitán del Primer Equipo de una medalla de oro, por sus dieciséis años de actuación continuada en el club;

"2.o—Fijar día y hora para que el cuadro campeón de 1907 sea fotografiado, conjuntamente con el directorio que resulte elegido, y

"3.o—Renovación del Directorio".

¡Cómo cambian los tiempos!

Hacer entrega de una medalla a un jugador y retratar a un equipo campeón, tenía mayor importancia para los wanderinos de ayer que la renovación de su mesa directiva.

Y fué así como ajustándose a la "tabla", Eliseo 2.º Guerra, colocó sobre el pecho de Arturo Acuña una medalla de oro, con cinta tricolor —los colores verdes aún no maduraban— pronunció un discurso de cajón, le estrechó la mano emocionado y ambos se sentaron en seguida, tan circunspectos, que parecían dos diplomáticos.

Arturo Gálvez que presidía la sesión, pidió un voto de aplauso para el gran capitán y los veinte y cinco asistentes aplaudieron por cincuenta.

En seguida, de acuerdo con la "tabla" se acordó que el equipo campeón, presente en la sala (1), se presentara al día siguiente, a las cinco de la tarde a la fotografía Spencer y Co. ubicada en la Avenida de las Delicias, para sacarse un mono con toda la chafalonía de sus triunfos.

Y no habiendo otro asunto que tratar se procedió a la elección del directorio y el que se renovó sólo en parte, pues sólo por un casi la directiva de 1907 no resultó totalmente reelegida.

—Para presidente —dió lectura al escrutinio Remigio Marín— Arturo Gálvez.

Grandes aplausos.

—Para vice, José Jiménez.

Nuevos aplausos.

—Para secretario, el que habla y para pro, Alfredo de la Barra.

(1) Equipo de 1907: Nelson; Péndola y de la Barra; Rodríguez, Jiménez y Nock; Acuña, Reyes, Espinoza, Alvarez y Muñoz.

Palmas nuevamente.

Un empleado de la redacción llegó hasta la sala a pedirles, por favor, que no aplaudieran más, pues con tanto ruido no dejaban trabajar.

En voz baja continuó, entonces, su lectura Remigio Marín:

—Tesorero, Eliseo 2.º Guerra; Sub Tesorero, Enrique Salinas y Primer Capitán, Arturo Acuña.

El recientemente condecorado, se puso de pie y colocándose el dedo índice sobre la boca, hizo una reverencia de agradecimiento.

La ceremonia se estaba desarrollando en sordina.

—Vice Capitán, —siguió Marín— Pablo Woitas. Capitán del Segundo Equipo, Máximo Bruna y Vice Capitán, Arturo Gálvez.

No cabe dudas que en aquellos tiempos una capitánía valía por dos presidencias.

Terminado el acto eleccionario —sin fraudes ni cohecho— se acordó jugar un **match** amistoso y once medallas, con el Club Universo, el próximo domingo 22 en la cancha Riofrío y, en nombre de Dios, se levantó la sesión.

Para dar cumplimiento al segundo de los acuerdos, la tarde del viernes 20, a las cinco y media horas, toda la plana mayor wanderina estaba reunida en Avenida Delicias con Maipú, con sus uniformes impecables en los maletinos, medallas y trofeos, dispuesta a “sacarse” una fotografía bien encachada y que debía perdurar en la futura secretaría del club.

No bien se hallaron todos reunidos, Guerra, don Eliseo, los guió hasta una casa de dos pisos, situada en el lado poniente de la Avenida y al lado de un galpón de una bodega de frutos del país, sobre cuya puerta se destacaba un enorme letrero que decía:

**“Spencer y Co., Fotografía Norteamericana.
Santiago-Valparaíso”.**

Subieron una escalera angosta y en semi penumbra y ya en el “estudio” —una pieza estrecha, con decorados de teatro— se encontraron frente a un gran atril sobre el cual se destacaba un enorme cajón semi cubierto con un trapo negro.

Mr. Spencer o quien lo representaba, era un gringo relativamente maduro, con barbas a lo Arturo Prat y bigotes a lo Ramón Freire —tenía cara de heroe de verdad— que recibió la invasión deportiva con muestras de complacencia.

—Los jugadores que tener que cambiarse ropa —dijo— poder pasar a la sala del lado.

En aquella época, los cronistas gráficos del deporte no se conocían y es por ésto que los clubs debían de recurrir a los estudios para fotografiar a sus teams.

Los que pasaron a la sala indicada por el fotógrafo, volvieron al cabo de pocos minutos, luciendo sus impecables tenidas futbolísticas y en las que se destacaban las albas blusas con una negra banda cruzada sobre el pecho, de siniestra a diestra.

El gringo midió de una sola mirada las dimensiones de la sala y con rapidez de relámpago, dijo:

—Esta pieza siendo muy chica para tanto fotografiado. Aquí no caber todos.

Hubo un gesto de desaliento en muchos que creyeron que no iban a salir en el mono, pero Guerra, el tesorero, objetó de inmediato:

—Usted se comprometió a “sacarme” la fotografía. ¿No fué así? En qué quedamos, entonces.

—La fotografía poder sacarse —repuso el gringo—

Y mostrando una ventana que miraba hacia una techumbre, sugirió:

—Allí, sobre el techo, yo poder tomar la fotografía. Hay más luz y salir mejor.

La idea fué aceptada con entusiasmo.

Todos, dirigentes y jugadores, se trasladaron de inmediato a la techumbre, la que, por su inclinación, permitía que todos se acomodaran a las mil maravillas, con la única dificultad que no había dónde colocar los trofeos. Para salvar ésta se llegó al acuerdo con el fotógrafo de que los dirigentes se retrataran con las copas en las manos, haciéndoles fondo a los jugadores que se destacarían en primera plana.

Y cuando el gringo colocó en su máquina las placas de rigor y escondió la cabeza bajo el negro trapo para ajustar el enfoque, ocurrió lo imprevisto.

Las vigas de la techumbre cedieron ante el peso de tan magníficos campeones y en menos que canta un gallo, fotografiados y fotógrafo, con la máquina colocada de sombrero, se encontraron en el fondo de una bodega, confundidos entre las papas, las lechugas y los tomates...

X

UN GRINGO QUE SE EQUIVOCA, Y "MAS VERDES QUE LOS PINOS"

En el vapor "Oravia" de la P.S.N.C. fondeó en Valparaíso, en el mes de Mayo del año siete, un gringo largo y flaco, como una varilla de bambú, con ojos desteñidos como una tarde lluviosa y la cabeza pelirroja, como una puesta de sol.

Obedecía al nombre de James y se apellidaba Mac Lean. Desde las Islas Británicas se había dispuesto a cruzar el charco, pues decía que tenía alma marinera y que antes de conocer de la fragancia de las flores, sabía de la belleza de la rosa de los vientos.

Sin embargo, la naturaleza lo traicionó en sus aspiraciones vocacionales; y apenas llegado a los canales, perdía su arboladura juvenil y fondeaba en Valparaíso, en arribada forzosa, preso de un cólico miserere.

El capitán, Mr. Oackley, lo dejó tirado en una cama del Hospital San Juan de Dios, puso proa al sur y continuó su viaje en redondo.

Las manos expertas de un cirujano, le extirparon el mal y Mac Lean se encontró, de la noche a la mañana, sano y salvo, junto al Muelle Prat, sin un chelín en los bolsillos y, lo que es más triste, sin un amigo.

Pero como no hay mal que por bien no venga, luego supo de la amistad del gringo Nock, su compatriota, que se hospedaba como pensionista en el Hotel Inglés, situado en un costado del parque de Playa Ancha, en donde Mac Lean hizo descansar sus huesos, con la anuencia de su propietario, Mr. Nelson —gringo también— y con el compromiso de que la pensión le fuera cancelada apenas obtuviera embarque.

Nock, que a sus múltiples actividades sumaba la de ser el halve titular del equipo wanderino, interesó a Mac Lean en la práctica del fútbol, pero éste, a pesar de venir de la cuna del balompié, miraba más el mar que la pelota.

—Este es un pobre bichicuma —decían los deportistas, displicentemente.

—Pero es un buen amigo del club, rectificaba Guillermo Nelson, jugador wanderino e hijo del dueño del hotel, que daba hospedaje a Mac Lean.

Wanderers vivía la época de sus grandes mañanas playanchinas, en donde la cancha era sólo del club que colocara primero sus propios arcos.

Los grandes institutos deportivos —parecían escuelas de barrio— movilizaban toda su gente en los atardeceres de los sábados, para plantar sus “arcos” en los hoyos reglamentarios y así ser dueños del “espectáculo” en la mañana del domingo siguiente.

Mac Lean, que nada tenía que hacer, era el encargado de pintar los palos; y a pesar del esfuerzo que gastaban muchos clubes para ser los primeros en colocar sus “arcos”, apenas llegaba la medianoche, salían del Hotel Inglés —era cosa sabida— Willie Nelson, con un chuzo y una pala, seguido de Nock y del flaco Mac Lean, a substituir los palos clavados en la cancha, por los que llevaban el nombre de Santiago Wan-

derers, para que así éste fuera el "dueño" del partido a la mañana siguiente.

Los palos substituídos —hurtados en buen romance— eran despedazados a hachazos para que sirvieran de "leña" y con ellos calentar el horno, para dorar las empanadas dominicales que se servirían después del **match**.

Aquella mañana, después de ganar a Universo cuatro a dos, Mac Lean anunció que al día siguiente regresaría a Inglaterra, en el vapor "Orissa", pues el capitán Mr. Taylor le había comunicado esta decisión de la Compañía.

Hubo más libaciones que de costumbre y el consumo de empanadas fué también superior al de otras veces. Se brindó por Mac Lean e Inglaterra, "la cuna del football mundial" tan dignamente representada por los hijos de la bella Albión, en las filas de Santiago Wanderers, y el flaco Mac Lean, se abrazó emocionado con Mr. Jhon Nelson, quien, si se hubiera encontrado un poquito más eufórico, quizás hasta le perdona la cuenta.

No obstante, Willie Nelson, como buen contador, fué el encargado de liquidarla.

—Como usted, mi amigo, —le dijo a James— adeuda en el hotel \$ 65.— —Mac Lean había hecho sus abonos con los adelantos de la Compañía— yo me haré cargo de su deuda; pero lo único que le pido es que apenas llegue a su tierra nos envíe un juego de jerseys listados —azul y café— para que así volvamos a ostentar esos colores, pues en Chile no hemos encontrado camisetas con estas listas.

Mac Lean, con un abrazo, saldó la cuenta y al día siguiente, cuando el "Orissa" puso proa al sur, el repatriado ratificó su promesa, con un saludo desde la cubierta, y las huestes wanderinas se quedaron en tie-

rra, esperando confiadas las listadas camisetas que harían imperdurables los colores azul y marrón en la historia de Santiago Wanderers.

Pero el año 1907 corría muy a prisa y los barcos que zarpaban para Europa tardaban mucho en regresar.

Las listadas camisetas, por consiguiente, también demoraban su llegada, por lo que se volvió al armiño primitivo, pero agregándole esta vez una banda negra, que al cruzar sobre el pecho de los jugadores, de izquierda a derecha, se identificara con la línea ascendente del club y su futura trayectoria.

Pedro Cortés, Gustavo Ducassé y Eliseo 2.º Guerra, eran los más entusiastas defensores de los albos colores, aunque declaraban que preferían las casacas listadas, pues eran más bonitas y originales.

Sin embargo la competencia del año 1907 fué ganada por Santiago Wanderers, conquistando el honoroso título de "Campeón Association" después de derrotar, en memorable jornada, al poderoso equipo de Badminton que lucía las dobles escarapelas de Campeón Sporting y Association, a la vez; triunfo que alcanzó Wanderers luciendo sus albas camisetas, lo que hizo creer a muchos que éste sería el uniforme definitivo del decano del fútbol chileno.

Mientras tanto, la **Football Association of Chile**, anticipadamente a los acontecimientos y también a las fechas, se hallaba abocada a la organización de la **Olimpiada Centenario** —era la primera mitad del año 1908— y en el Valparaíso Sporting Club se desarrollaba una eliminatoria relámpago, pues el 19 de septiembre debía jugar el ganador, en Santiago, la final de este olímpico torneo.

Los wanderinos, mientras tanto, seguían esperando sus listadas camisetas, para tener el orgullo de lu-

cirlas si es que tenían la suerte de llegar a la final.

Y cuando en el mes de Agosto llegó a la reunión del Club, Guillermo Nelson, con una comunicación en la que se le anunciaba que en el vapor "Oravia" venían las camisetas pedidas —carta de Mac Lean— hubo hasta frases emocionadas para agradecer el "gesto de este gringo que no se olvidaba de su querido club".

Arturo Gálvez, el presidente, comisionó al secretario Remigio Marín, para que conjuntamente con el primer capitán Arturo Acuña, y el arquero Guillermo Nelson, hiciera la recepción de tan ansiadas camisetas que Wanderers ahora luciría orgulloso en el Campeonato Olímpico próximo a disputarse.

Pero cuando el marinero del "Oravia" les entregó el paquete que les enviaba el amigo James —venían de contrabando— y entusiasmados rasgaron el envoltorio, sufrieron la más grande de sus desilusiones; el contenido de la encomienda eran diez camisetas verdes, más una blanca, con ribetes verdes en el cuello.

—Pero éste no es el color del club, reclamó Acuña.

—Claro que no, —repuso Marín.— Pero son bonitas.

Willie Nelson se "probó" una y la encontraron preciosa.

—Pues con estas camisetas jugaremos el campeonato, sentenció Guerra, el tesorero.

Y por la circunstancia fortuita de un gringo equivocado, nacieron para solaz de los aficionados del fútbol de Valparaíso, las clásicas camisetas "más verdes que los pinos" (1).

(1) La frase tan divulgada de "más verde que los pinos" es original de Juan Larrosa, deportista, cantante y composi-

La eliminatoria del campeonato siguió, no obstante, su trayectoria y Wanderers, ni largo ni perezoso, fué dando cuenta de sus rivales hasta que con todos los honores de campeón, se trasladó a Santiago, dispuesto a conquistar para el puerto el galardón Olímpico del Campeonato Centenario, disputado, por cierto, con dos años de anticipación.

Frente a la selección capitalina, Wanderers impu-

tor nacional, autor de la cueca "Los Wanderinos" y fallecido en el mes de Septiembre de 1945.

El texto de la letra de ésta su composición, es el siguiente:

DICHOS:

El verde esperanza
que todo lo alcanza.
Fiereza de león
del club campeón.
Guardapalos, línea de backs,
línea media, centro half.
Los wingers, insái,
el penal, el foul... offesai.
Viva el color verde
que es esperanza,
que nunca pierde,
huifa, ay, ay, ay...

De todos los colores
me gusta el verde,
sí, ay, ay, ay,
porque las esperanzas
nunca se pierden,
pégate la arriá.
Si el verde está en la cancha
es Santiago Wanderers,
sí, ay, ay, ay,
y el público en Playa Ancha

está que se arde,
pégate la arriá.
De todos los colores
me gusta el verde,
sí, ay, ay, ay,

Más verde que los pinos
los wanderinos,
sí, ay, ay, ay,
La defensa de backs,
la línea media,
pégate la arriá.
Abran juego a las alas
y por el centro,
sí, ay, ay, ay,

Tírate un pasesito
de cabezazo,
sí, ay, ay, ay,
pá brindarle a la barra
un buen golazo,
pégate la arriá.
Más verdes que los pinos:
los wanderinos,
sí, ay, ay, ay,

so su categoría; y en el **match** disputado en la cancha del Club Hípico supo ganar como bueno, clasificándose para la final, frente a la Selección Penquista.

Y fué así como el día 18 de Septiembre de 1908 —el Día de la Patria— el primer equipo de Santiago Wanderers lució, por primera vez, en sus dieciséis años de vida, las camisetas caturras que tantos triunfos le proporcionarían en el futuro.

Pero había que guardar pino para la final, pues frente a los “choreros” de la Selección de Talcahuano, además de disputarse el Campeonato de Chile, se iba tras la conquista de la Copa Olímpica y el Trofeo Caupolicán, pues de acuerdo con la actuación de los porteños, no podría ser ganada por el equipo de las tierras de Martínez de Rozas.

Pero, cuando el día 19 los equipos estaban en los camarines, dispuestos a entrar a la cancha —siempre en los casos trascendentales tiene que haber un “pero”— al jugador de Wanderers, Willie Dear o Mr. Rampla, como se le llamaba fraternalmente, **insider** derecho del equipo y puntal de su ofensiva, se le extravió el malotín en donde guardaba sus albos y cortos pantalones.

Después de muchas idas y venidas se logró que los dirigentes de la **Foobtl Association of Chile**, le autorizaran para jugar con pantalones largos, contra todo reglamento, y bajo la responsabilidad del tesorero de Wanderers, Eliseo 2.º Guerra.

Comenzó el partido a jugarse de igual a igual, pero la escasa barra santiaguina que tenía “sangre en el ojo”, después de haber visto caer derrotado a su equipo frente a los porteños, tomaron a Mr. Rampla para el tandeo, y le gritaban cada vez que tomaba la pelota:

—¡Suéltala calzonazo!... No se te vayan a ensuciar los pantalones...

Y Willie Dear, a pesar de su flema británica, se sentía algo caldeado, y se “rompía” entusiastamente por su equipo, aunque se le rompieran los pantalones.

—¡Echale, calzonazo!...

—¡Pásala, calzonazo!...

Pero a pesar de las expresiones poco edificantes que se le soltaba a más de un espectador y sin importarle un bledo romper sus azules pantalones de casimir inglés, se corrió Mr. Rampla por el centro de la cancha y cuando sólo faltaban siete minutos para dar término al partido, de un recio gambetazo decretó la única caída del arco penquista, con cuyo gol Santiago Wanderers conquistó el título de Campeón Olímpico, con todas las de la ley (1).

Y con este match Willie Dear dejó sentado un precedente para los jugadores y dirigentes del futuro: para ganar un campeonato hay siempre que tener pantalones.

(1) Equipo Olímpico del año 1908: Nelson; de la Barra y Péndola; Allan, Nock y Westwood; Muñoz, Dear, Acuña, Lyng y Reyes.

VAMOS AL FIELD

No todos los números trece son de mal augurio; y esta excepción está confirmada en el hecho de que Santiago Wanderers, en 1913, se ganó un campeonato por partida doble: llegó puntero en la competencia "League" y se repitió los espárragos con la copa Sporting Club (1).

Este triunfo, con debe y haber, puso en tal forma eufóricos a los wanderinos que encontrando de que la Provincia les quedaba chica para exhibir sus pergaminos, tomaron un barco y se las envelaron a Coquimbo, en donde desembarcaron apenas pasado el Día de los Muertos, en un bote "pa bultos y pasajeros", que apenas llegó al muelle, pues con el peso de tanto crack, al traspardarlos del barco empezó a hacer agua.

—Menos mal que llegamos a tierra —exclamó González—. Porque como yo no sé nadar...

(1) Equipo Campeón de 1913: Lester; Páscoe y Cárdenas; González, Díaz y Lira; Aguilera, Barbagelatta, Austin, Rojas y Geldes.

—Te habríamos enterrado en Coquimbo, repuso Lester, que mucho tenía de coquimbano.

Después de unos tragos y abrazos para curar el mareo, que ofreció la Liga a los visitantes, éstos se dieron una vuelta por la calle Aldunate, se llenaron de hollín y regresaron al hotel a lavarse...

Al día siguiente se mostraron gentiles en la cancha, pues las patadas de los locales así lo exigían, y empataron a un gol.

Por la noche hubo mantel largo y discursos; y a los postres se entonó la "Canción de Wanderers" que los porteños llevaban de tapadita.

—Linda música, exclamó Alfredo Steel, representante de la Liga Coquimbo. ¿Y es original?

—Pues claro, repuso el chato Geldes. Es original de Efraín Arévalo, aquí presente.

Se desenfundó una vihuela y don Efraín cantó el himno acompañado de sus boys, con más entusiasmo que si les hubieran estado dando cuerda.

"Al batir las palmas
"que da la victoria..."

Claro que la expresión era solamente simbólico, porque tal victoria no había existido. Apenas se había logrado un empate.

A la mañana siguiente la delegación partió a La Serena, la ciudad de las iglesias, los claveles, las chirimoyas y las muchachas bonitas. El Chato Geldes por mirar mucho a una dama que había en las tribunas —las mujeres no iban al fútbol en aquella época porque consideraban inmoral ver a hombres jugar en calzoncillos— sólo pudo hacer un gol, por lo que el partido terminó en empate, a gol por lado, pues uno de los hermanos Peralta, con mucho sabor a pisco y a

Valle de Elqui, también hizo el suyo, a nombre de La Serena.

Con dos empates en el bolso, más unos pocos pesos de quince peniques, regresó a Valparaíso la delegación, pero con un gran acervo musical, pues todos —dirigentes y jugadores— con la guitarra de Arévalo a la cabeza, formaban más bien un coro polifónico que un conjunto deportivo.

“...Por siempre juremos
“defender la honra
“y el nombre del club...”

Juramentos en falso, pues dentro de los componentes de la delegación, hubo más de uno que al poco tiempo, volvió sus espaldas a Wanderers.

“Espaldas vueltas, memorias muertas”.

Y como estábamos en la época en que la música sólo llegaba a los hogares por intermedio de las niñas que tocaban el piano y cómo en la mayoría de las casas no había éste instrumento, era entonces cosa corriente que las piezas musicales sólo fueran conocidas por la gente “bien” y por los que frecuentaban las filarmónicas, en donde se bailaba mejor.

La música de “Capitán Craddock” llegó a Chile envasada en una alargada caja de cartón e impresa en un rollo de papel, con muchos agujeros largos, cortos y redondos, para que los criollos la ejecutaran con los pies, en unos grandes auto-pianos, de patente norteamericana, que vendía con grandes facilidades de pago la firma “Grimy y Kern” de calle Esmeralda.

Efraín Arévalo —Músico por excelencia— tomó un rollo, lo estiró, como quien estira un papel, higiénico, lo puso entre los dos ejes superiores de un “Auto Piano New York” y ejecutó la melodía.

—Aquí me mando mi parte —se dijo—. Esta es la canción que Wanderers necesita.

Y mientras le sudaban los pies a fuer de tanto pedalear, iba escribiendo la letra que sería, a la postre, el himno oficial de su club.

Para hacerla más original, le suprimió la introducción, le bajó una octava en la parte de su “creación” que dice:

“Alegre cantemos,
“por siempre juremos...”

y la dejó a “tono” para que la cantaran tirios y troyanos.

El pobre gringo o gringo pobre, que al otro lado del Atlántico, había compuesto en la bella Albión, la música original de una marcha sin trascendencia, debe quizás —si vive aún— estar agradecido de este Efraín criollo que, conjuntamente con “arreglarle” su melodía, gracias a la “letra” está logrando hacerla inmortal como la “Cumparsita”.

Y como Arévalo sabía mucho de fusas y semi fusas, conjuntamente con tutearse con las corcheas y la llave de sol, nadie dudó de su originalidad; y si además agregamos que dominaba el ritmo y la métrica, le fué sencillo ajustar unas estrofas a la melodía, que aunque de poesía nada tuvieran, dijeran mucho de su club.

“Geldes como wing no tiene igual,
“no tiene igual,
“Mario, como centro es superior,
“es superior...”

Y Manuel Geldes, el formidable wing izquierdo que en la cancha El Carmen, de Santiago, desmontara a

un "paco" de un pelotazo, sonreía satisfecho, mientras Mario Barbagelatta, el *inter-wing*, elegante y oportuno, hacía un gesto de aprobación, sin importarle un bledo que Arévalo lo hubiese colocado de "centro" en su canción.

La hinchada bufaba y la guitarra de Arévalo se hacía huinchas tocando:

"Y el Santiago Wanderers
"supo conquistar..."

—Pero si Ramon Carnicer es una alpargata vieja al lado de Arévalo. No hay música mejor la Canción de Wanderers...

—¡Y la letra!

—Sí, Eusebio Lillo quedó chiquitito...

Y los socios se estudiaban los versos con más entusiasmo que cuando aprendieron el abecedario.

"Three kys a los eleven
"de nuestra institución.
"Three kis a todos ellos
"que luchan con tesón..."

Besos van y besos vienen; y de a tres por banda, nada menos, como en el "Pirata" de Espronceda (1).

"Hurra a sus capitanes
"que así saben luchar.
"Hip, hip, hip hurra!...
"Vamos al field..."

(1) Con el correr del tiempo este himno ha sido mutilado, y hoy día sólo se cantan dos estrofas y el estribillo, suprimiendo todo lo que habla de antaño.

Y todos querían ir al field, con paso marcial, al compás del himno.

Don Efraín sonreía satisfecho, por su doble éxito: música y letra "original". Chicha y chancho, como dice el huaso.

Y la música inglesa de "Capitán Craddock" dejó de existir para dar vida a la Canción de Wanderers, con letra y "música" original de Efraín Arévalo.

HIMNO DE SANTIAGO WANDERERS

El Santiago Wanders
supo conquistar
para sus colores
el puesto de honor.
y sus campeones,
cual feroces leones,
dieron en el campo
pruebas de valor.
Al batir las palmas
que da la victoria,
entre los cantares
de la juventud,
alegres cantemos,
por siempre juremos

defender la honra
y el nombre del Club.

(Estríbillo)
Vamos al field
a conseguir
que nuestro tin,
con valor,
con honor,
vencerá en la lid.
Que nuestro club,
hoy como ayer,
a sus rivales
siempre supo vencer.

XI

DORMIDOS EN LOS LAURELES

Guillermo López Pérez, en representación de Santiago Wanderers, había asumido la presidencia de la Liga Atlética y de Football Valparaíso y su compañero de Club, Ricardo González Aguirre, la vice-presidencia, y como el equipo seleccionado de la Liga, era casi todo verde, les fué fácil organizar *inter-citys*, muy de moda en aquella época; y casi la primera mitad del año 1919 se pasaron jugando con Quillota, Asociación Santiago o la Liga Metropolitana, con resultados siempre favorables para los colores con la "V" blanca.

Los wanderinos se sentían dueños del puerto. La presidencia y vice-presidencia de la dirigente la tenían en sus manos; la tesorería, en manos de Romeo Borghetti, también era caturra y el equipo seleccionado en su mitad era verde.

Pancho Gatica, Roberto Cartagena, Telésforo Báez, Hernán Bolados, Mario Barbagelatta y el Chino Díaz. Medio equipo ni más ni menos. Y si contamos bien, algo más de la mitad.

Por eso cuando se anunció un nuevo partido en la capital entre las selecciones de Valparaíso y Santia-

go, por la "Copa Alvarez Condarco", todos los deportistas del puerto se volvieron locos por ir a la capital a alentar su equipo y muy en especial los caturros que se inscribieron en cantidades fantásticas, para acompañar a la selección, previo pago de trece pesos, por boleto de ida y vuelta y en tren especial, hasta Mapocho.

Los bomberos que todos los domingos por las mañanas jugaban su competencia en la Cancha de Carabineros, elevaron una solicitud a la Liga Bomberil, para que les fueran suspendidos sus partidos del domingo 3 de Agosto, pues deseaban trasladarse a Santiago a alentar a sus parciales, aunque Valparaíso ardiera por las cuatro esquinas.

El sábado, desde la Estación Bellavista, partió la delegación, presidida por Guillermo López Pérez, Ricardo González Aguirre y Audilio Jiménez Gamonal.

A las 7 de la mañana del domingo siguiente, el tren especial "zarpó" rumbo a Mapocho, con más de 600 personas, entre las que destacaban unos ciento cincuenta bomberos, que en medio de su entusiasmo futbolístico, le habían perdido el cariño al agua y se hacían acompañar por sendas botellas de mosto.

Por la mitad del camino, antes de entrar a Llay Llay, para "pasar" los huevos duros que sirvieron de desayuno, se empezó a libar del tinto y del otro, por lo que se acabó el contenido de las botellas bomberiles y empezaron a salir las damajuanas que por su mayor cubicaje pusieron tan eufóricos a los deportistas, que cuando el tren paró en Yungay, ya no se conocían los unos a los otros.

—¡Viva la Liga Valparaíso!

—¡¡Viva!!

Y la gallada wanderina, para identificarse dentro de aquella verdadera Babel, vivaba a grito pelado:

—¡Viva el Santiago Wanderers!

—¡¡Viva!!

Ya en Santiago invadieron la plazoleta de la Estación Mapocho, entre cantos y ¡hurras! y con tanto entusiasmo que los habitantes de la gran aldea creyeron, en los primeros momentos, que se trataba de una invasión, por lo que hasta los pacos desenvainaron la catana.

Pero la sangre no llegó al río; y con las tripas vacías, pues no había tiempo de echarle algo al buche, los seiscientos caballeros del deporte, se encaminaron a la Avenida Independencia a llenar sus damajuanas y se trasladaron en seguida a la Cancha Gath y Chaves, situado a unas veinte cuadras de la Plaza de Armas.

Una vez en la cancha los equipos, (1) el dominio de Valparaíso fué absoluto; y Bernal, el arquero de la metrópoli tuvo que ceder tres corners, los que fueron pateados malamente, pues el público de Santiago molestaba al chino Díaz y a Paredes, los encargados de servirlos, con gran complacencia de la policía, que hacía vista gorda y con la indignación de Guillermo Palacios Bate, cronista deportivo de "La Unión" de Valparaíso, que al lunes siguientes estampó su protesta en las eucarísticas columnas de su diario y, muy en

(1) Equipo de Valparaíso: Guerrero; Poirier y Gatica; Cartagena, Baez y Paredes; J. Paredes, Moraga, Baez, Díaz y Herrera.

Equipo de Santiago: Bernal; Espinoza y González; de la Fuente, Molina y Vásquez; Soto, Vargas, Rojas, Molina y Rosales.

especial, en contra de los **players** santiaguinos que cometieron tantos **hans** que más parecían jugadores de **rugby** que de fútbol. (2)

Sin embargo, pese a la parcialidad de las autoridades, las ocho mil personas que presenciaron el **match**

(2) El **rugby** que es un hijo natural del **football**, tuvo su origen en el año 1823, en un partido de **football** disputado entre dos cursos de la Universidad de Rugby, en el que un alumno y delantero de uno de los equipos, llamado William Ellis, por no poder dominar bien la pelota, con pies y cabeza, perdió la paciencia y en un arranque furioso, tomó el balón y arrancó con él bajo el brazo hasta introducirlo en el arco adversario.

Este atropello a las reglas, como es natural, motivó su expulsión de la cancha.

No obstante, en el año 1839, —dieciséis años después— los estudiantes de la Universidad de Cambridge, que habían considerado que la maniobra de Ellis daba más emoción y emotividad a los partidos, la adaptaron con tal entusiasmo que lograron implantarla con gran éxito, no sólo en los **teams** universitarios, sino que en toda Inglaterra.

La Universidad de Rugby, como es lógico, aceptó de inmediato la innovación de Cambridge y rindió un homenaje al iniciador de esta nueva modalidad del fútbol, colocando una piedra conmemorativa, en los terrenos de la Universidad, con la siguiente inscripción:

“ Esta piedra conmemora la hazaña de William Webb
“ Ellis que desafió las reglas del **football** y con un fino espíritu innovador, fué el primero que cogiera el
“ balón y lo condujera bajo el brazo a la meta, originando de este modo, la característica fundamental del
“ juego del **rugby**”.

Poco después de este homenaje se constituyó la Unión de Rugby en el Imperio Británico, reglamentando este juego con modalidades propias.

—un verdadero record de asistencia— se comportaron en forma más o menos correcta y los únicos que dieron la “nota alta”, según Guillermo Palacios, gran amante del “bell canto”, fueron los deportistas porteños, que no conformes con el 2 x 0 con que ganó Valparaíso hicieron en las galerías manifestaciones “inconvenientes”.

Todos creyeron que el regreso de los porteños sería el acabóse; pero éstos les dieron un mentís a los que así lo pensaron, pues cuando el tren especial hizo su parada en Barón, todos venían dormidos sobre los laureles del triunfo y junto a sus damajuanas.

XII

UN JUGADOR HURTADO DE COQUIMBO Y SU CONCENTRACION POLICIAL

Corría a toda prisa el eufórico año veinte, el año del "Cielito Lindo" y del Campeonato Sudamericano de Football de Viña del Mar.

Sólo se hablaba de Alessandri y de Bertone. Los deportistas se preocupaban más de lo que hacía este último que lo que prometía el primero.

—Esta tarde entrenan los seleccionados en la cancha de Carabineros (1) — se informaba.

Y los estudiantes hacían la "chancha" para llegar de los primeros a la Caleta Jaime, mientras los adultos, apenas abandonadas fábricas u oficinas, se disponían

(1) La Cancha de Carabineros, que con el tiempo se transformó en Estadio Ferroviario, fué planificada y delineada por el Escuadrón de Carabineros Barón, el Club Defensa de Pescadores, los muchachos de la Liga Infantil, capitaneados por Pedro Cortés Ulloa, capitán de los cabros de Wanderers y varios voluntarios adultos que, pala en mano, muchas veces los sorprendió la noche, preparando este campo de deportes. Los inspiradores de esta obra fueron el Teniente de Carabineros, don Carlos Serrano Ballon y el Capitán don Abraham Salas Guerra.

a marginar la cancha para ver como preparaba al equipo el "maestro".

El Teniente Serrano, de Carabineros Barón, ordenaba a la tropa dejara ésta bien regada, con el beneplácito de su jefe, el Capitán Salas.

Ya a la media tarde llegaba Bertone con sus "probables" y "posibles", los formaba en círculo en el centro de la cancha y comenzaba el adiestramiento, con juego de cabeza.

—Ese que cabeceó,—informaba Emilio Alvarez, el sabihondo hablador que nunca faltaba, pues como utilero *ad honorem* de Wanderers conocía a todos los jugadores, desde el cuarto equipo para arriba. —Ese que cabeceó,— repetía— es Bolados.

—¿Cuál?

—Ese medio gordito que ahora se está arreglando el zapato.

—¡Ah!...

—¿Y quién es ese flaco de "yoqui"—le consultaban— que está al lado del gordito de jersey blanco?

—El flaco es Bernal, el suplente del maestro Guerrero, casualmente el más gordo.

Y los cabros se agrupaban en torno de este "sabelo-todo" y repartían sus miradas entre los jugadores y los labios de Emilio, el informante.

—Ese grandote que está al lado de Poirier, —seguía informando y lo indicaba con el dedo— es Cartagena, de Wanderers. Pero parece que Bertone no la vá a tomar en cuenta porque es muy cochino.

Y Alvarez, a pesar de estar convaleciente, pues venía recién saliendo de una bronconeumonía, por lo que no asistía a su trabajo en la Fábrica Hucke, con el cuello del abrigo subido hasta las narices, seguía demostrando su sapiencia, ante los ojos abismados de cabros

y adultos que se agrupan en su torno.

—Aquel es Unzaga. El que ahora chutea es France. Son de Talcahuano.

—¡Lo mismo que Varas!...

—Y que Domínguez y Elgueta, —agregaba.— Los penquistas tienen muy buenos jugadores.

Y mientras Bertone, don Juan Carlos, iba ensamblando las piezas que constituirían el futuro equipo de fútbol de Chile, iban llegando los dirigentes a echar una "loreada", entre los que se destacaban Ricardo González Aguirre, Julió Montaner, Guillermo López Pérez y Pedro Cortés Besa, junto al infaltable Capitán Salas.

Luego, ya caída la tarde, hacía su entrada Goyo Arriaza, seguido del grandote Enrique Erenberg —don Otto le decían— luciendo impecables tenidas futbolísticas, dispuestos a alternar con los pre-seleccionados, sin pensar Arriaza, tal vez, que con el tiempo y la garantía, se iba a transformar en periodista, para pegarle palos duro y parejo a su antiguo club desde las episcopales columnas de un diario capitalino.

Pero el jugador que, sin duda alguna, llamaba la atención de los aficionados, era Pedro Vergara, el gran backs que el Chato Cárdenas —don Enrique— se había hurtado en Coquimbo hacía sólo unos meses —en Diciembre de 1919— cuando la Liga Valparaíso fué a jugar a ese puerto un partido que no alcanzó a terminar, en disputa de la "Copa Fell", trofeo que Víctor Romero se trajo a Valparaíso, contra viento y marea, y bajo una lluvia de peñascazos y "garabatos" surtidos.

El Chato Cárdenas, primer capitán de las huestes wanderinas, cuando vió jugar a Vergara pensó inmediatamente en su club y después de ofrecerle este mundo y el otro, en tenida de futbolista, lo embarcó en el

“Palena” y se lo trajo a la Perla del Pacífico, para que lo substituyera en su puesto de back, pues deseaba acogerse al retiro de las canchas, sin jubilación.

Vergara, la maravilla coquimbana, maravilló también a Bertone e inmediatamente el “maestro” lo incluyó como titular en la selección nacional.

Pero es el caso de que Vergara era tan amante del fútbol como del “mosto”; y daba rienda suelta a sus aficiones, abandonando el trabajo que el Chato le había conseguido en los Ferrocarriles, para convivir en las cantinas con sus admiradores y dejarlos después bien contentos con sus destacadas actuaciones en canchas.

Montaner, el presidente verde, a pesar de no ser obstemio, no comulgaba con las expansiones de Vergara, por lo que hubo de recurrir a la cooperación del Capitán Abraham Salas que, como jefe de Carabineros y dirigente de Wanderers, encontró una forma expedita para concentrar al jugador.

—Para el domingo, —se quejaba don Julio ante don Abraham— tenemos un serio compromiso y Pedro, Capitán, anda en las “tomas”.

—Déjelo, presidente, por mi cuenta,— respondía el guatón Salas y daba inmediatamente instrucciones a una pareja de carabineros para que saliera de ronda por los boliches de Avenida Brasil o por los “negocios” de Caleta Jaime, en donde para “pasar” una presa de pescado frito había que tomarse un “doble”.

Antes de anoecer los carabineros llegaban al local preciso en donde se encontraba Vergara y sin la menor contemplación se le llevaba “detenido” al Escuadrón.

El Teniente Serrano lo encerraba en un calabozo ad-hoc y allí pasaba la maravilla, bien comido y bien

cuidado, la noche del viernes, el sábado y la mañana del domingo, hasta que llegaban los dirigentes wanderinos a "sacar" al jugador, que debía jugar horas después.

Como los camarines de la cancha estaban en el mismo cuarto, era fácil llevar al "detenido" a la guardia, en donde Montaner lo reprendía.

—Pe,pe, pero Vergara, hasta cuándo te va-va-vamos a estar pagando multas. Parece que, que, que tú te olvidas de tus obligaciones con el club.

Vergara, humilde, bajaba la cabeza, se sonreía y pedía su equipo deportivo; y así entraba en seguida a la cancha, convertido en un león, después de haber ingerido medio "pato", para apagar la sed de dos días.

No cabe la menor duda de que las concentraciones deportivas del fútbol amateur, eran mucho más económicas que las "profesionales" de hoy.

XIII

LAS TRES "B"

Los preparativos para la renovación del directorio habían levantado alta presión, pues se le echaba carbón a las dos calderas; a la izquierda y a la derecha. Lo mismo que en la política.

Montaner, don Julio, ex presidente y con unas ganas enormes de volverse a terciar la banda, mostraba sus entorchados y pergaminos —creador de la Rama de Water Polo, Campeón de 1920 y padre espiritual y mantenedor de la Rama de Box, Campeón de Chile frente al Ursus de Santiago— con lo que creía su elección asegurada.

Además iba jineteado por el Roto Morán —don Andrés— y el Paco Méndez —don Abelardo— dos macucos en estas lides eleccionarias y que como sabían mucho no se dejarían arrebatarse el triunfo así no más.

Pero es el caso de que el presidente en ejercicio había levantado su candidatura, considerándose también asegurado, pues ésta era dirigida por Humberto Elgueta, nada menos que el capitán del primer equipo.

En este predicamento, el Chino González —don Arturo— hacía sus cálculos electorales, mientras Elgueta le proporcionaba los informes más optimistas.

—Todo el primer equipo lo tengo dado vuelta, —informaba— Montaner no tiene ni un solo voto de los jugadores.

Como en ese tiempo —1926— los jugadores eran absolutamente amateurs, no sólo actuaban como asambleístas, sino que contribuían con sus votos a la elección del Directorio y formaban, también, parte de él.

—Tú serás elegido primer capitán, — ofrecía el Chino González a su generalísimo, mientras Elgueta agradecía esta compensación a sus trabajos, con una amplia sonrisa.

Cuando Montaner se dió cuenta del cambullón de sus adversarios, se sintió hombre al agua y llamó, todo compungido, a sus adláteres.

—El Chino y Elgueta, nos tienen montada una máquina—informó.—Parece que estamos quedando solos, con nuestros únicos votos.

—Algo habíamos husmeado, —repuso el Roto Morán, un tanto intranquilo.

Pero a nosotros no nos ganan así no más. ¿No es cierto, negro?

—¡Claro que no!!—exclamó Méndez con esa eterna sonrisa que lo ha acompañado toda la vida.— En la cancha se ven los gallos, don Julio,—agregó.

—O,o,o,ojalá—se limitó a responder Montaner, más tartamudo y nervioso que nunca.

Méndez y Morán, muy sueltos de cuerpo en los días que faltaban para lo votación, se dedicaron a organizar sus electores, con un entusiasmo digno de mejor causa.

Recorrieron todas las Comisarías de Valparaíso, —por algo eran altos funcionarios civiles del Cuerpo— e inscribieron casi a toda la tropa como jugadores del tercer equipo, con sus cuotas al día y, lo que es más asencial, con derecho a voto.

El local del Club se hacía estrecho para recibir las visitas y pagos de cuotas de tantos socios, pues los

auténticos jugadores del Tercero, iban presentando a sus compañeros de equipo o Comisariás, que estaban atrasados en sus cuotas porque no tenían tiempo o porque habían estado de guardia.

El Tesorero contaba los pesos satisfecho y no se preocupaba de más, mientras Elgueta, a la cabeza de sus jugadores, repartía votos y hacía propaganda con el triunfo asegurado entre manos.

Mientras tanto, Montaner sudaba tinta china y tenía tan trabada la lengua que ya no conversaba con nadie.

Sin embargo, el Chino González —don Arturo— se sentía tan seguro que repartía saludos “presidenciales”, despreciando olímpicamente a don Julio, a quien se le había entrado el habla.

El Callejón —así denominaban la sede social del Club ubicado en Avenida Pedro Montt, entre las calles Freire y Rodríguez, por el hecho de tener a su entrada un pasadizo de media cuadra— se hacía estrecho para dar paso a tanto asociado, por lo que éstos debían transitar por él en fila india.

Llegada la noche de la elección, el amplio salón central en donde estaba siempre ubicado el ring, había sido despojado de éste para dar cabida a las sillas y bancas en que se aposentarían los votantes.

Apenas iniciada la votación, la mesa receptora de sufragios pudo constatar que el Chino estaba ganando lejos y que a Montaner sólo le quedaba entregar la angarilla y mandarse a mudar a su empresa de pompas fúnebres.

Y cuando el acto eleccionario parecía haber llegado a su término, aparecieron Morán y Méndez, sudorosos y risueños, en la amplia sala de sesiones.

—¿Vienen a votar?—consultó el presidente de la mesa.

—¡Pero Claro!—exclamó Morán que se mostraba alegre, a pesar de lo agitado.—Venimos a votar y con toda nuestra gente,—agregó.

Y haciendo una reverencia abandonó la sala, para dirigirse al “callejón” en donde no menos de ciento sesenta “paisanos” esperaban a discreción, apoyados en la muralla.

—¡¡¡Tercer equipo, atención... firrrrme!!!... —ordenó— y un solo taconazo se sintió a lo largo del callejón.

—A la dee... rééé... De frente, marrrr...

Y con taconazos acompasados, de un, dos, un, dos, que levantaban polvo sobre el entablado, entraron a la sala todos los “jugadores” del tercero que con arrestos militares iban votando y tomando asiento.

Efectuado el escrutinio, el triunvirato Montaner, Morán y Méndez —las tres emes— ganaron la elección de aquí a Penco, por lo que sus contendores, celebrando su “macuquería”, les bautizaron las tres “B”. (1)

(1) Directorio elegido en 1926: Presidente, Julio Montaner; Vice Presidente, Juan Silva Guerra; Secretario, Carlos Santiago Hernández; Pro Secretario, Enrique Jiménez; Tesorero, Arturo González; Directores: Andrés Morán, Vicente Tórtora, Hilario Hernández, Víctor Romero y Humberto Berrios.

XIV

“EL NEGRO NO ES NEGRO, SINO VERDE...”

Dice la filosofía popular que cuando a una persona le sale al revés todo lo que hace durante el día, es porque se ha levantado con el pie izquierdo.

Sin pretender dar confirmación a esta superstición, declararemos, sin embargo, de que Santiago Wanderers, en el año 1928, dió su primer paso con el siniestro.

Entrado en año, que recibió con alborozo, tuvo su primer traspies.

Antes de que el mes de Enero terminara presentó su renuncia el presidente, Ernesto Guevara, por lo que estuvo con este cargo acéfalo hasta el 3 de Febrero, fecha en que tomó las riendas José Antonio Soto Bunter, dispuesto a romperse todo —como en el tango— y a levantar su nivel institucional.

Pero no bien don José Antonio empezaba a afinar sus instrumentos, dejaba de existir en el Pensionado Deformes, el día 26, el gran jugador wanderino Mario Barbagelatta, el que fué despedido, a nombre del club, con un elocuente discurso fúnebre, por el secretario Carlos Santiago, y quedó sepultado, sin pena ni gloria, en el Cementerio número tres.

Con el objeto de dar mayor envergadura a la recuperación del club y quebrar la *jetta* que lo perseguía,

se husmeó entre la *élite* de sus asociados, para buscar hombres de responsabilidad y solvencia deportiva, logrando así elegir el día 6 de Marzo un directorio con todos estos atributos.

Se confirmó a Soto Bunster en la presidencia y a Alberto Sabugo se le nombró vice; la secretaría le fué confiada a Antonio Voltá y a Ignacio Cortés su ayudantía; tesorero fué nombrado Gregorio Arriaza y Humberto Berríos de pro; y Juan Silva, Andrés Morán, Juan Romero, Luis Berríos y Manuel Jiménez, entraron a tallar como directores.

Con estos hombres a la vanguardia todos creyeron que Santiago Wanderers recuperaría "para sus colores el puesto de honor"; y si consideramos que la capitania del primer equipo le había sido confiada a Manuel Bravo, jugador que por sus méritos estaba obligado a dar confianza a socios y directores, nadie dudó de que se había dado un paso definitivo hacia adelante.

Pero es el caso de que por esos mismos días empezaron a llegar a Valparaíso, delegados futbolísticos de todos los países de Sud América, a objeto de asistir a las reuniones del Congreso Sudamericano de Football que se desarrollaría en Valparaíso, presidido por Juan Enrique Lyon, Héctor Arancibia Laso y Norberto Ladrón de Guevara, y ante esta situación Soto Bunster se sumó a las discusiones iniciales del Congreso, pues como dirigente nacional debía asistir a él, por derecho propio.

Cuando en el referido congreso se trató la conveniencia o nó de que Sud América se hiciera representar en el Campeonato de Amsterdam, los dirigentes wanderinos le dieron tanta importancia a la necesidad de que el equipo chileno se trasladara a Holanda a comer quesos de bola, que se olvidaron de su propio club,

agregándose a las discusiones y banquetes del Congreso, que terminaban con **champagne frappé**, sendos cigarrillos "Corona y Corona", curados en cognac "Chabanneau" y nada menos que en el Club de Viña del Mar.

Frente a este evento; los clubes que nada tenían que hacer en el Congreso Sudamericano, se dedicaron a fortalecer sus huestes; y aprovechando la época de "pases" que estaba en todo su apogeo, hicieron funcionar sus grúas y de acuerdo con el axioma de que "el que pestañea pierde", aprovecharon la pestañada de los sabihondos verdes y en menos que canta un gallo casi le dejaron el primer equipo desmantelado.

En tanto, la Federación, apenas terminado el Congreso, deseosa de juntar dineros para enviar a sus "boys" a pasear a la capital de los Países Bajos, empezó a organizar inter-citys de beneficio entre las distintas asociaciones del país, por lo que los clubes porteños comenzaron a caminar por su cuenta; y mientras Valparaíso Ferroviario ganaba a Colo Colo, el La Cruz salía en jira triunfal y Everton y Jorge V se sonreían ante la quiebra total de Wanderers.

Para colmo, la Asociación Valparaíso fijó varios partidos preparatorios, antes de iniciar su competencia, programando el de Everton frente a Wanderers, por lo que este último se vió obligado a completar su equipo con jugadores de divisiones inferiores, en cuyo **match** Aceituno, de Everton, se dió el lujo de volver loco a pelotazos al improvisado arquero Manuel Martínez, profesor de box de Santiago Wanderers y Campeón de Chile de peso liviano, que se puso al arco con buena voluntad y en la creencia que parar una pelota era lo mismo que barajar un golpe a la mandíbula.

Sin embargo, para dar satisfacción a su gente, Ma-

nuel Bravo se mandó un golcito, con lo que demostró su clase y nada más.

El mes de Abril ya había entrado con sus fríos y lloviznas cuando la Asociación Valparaíso confeccionó su calendario definitivo.

Hill, Urrejola, Contreras, Díaz, Elgueta, Alfaro y Coddou tomaron las de Villadiego; y ante la casi total disolución del cuadro de honor, Juanito Iligaray se dijo: "Comiendo se van las penas" y le ofreció a Urrejola una opípara comida de despedida, para que se fuera bien contento a Santiago a jugar por el Club Universitario.

Para el domingo 29 se programó el clásico Wanderers-La Cruz. Los amarillos saltaban en una pata de gusto, mientras los caturros se agarraban la cabeza a dos manos.

Los diarios locales informaban los pormenores de este "clásico", conjuntamente con preguntarse: ¿Qué cuadro presentará Wanderers?

Ya ni siquiera se contaba con la cooperación del capitán, pues Bravo parece que no estaba dispuesto a hacer el ridículo por segunda vez.

Los diarios, en sus páginas deportivas, destacaban en un cuadro a dos columnas la alineación de equipo cruciano, mientras que en otro de las mismas dimensiones colocaban los nombres de Domínguez y Varas, junto a un enorme signo interrogativo.

—¿Con qué equipo se presentará Wanderers?— era la pregunta de toda la afición.

Soto Bunster, mientras tanto, enviaba informaciones oficiales a la prensa, pidiendo a los socios pasar a reconocer filas, en la secretaría provisional del club, situada en Avenida Pedro Montt y anunciando la pronta inauguración de un local definitivo.

Los socios, mientras tanto, que ni siquiera pagaban las cuotas, se miraban con caras angustiadas y se preguntaban en voz baja:

—¿Con qué equipo se presentará el club el 29?

Y cuando cayó el crepúsculo del domingo 29 de Abril y en la cancha número uno del Valparaíso Sporting Club el cuadro Santiago Wanderers derrotó a su clásico rival por la cuenta de cuatro a dos, hasta los técnicos deportivos del diarismo porteño, creyeron que Soto Bunster había hecho un milagro. (1)

—¿De dónde sacaron ese arquero?—consultaban todos, refiriéndose al negro Carmona, que había sido el héroe de la jornada.— ¿De qué club lo trajeron?

A lo que Soto Bunster, henchido de satisfacción, respondía:

—Es un antiguo jugador del club que solamente no le habíamos dado chance...

Los dirigentes del La Cruz, con el toro comido por esta derrota inesperada, pues hasta se quedaron acachados con un banquete de celebración del triunfo, presentaron un formal reclamo ante la Asociación, alegando la no inscripción del arquero Carmona, y pidiendo, por tanto, para sí, los dos puntos perdidos en cancha.

Algunos dieron caracteres de escándalo al "Caso Carmona", pero luego se dieron con un palmo de narices cuando la Asociación informó que el Negro Carmona Toro era más verde que los pinos desde tiempos inmemoriales y que siempre se ponía bajo el arco en la cancha número cinco y jugando por la cuarta.

(1) Equipo ganador del clásico de 1928: Carmona; Cantuarias y Ramírez; Bustos, Vergara y Escudero; Sotello, Núñez, Ortiz, Domínguez y Varas.

Carlos Santiago que era el delegado titular de Wanderers en la "Valparaíso", tuvo una salida que hizo reír al honorable Consejo:

—El delegado reclamante del La Cruz, parece que sufre de daltonismo—dijo.—Pues el Negro Carmona no es negro, sino que es verde, como lo prueban las inscripciones que acaba de leer el señor secretario...

XV

NO PUDE CUMPLIR SU ULTIMA MISION, CAPITAN...

José Antonio Soto Bunster, como presidente del Club, decretó por sí y ante sí —de acuerdo con su personalidad múltiple— que el 37º aniversario de Santiago Wanderers fuera celebrado con bombo y platillos.

Además, como administrador del Estadio El Tránsito de Viña del Mar, quería inaugurar éste con harta utilería y actores de primera y así dejar satisfechos a montescos y capuletos.

—Para el 15 de Agosto—dijo—hay que traer equipos de Santiago para realizar un festivalazo deportivo. Sin perjuicio de una buena comilona en el amplio local de nuestra institución.

Y no le faltaban razones para su proyecto. Santiago Wanderers disponía de un gran local en la calle Victoria, con grandes comedores, mejores billares, amplia cantina y asoleada cancha de rayuela, amén, de una sala de reuniones que ya se la hubiera querido la I. Municipalidad para una sesión solemne.

El Capi Soto, daba instrucciones y redactaba boletines, mientras Carlos Santiago —el secretario, delegado y asesor técnico— se deshacía trabajando en la secretaría y colocando el punto final a las ideas del

presidente que sólo lograban su realización con el visto bueno del secretario.

Ocho años llevaba Santiago desempeñándose en este cargo, habiéndose identificado en tal forma con el rodaje de su club que bien podría decirse que Carlos Santiago era Santiago Wanderers o que Santiago Wanderers era Carlos Santiago.

Desde el "Crecent", aquel prestigioso club de antaño, había pasado a engrosar las filas wanderinas en el año 1916, en donde supo destacar rápidamente su personalidad, imponiendo sus inigualables condiciones de caballero y su versación reglamentaria.

Su espíritu inquieto de hombre de acción se desbordaba de la amplia sala de su secretaría, para llegar hasta el Consejo de Delegados de la Liga Valparaíso o para aflorar en las columnas de la prensa, siempre en defensa de sus ideales deportivos, bajo los seudónimos de "Chicharra" o "Caruso".

Joven, inteligente y diplomático. Era un cruzado del deporte con todos los atributos del caballero. Y frente a estos adornos personales, nadie más indicado que él para que se trasladara a Santiago a pactar unos matchs amistosos de fútbol entre Unión Española y Wanderers y Escuela Militar con Escuela Naval, con que se celebraría dignamente el aniversario del Club, e inaugurar con hartas campanillas el Estadio El Tranque, en donde el capi Soto era amo y señor.

Y el día 10 de Agosto partió hacia la capital, con muchos documentos en la carpeta y más ideas en la cabeza.

Pero no bien inició en Santiago las gestiones que se le encomendaran, hubo de regresar al Hotel Bristol, en donde se hospedaba, con el presentimiento de que desde la Estación Bellavista, había emprendido a la capital un viaje sin retorno.

Sus fuerzas físicas se iban debilitando momento a momento y el término de su jornada presentábase ante sus ojos, como una realidad irredargüible.

No obstante, su fortaleza espiritual manteníase intacta y, en este evento, trasladóse en un automóvil a la calle San Gerardo N^o 777, del Barrio Recoleta, en donde tenía la seguridad de encontrar la tibieza de hogar, en casa de su amigo Luis de la Fuente y un cariño fraternal para sus flaquezas corporales.

Fué recibido cariñosamente por el jefe del hogar y su esposa —por algo eran amigos de la infancia;— y una vez brindada la hospitalidad, hubo frases de optimismo que, aunque levantaban el espíritu, no podían hacerlo con la realidad de la materia.

Santiago se iba minando poco a poco.

—Yo creo, Lapicito, que me voy—dijo en la mañana del día 12 a De la Fuente, empleando el apodo fraternal de la juventud. —Me gustaría que me proporcionaras papel y tinta. Necesito escribir unas cartas de despedida.

Don Lucho volvió la cabeza para limpiarse oculta-mente una lágrima y repuso haciendo un esfuerzo:

—No seas pesimista, Carlos. Si ya mañana estarás bien.

Pero, en realidad, el enfermo se iba...

Se le proporcionó lo solicitado; y mientras Luis de la Fuente salía a la calle a informar a los amigos el verdadero estado de este "pioner" del deporte, Carlos Santiago, semi recostado sobre el lecho, escribía sus tres últimas cartas: dos para sus íntimos y una para Soto Bunster, el presidente de su club.

La mañana invernal, corría por las calles de la capital con paso acelerado, mientras de la Fuente, Gregorio Arriaza, Orfanoz y Antonucci, buscaban todos

los medios con qué prolongar la estadía de Carlos Santiago sobre la tierra.

Cuando el cañón del Santa Lucía golpeó irreverente los tímpanos de los habitantes de la gran capital, anunciando el mediodía, Carlos Santiago lo escuchó también por última vez y tomando un papel y una pluma, escribió con letra temblorosa sus últimos deseos, dirigidos al dueño de casa:

“Lapicito:

“Sólo a que me quedaban tres cheques le he pedido a Soto Bunster, le envíe un giro por \$ 200.—

“Muchas gracias por las atenciones. Saludos especiales a su familia.

“Espero mande mi cadáver al Santiago Wanderers, Victoria 644, cuanto antes.

“Adiós.

CARLOS.”

Puso el papel y la pluma sobre el velador y se quedó con la vista fija hacia el norte, cual si quisiera decir con su gesto de placidez absoluta y doloroso a la vez, al presidente de Santiago Wanderers:

—“No pude cumplir su última misión, capitán...”

El reloj de sobremesa indicaba las 12 horas y 28 minutos, cuando Luis de la Fuente entró a la habitación y constató su agonía.

—¡Carlos!...—exclamó.

Pero éste sólo movió la cabeza y balbuceó una frase incoherente. Cerró los ojos y abandonó esta tierra. (1)

(1).—“Antes de irme a la Iglesia de San Alberto, sitio desde donde trasladaremos a la estación los restos de Carlos (Q.E.P.D.) me siento a la máquina para escribirle algunas líneas, aunque sean mal hilvanadas.

Requiescant In Pace

La noticia en Valparaíso causó revuelo. La prensa informó a grandes titulares el deceso del gran secretario y todas las entidades deportivas se adhirieron al luto de Santiago Wanderers.

Y Germán Boisset, Presidente de la V Zona de la Asociación de Natación y Water Polo, Tesorero del Club

“Estamos en vísperas de dar final a nuestro cometido, cumpliendo así con las instrucciones dadas por Uds. Hemos tratado de expedirnos en la mejor forma, como las circunstancias y los medios lo permitían. Se ha hecho todo lo humanamente posible, venciendo mil dificultades, pues debo decirle que nuestro compañero ha pasado por una verdadera odisea, que no puede explicarse en estas breves líneas. Cuando vaya a Valparaíso lo explicaré más ampliamente.

“Únicamente quiero dejar constancia de los desvelos gastados en forma que el Wanderers no tendrá como premiar al señor Luis de la Fuente, en cuya casa dejó de existir Carlos. También Orfánóz ha sido otro de los grandes paladines en estas circunstancias apremiantes y Uds. deben apresurarse a darles los agradecimientos a nombre de la Institución, a estas dos personas.

“La contratación de los funerales ha sido una verdadera odisea, pues las instrucciones que recibía de Valparaíso el señor de la Fuente y el suscrito eran algo confusas...

... las puse en conocimiento del señor de la Fuente, quien inmediatamente se trasladó a la Empresa de funerales, contrató los servicios y tramitamos otras cosas que exigían las circunstancias, hasta trasladar anoche los restos a la iglesia en medio de una lluvia infernal y embarrados hasta los tobillos por unas calles infernales del barrio ultra-Recoleta. Esto no es nada capitán y todos lo hicimos con agrado, porque Carlos era nuestro amigo y consocio.

“Hoy en el tren equipajero van los restos, como yo no puedo ir debido a la montaña de trabajo que tengo por

Universitario de Deportes de Santiago y ex dirigente del Club de Regatas Valparaíso e íntimo amigo de Carlos Santiago, creyendo no poder venir al puerto, envió su condolencia por intermedio de Alberto Sabugo, pero a última hora se embarcó en Mapcho en un tren de carga y arribó a Valparaíso, al amanecer, logrando formar en el cortejo.

Julio Montaner —sin cargo para el club— montó

“delante, va Leonidas Antonucci y Julio Crispi. El primero es el portador de esta carta y él te podrá proporcionar mayores pormenores sobre lo que ha acontecido aquí.

“El señor de la Fuente ha hecho todos los gastos, cuya factura la lleva el mismo Leonidas. No se trata de un hombre de fortuna y sería menester que el Wanderers hiciera un sacrificio para satisfacer cuanto antes los desembolsos hechos por este señor en lo concerniente a los funerales.

“Aquí dejó también el finado Carlos algunas cuentas; una pequeña en el Hotel Bristol, otra al chofer que ocupó durante los días que estuvo en Santiago y otras dispersas, pues como su muerte fué repentina no pudo cancelarlas como eran sus deseos. Espero las instrucciones de Uds. al respecto.

“...extraoficialmente hemos sabido que Carlos tenía un hijito que se estaba educando en el Instituto Nacional. Si la existencia de este heredero es verídica, todo el dinero que dejó y si existen bienes deben pasar a él.

“...en lo referente al hijo, los wanderers de aquí y amigos de Carlos hemos comisionado a Germán Boiset para que haga las investigaciones necesarias en el Instituto Nacional. Si realmente es hijo de Carlos los socios de Wanderers y amigos del finado, con residencia en Santiago, nos encargaremos de la educación de él, hasta darle una carrera, la mejor que le agrade. Creemos en esta forma hacer una obra buena que perdure, hasta la posteridad y nos haga recordar a nuestro buen amigo.”—(Párrafos de una carta privada de Gregorio Arriaza a José A. Soto Bunster, fechada en Santiago el día 14 de Agosto de 1929).

una gran capilla ardiente, en el salón de honor de Santiago Wanderers y a las 10 de la mañana del día 15 de Agosto, día de aniversario, el cadáver de Carlos Santiago, abandonó para siempre su secretaría, escoltado por los viejos tercios Arturo Acuña, Eliseo 2º Guerra, Romeo Borghetti, Gustavo Ducassé, Víctor Romero, Pedro Cortés Besa, Francisco Montes de Oca, Arturo González, Guillermo Lyng, Andrés Morán, A. Paulide y J. Alvarado.

Rafael Luis Barahona fué el encargado, a nombre del Club, de despedir sus restos en el Cementerio; y el día 15 de Agosto de 1929 Santiago Wanderers agregó un año más a su dilatada vida, en las puertas mismas de la ciudad de los muertos.

“ Sr. Soto Bunster:

“Aprovecho la ida rápida del señor Vásquez para contestar su telegrama que solamente recibí en este momento, 16 horas.

“Carlos en sus últimos momentos pidió que su cadáver fuese enviado a ésa y entregado al Sanitago Wanderers. Además, que fuese velado allí, poniéndosele la bandera de su club que tanto quería.

“Fué tan rápida su muerte que sólo alcancé a oír las pocas palabras que me dijo.

“Las cartas escritas fueron: una para usted, una para la hijita del señor Vásquez y otra para la Elvira.

“La dirigida a Ud. la lleva el señor Vásquez, a quien se la he entregado ya en mi casa, antes de escrita la presente.

“Más detalles de la muerte llevará un representante mío que va junto con los restos. Saludos. De la Fuente.”

(Texto íntegro de la carta enviada por don Luis de la Fuente a don José Antonio Soto Bunster).

XVII

AHORA SI QUE NOS VAMOS P' ARRIBA

La gran casona que ocupaba Santiago Wanderers en la calle Victoria, como un barco mal estibado, se había dado vuelta de campana, sin que se pudiera salvar del naufragio, ni siquiera el reloj de pared, pues, según dicen, uno que lo "salvó", lo llevó derecho a la Agencia "El Ferrocarril", por lo que ahora adorna la muralla del comedor de un "socio" que compró el boleto.

Sin embargo, el Guatón Berríos —don Humberto— que a pesar de ser corto de vista tiene un buen olfato, se fué llevando a su casa, uno por uno todos los trofeos, por lo que cuando llegó la orden de embargo por falta de pagos en el arrendamiento, los representantes de la justicia arrearon con todo, menos con los trofeos, que fué, por consiguiente, lo único que pudo salvarse de la hecatombe.

Con las patas y el buche se "mudó" entonces el club a un local ubicado en la Plaza de la Victoria, que tenía un par de billares, un mesón, una estantería y seis mesas en la "cantina", y una sala desmantelada en donde sentados en el suelo podían reunirse los directores.

Se recurrió a la caridad deportiva y Erasmo Sa-

piain facilitó una mesa redonda, algo anti diluviana, pero que servicia a las mil maravillas, para mesa de sesiones, escritorio y comedor, si era necesario.

“A caballo regalado no se le miran los dientes”.

Como nos hallábamnos en el año 1932, el de la cesantía, de la República Socialista, de los gobiernos meteoricos y los presidentes provisorios, Wanderers se acomodó con la época, y entre cesantes y directivas provisionales, puso el pecho al frente y con más pecnuga que un pavo, salió en busca de la montaña, ya que la montaña no venía hacia él.

Como al capi Soto se lo había tragado la tierra, tomaron las riendas Andrés Moran, Humberto Berrios, Teodoro Otaiza, Ignacio Román, Juan Iligaray, Víctor Romero, el Bigote Alonso y unos cuantos valientes, que después de levantar el embargo y recuperar algunas “especies” como decía el depositario, trataron de empujar al club para que entrara en tierra derecha.

Cómo los jugadores del “Atacama” habían llegado a Valparaíso a exhibir sus condiciones y en busca también de un acomodo, pues parece que en el Norte Chico todo no era una Jauja, los flamantes dirigentes le pusieron el ojo encima y les concertaron un partido.

Como el club no tenía hombres con qué enfrentar con éxito a los nortinos, formó un combinado “Wanderers-Las Zorras” y así pudo salir airoso del compromiso con sus visitantes.

Los derrotados jugadores del “Atacama” visitaron por la tarde la sede del Club — que ya estaba más apuntalado — y sin saber ni cómo ni cuándo, quedaron incorporados a la institución los nortinos atacameños Brizuela, Araya, J. Rivera y el medio zaguero Trigo, con lo que, según decía la prensa a grandes titulares

“Santiago Wanderers, con nuevos elementos valoriza el deporte porteño en forma efectiva”.

King Kong Nelson —don Humberto— el capitán mártir que falleciera en el Estadio Valparaíso, la tarde del 28 de Diciembre de 1935 después de un entrenamiento (1), era quizás el más contento con las conquistas, por lo que se podría mirar con más optimismo hacia el futuro.

Pero estas conquistas significaban para los valientes directores de Wanderers un nuevo problema, y aún más grave que aquel de que venían saliendo.

¿Cómo mantener a estos nuevos jugadores?

Juanito Iligaray, como buen dueño de carnicería, ofreció carnes: tantos kilos por cabeza; Berríos puso su lechería a disposición de los jugadores y los demás, como no eran comerciantes en comestibles ni bebestibles, ofrecieron dinero, con el agregado de que el Bigote Alonso, como buen gondolero, ofreció movilización gratis para todo el equipo.

(1) Humberto Nelson Meneses, capitán del primer equipo en 1935, había ingresado a Wanderers en el año 1930, procedente del Club Deportivo Aníbal Pinto, de Pampa Unión y falleció de un ataque cardíaco el día 28 de Diciembre de 1935, a las 15.30 horas, en el Estadio Valparaíso, después de un entrenamiento que efectuaba en conjunto con los jugadores Santiago Rivera y José Araya.

Había nacido en Antofagasta en el año 1908 y, por consiguiente, murió en plena juventud.

Al fallecer cuando se entrenaba para enfrentar el día 5 de Enero de 1936 al equipo de Vélez Salsfield de Buenos Aires —cuadro que colocó una ofrenda floral en su tumba el día 31 de Diciembre— dejó una viuda y un hijo, pero a pesar de las promesas de ayuda y educación del pequeño que hicieron los dirigentes, doña Isabel viuda de Nelson, quedó olvidada en su domicilio de calle Saavedra N° 66, en las faldas mismas del Cerro Mariposa.

Carne, leche, movilización y plata.

Un problema solucionado en un santiamén.

—Ahora si que nos vamos p'arriba,—dijeron todos.

—Pero ¿dónde duermo yo?—consultó Rojo.

—Yo te daré diez pesos diarios,—repuso el Roto Morán, dando por solucionada esta dificultad.

Y Wanderers partió viento en popa a disputar el campeonato.

Pero el caso es que Rojo era un dignísimo sacerdote de la secta de Baco y lo adoraba con tanta asiduidad, que a la quinta botella de "Chateaux litré" ya había hecho sonar los diez pesos, por lo que al no disponer de saldo en "caja", tenía que dormir en cualquier parte, no importando que fuera un banco de la Plaza Victoria o una mesa de billar del Casino del Club.

Claro que a veces se repetía el plato y conseguía diez pesos más; y como ya tenía completo su cubicaje y no le cabía ni una copa más, arrendaba una pieza en un boliche cualquiera y dormía a piernas sueltas.

Ante estas expectativas el campeonato se fué alejando; y a pesar de los esfuerzos de última hora, no pudo conquistarse el título que quedó en manos del "Sportiva Italiana", entidad que disponía de un equipo magnífico, de muchos quilates.

No obstante, el cuadro se fué ajustando en tal forma, que para el año 1933, entró a cancha más afilado que una navaja barbera, no dejando títere con cabeza y conquistando el Campeonato (1) después de doce

(1) Equipo Campeón de 1933:—Farjes; Pastene y Rojo; Nelson, Villarroel y Brizuela; Miranda, Páez, J. Rivera, S. Rivera y Araya.

años justos que no alcanzaba tanpreciado galardón, pues la última vez que llegó en punta fué en el año 1921. (2)

Con el Campeonato en las manos, ahora era cuestión de no largarlo; y fué así cómo se encariñó en tal forma con el título de Campeón que el año 1934 encontró a Wanderers tan dispuesto, que no aflojó ni un milímetro y se repitió los espárragos con todos los honores (3) y con gran satisfacción de dirigentes y dirigidos.

Con estos títulos a su haber el club se fué yendo para arriba; y fué así, entonces, como el año 1935 lo encontró medio apalogruelado. Se había cambiado a un local magnífico, en los altos del Teatro Victoria, con amplios balcones a la Avenida Pedro Montt y escalinatas níveas de mármol.

Muchos socios que en los tiempos de crisis no asomaban ni las narices por el club, se paraban, ahora, en la puerta de su sede social, para que a la salida de la vermouthe, los vieran las muchachas cineastas, luciendo sus insignias verdes, con una enorme S de plata vertical y la palabra "Wanderers" cruzada diagonalmente.

El Directorio estaba vuelto loco; quería repetirse el plato a toda costa, pues el campeonato le resultaba sabroso. Pero para que éste no fallara, había que condi-

(2) Equipo Campeón de 1921:—López; Gatica y Cárdenas; Alvarado, Calderón y Tapia; Díaz, Gómez, Bolados, Segura y Geldes.

(3) Equipo Campeón de 1934:—Meza; Brizuela y S. Rivera; Nelson, Páez y Vicent; Jeria, J. Rivera, Toro, Núñez y Araya.

mentarlo bien; y nada más práctico, entonces, que buscar a un técnico en la materia, es decir un entrenador.

Se barajaron muchos nombres y después de buscar los pro y los contra de muchos maestros, se llegó a la conclusión de que más vale un diablo conocido que cien por conocer, y se escribió a Montevideo a Juan Carlos Bertone, el mago del año veinte, para que se trasladara a Valparaíso a hacer un nuevo milagro.

Pero resulta que el maestro ya tenía sus compromisos, cuando recibió la invitación de Wanderers y para no defraudar a sus viejos amigos les respondió que si él no podía venir, les recomendaba a un hombre que valía tanto como él: Pedro Mazullo.

Como la competencia ya se venía encima y ganarse el campeonato era para Wanderers algo "sine qua non", se le fletó a Mazullo una carta en la que se le pedía que se viniera a Chile de inmediato a hacerse cargo del equipo de "honor".

Con la carta de Wanderers en las manos, Pedro se quedó perplejo.

—Pero, ché—consultó a Bertone.—¿Qué es esto de equipo de "honor"?

En las riberas del Atlántico sólo se conocen los equipos de primera división, por lo que este modismo chileno le resultaba incomprensible.

—Ché Pedro,—le repuso don Juan Carlos.—Es que en Chile a los "primeros" les llaman "honor". Andá no más, sin miedo.

sin miedo se vino a Chile Pedro Mazullo, tal como había partido a Europa en sus años mozos, a demostrar su clase de jugador y en donde dejó sabias enseñanzas,

principalmente en las nevadas canchas de Francia, marcadas en rojo.

El día 23 de Mayo arribó a la Perla del Pacífico, y socios y dirigentes lo recibieron batiendo "las palmas que da la victoria", como un homenaje a la letra de su canción.

Soto Bunster, Ramón Opazo, Humberto Berríos, Santiago Guemes, Ignacio Román, Andrés Morán y hasta los periodistas Jorge Donoso, Ramón Lasa y Roberto Parra, se transformaron en corifeos de Mazullo. Pedro pasó a ser la "vedette" de las huestes verdes y la cancha de "El Tranque" de Viña del Mar, su campo de experimentación.

—No hay caso con Mazullo,—decían unos.

—Si sabe más que Bertone,—agregaban otros.

Y Pedro con esa sonrisa que le respinga la nariz, fué dando formas al equipo verde hasta que lo hizo madurar como campeón de 1935.

Claro que este campeonato le costó a Mazullo peinar sus primeras canas.

Los jugadores eran más o menos dúctiles, pero los dirigentes, y principalmente el **coach**, se le cruzaron en el camino casi al segundo entrenamiento.

Ramón Opazo, el director "técnico" tenía su método para tratar a los jugadores. Después de cada entrenamiento hacía poner mantel largo en la cantina del club y después de cada triunfo oficial éste se trasladaba al Restaurant "La Puerta del Sol" y a la orden de "Yopago todo", comían y bebían los jugadores y "bolseaban" hinchas y dirigentes al grito de:

—¡Don Ramón paga!

Como a Mazullo no le gustó este sistema, puso pies en polvorosa apenas ganado el campeonato de 1935 y se trasladó a La Calera a entrenar el Club Ce-

mento Melón, pero agregando en la enseña de Santiago Wanderers la nueva estrella de un Campeonato. (1)

Y con esto quedó demostrado que la expresión lanzada por un grupo de socios esforzados, casi cuatro años antes, vino a resultar profética:

—¡Ahora si que nos vamos p'arriba!...

1) Equipo Campeón de 1935:—Meza; Brizuela y Rivera; Nelson, Páez y Vicent; Jeria, J. Rivera, Toro, Núñez y Araya.

XVIII

PRIMER EXPERIMENTO PROFESIONAL

Guillermo Lyng no era hombre que se ahogara en poca agua y apenas asumió la presidencia de 1937, quiso hacer de Wanderers un club que estuviera de acuerdo con sus pergaminos y en menos que canta un gallo se puso manos a la obra.

Contra viento y marea desafilió al club de la Asociación Valparaíso — por algo Wanderers era vice campeón de Chile de 1936, después de perder, tras memorable jornada frente a Colo Colo y en tiempo complementario el Campeonato Chileno del 4.º Centenario de Valparaíso — y se lo llevó a jugar a Santiago entre los profesionales, en donde, según creía, cada patada al balón significaba un golpe de picota dado en la rica veta de una mina de oro.

Su categoría de viejo jugador internacional, agregada a una situación económica bien cimentada, le daban a Ling prestigios para hacer de su manta un sayo y llevar a Santiago Wanderers hasta la cumbre

del Cerro San Cristóbal, con una bandera verde de reivindicación en la diestra.

El profesionalismo santiaguino había obtenido su patente definitiva el 29 de Julio de 1933, a raíz de una rebelión iniciada el 27 de Mayo del mismo año, por los clubes Audax Italiano, Badminton, Colo Colo, Green Cross, Magallanes, Morning Star, Santiago National y Unión Española, en la que estas entidades pedían a la Asociación Santiago se les participara de ciertos porcentajes, de los partidos en que actuaban, a objeto de pagar con ellos a sus jugadores, pues con el profesionalismo encubierto, que sólo les significaba gastos, ya estaban hasta la tuza.

Como la dirigente santiaguina dijo "nones" a estas pretensiones, los clubes mencionados constituyeron, por cuenta propia, la Asociación Profesional de Santiago y una vez obtenido el visto bueno de la Federación, iniciaron su competencia, en donde los pesos si en verdad no llovían, por lo menos goteaban.

Ante tan magníficas perspectivas, Lyng pensó que tras una experiencia de cuatro años los profesionales santiaguinos deberían estar cortándola a cincel y sin pensarlo dos veces, golpeó las puertas de la Asociación Profesional, las que le fueron abiertas de par en par.

Wanderers, con optimismo, entró entonces a su nueva casa. (1)

La Asociación Valparaíso le dió el pase a regañadientes y Wanderers muy orondo se trasladó a la capital en busca de triunfos y dineros, tal cual esos audaces

(1) Equipo profesional de 1937:—Soto; Miranda y Tapia; Páez, Pastene y Méndez; Torres, Iturrieta, Rivera, Sepúlveda y Araya.

conquistadores que partían en busca de gloria y fortuna

Pero, como en el caso de Pedro de Valdivia, no encontraron el oro codiciado en Santiago de Nueva Extremadura; y después de jugar una primera rueda, con un viático de ochocientos pesos por partido para gastos de hotel y traslado de la delegación a Santiago, como consecuencia de las malas presentaciones del cuadro en la metrópoli, éste le fué rebajado a cuatrocientos pesos por viaje, en la segunda rueda, si es que querían ir...

Los dirigentes, con el *coach* o director "técnico" a la cabeza, Ramón Opazo, y el presidente Guillermo Ling, echaban manos a los bolsillos y costeaban el "saldo" de los viajes; pero como el equipo a su regreso sólo traía goles y nada de dinero, la mesa directiva empezó a cojear y antes que el mundo se les viniera abajo crearon dos "culpables" y castigaron al arquero Soto y al inter Sepúlveda, por sus bajas actuaciones.

Creyeron los papábiles que colocando a Beltramí en el arco todo lo habían arreglado; y fué en esta confianza como partieron a Santiago a jugar con Colo Colo —el puntero y después el campeón de la competencia— y si no es por una salvadora lluvia que hizo suspender el partido, los verdes habrían regresado a Valparaíso con un superávit de goles superior al que trajeron.

Ante esta nueva y contundente derrota, los dirigentes se apresuraron a solicitar a la Asociación Profesional, les declarara en receso el equipo, a lo que de inmediato accedieron los santiaguinos, pues la presencia de Wanderers en canchas metropolitanas ya les estaba resultando un estorbo.

Al imponerse de estos hechos dolorosos, varios socios que siempre han llevado al club en el corazón,

empezaron a reunirse, a objeto de encontrar una solución a este problema que parecía insolucionable; y fué así como queriendo levantar el club, se reunieron el día 15 de Noviembre, conjuntamente con algunos directores y después de mucho deliberar, acordaron convocar a una asamblea para el día 15 de Diciembre, declarando una amnistía general y abriendo un nuevo libro de registros.

Guillermo Lyng, que se había reunido con los socios que deseaban levantar el club, entonó un "mea culpa", invitó a los socios "palos gruesos" para que sirvieran de grúas en el levantamiento y publicó un manifiesto en la prensa, en el que invitaba a los wanderinos e hinchas a cooperar en esta nueva cruzada, con la que se borraría su fracaso.

Y las reuniones de **andante sostenutto**, pasaron a **allegro vivace** y todo Valparaíso se impuso a principios del mes de Diciembre que Wanderers se iba a recuperar, mediante una asamblea que se realizaría en un teatro de la localidad, en donde se sabrían todas las verdades y se buscaría a los hombres capaces que supieran "conquistar para sus colores el puesto de honor".

La mañana del domingo 12 de Diciembre, fué un amanecer de gloria para la enseña verde.

Antes de las diez horas los socios levantadores dissipaban su modorra moviéndose con agilidades atléticas en el foyer del Teatro Condell.

—¿Tendremos éxito? —se consultaban.

—Vendrán más de mil. . .

Y cuando a las 11.05 horas se levantó el telón de boca del teatro y aparecieron en el escenario Guillermo Lyng, Eliseo 2.º Guerra, José A. Soto Bunster, Manuel Chacón, Andrés Morán, Manuel Jiménez, Pedro Taucañ y Francisco Martínez, una ovación tan estruendo-

sa les saludó que los que la escucharon desde los escaños de la Plaza Victoria creyeron que el edificio se venía abajo.

Acalladas las palmas Guillermo Lyng empezó la lectura de una larga exposición, en la que narraba la odisea del "viaje a la capital", con su deber y haber; el deseo posterior de regresar a Valparaíso, como hijo pródigo; el gusto con que les recibiría el presbítero Alfredo Chaparro, presidente de la Asociación Valparaíso y la "proa" que le ponían todos los clubes que no deseaban ver más a Wanderers actuar oficialmente en Pancho.

Claro que Lyng, en su exposición, omitió decir que un día en que Wanderers debía derimir superioridades en Santiago por la competencia oficial con el equipo de Magallanes, los jugadores llegaron temprano con sus maletas a la estación Puerto, para tomar el expreso y trasladarse a Santiago a cumplir con su compromiso oficial.

Y que como ningún dirigente hizo su aparición en este recinto —y mucho menos el coach, Ramón Opa-zo, el presidente que hablaba y el tesorero que escuchaba— los jugadores sufrieron una gran decepción.

—No podemos ir a jugar, —se decían.

—Es una lástima, con lo entrenado que estamos.

Pero cuando faltaban cinco minutos para que el tren partiera, llegó Machaquito, el utilero, cansado, acezando, pues se había tirado la carreta desde Viña del Mar, con su maleta cargada con todos los implementos para la mejor expedición del equipo en cancha.

—No podremos ir, —le informaron los jugadores.

—¿Por qué? —consultó Mauricio Muñoz, el dueño de los útiles.

—Porque no ha llegado ningún director y no tenemos dinero para costear el pasaje.

Cabe advertir que Machaquito Muñoz es un antiguo distribuidor de diarios y revistas entre los canillitas viñamarinos, por cuenta de las empresas, a las que liquida semanalmente el producto de sus ventas de periódicos.

Echó Muñoz una mano al bolsillo del pantalón y extrajo un grueso rollo de billetes.

—Yo aquí tengo como tres mil pesos,—dijo.— Si quieren yo “saco” los pasajes y vamos a Santiago a jugar por nuestra cuenta.

Aún no terminaba Machaquito de hacer su proposición, cuando ésta era acogida por aclamación.

—¡Claro! Vamos por nuestra cuenta.

Y apenas don Mauricio se dirigió a adquirir los pasajes, todo el equipo se aposentó en un vagón, lanzando vivas al utilero palogruoso.

Ya en Santiago se almorzó con cierta discreción y posteriormente el cuadro se trasladó a la cancha.

Frente al enorme compromiso que los jugadores habían contraído con Machaquito, entraron al field convertidos en “feroces leones” y antes de que terminaran los noventa minutos reglamentarios de juego, le enchufaron dos pepinos a Magallanes, con gran sorpresa de los asistentes y de los albicelestes.

Muñoz, que de utilero, había asumido la tesorería de la delegación, con tal representación se trasladó a las oficinas del Estadio en donde firmó el *bordereaux* y obtuvo la “torta”, partiendo en seguida muy campante con todos sus jugadores a un restaurant de General Mackenna, a comer un platito y a “hacer hora” para tomar el tren de regreso a Valparaíso.

Durante la comida Machaco rindió una cuenta exacta.

Restó los pesos por él gastados en pasajes de ida y vuelta, el consumo de almuerzo y comida y el saldo lo repartió por partes iguales entre los integrantes de la delegación.

Y mientras ésta regresaba cantando al puerto, en Valparaíso la noticia trascendía.

Las pizarras de los diarios anunciaban con blancos caracteres el triunfo inesperado de Wanderers en Santiago con gran sorpresa de Guillermo Lyng que no se podía explicar cómo los muchachos se habían trasladado a la capital. Sin embargo, una vez repuesto, trató de reunir a los directores y socios que pudo y en especial al tesorero Guillermo Cáceres, para ir a darles la bienvenida a la Estación Puerto y recibirlos con todos los honores y, como es natural, pedirles cuenta del resultado "económico" del partido.

Machaquito que parece tener muy buen olfato, antes de descender del vagón en la estación de Viña del Mar, advirtió a los jugadores:

—Ninguno debe bajarse en la Estación Puerto, porque seguramente los "viejos" los deben estar esperando. Debemos "guatearlos", así como nos "guatearon" ellos a nosotros.

Dicho y hecho.

Los jugadores se bajaron todos en la Estación Barón y pasaron a celebrar el triunfo al restaurant "Las Violetas", mientras los dirigentes e hinchas de Wanderers se quedaron con las ganas de abrazar a los triunfadores y Cáceres, el tesorero, de recibir los pesos que harta falta le hacían a la escualida caja de la institución.

Salvo esta omisión, la exposición de Lyng fué una

pieza patética, algo trágica y con muchas lágrimas de cocodrilo.

Los asambleistas que llegaban a unos ochocientos, dieron, emocionados, su voto de aprobación, con un aplauso unísono que Lyng agradeció con muchas genuflecciones.

Francisco Martínez que parecía que estaba actuando de maestro de ceremonias, hizo un discurso optimista y para que los asistentes al teatro no se cansaran de tanto estar sentados, rindió un homenaje a los socios fallecidos, para que los asambleistas, de pie, guardaran un minuto de silencio.

Eliseo 2.º Guerra que estaba que cortaba las palabras por exponer sus ideas, aprovechó una pausa de Martínez, para proponer se designara presidente a Andrés Morán, por ser uno de los más antiguos, experto y trabajador.

El Roto que no estaba dispuesto que le echaran el muerto encima, se corrió por la baranda y propuso la reelección de Guillermo Lyng, como una prueba de confianza. Pidió un voto de aplauso y como los asambleistas se constituyen casi siempre sólo para aplaudir, no se hicieron de rogar para aceptar la proposición de Morán, por lo que Lyng quedó remachado en la presidencia.

Después, habiendo observado la llegada del ex presidente Julio Montaner, que a pesar de su grave enfermedad llegó ayudado por familiares hasta una butaca de platea, le rindió a éste un homenaje de reconocimiento que hicieron suyos todos los wanderinos presentes en la sala.

Ahora el maestro de ceremonias parecía Morán, habiendo desplazado a Martínez.

Pero éste no se dejaba atropellar así no más y antes

de que la sala fuera declarada en comité, para deliberar sobre la formación del futuro directorio, propuso una larga lista de nombres para que fueran elegidos por aclamación.

Soto Bunster que había sido propuesto para secretario, para no faltar a su costumbre, renunció inmediatamente, antes de ser elegido, a lo que Manuel Jiménez, le repuso:

—Córtela, pues, Capi. Usted en el directorio es necesario, pues sin su presencia quizás no nos abran las puertas de la Valparaíso. Además ésta sería su milésima renuncia.

Reabierta la asamblea la lista propuesta por Pancho Martínez fué aceptada en su totalidad, quedando elegidos el Capitán Natho, Ignacio Román, Andrés Morán, Armando Silva, Eliseo 2.º Guerra, Guillermo Cáceres, Manuel Chacón y Rafael Aguirre —Caballito—, el Benjamín del Directorio y el más aplaudido de todos, para que acompañaran a Lyng y Soto Bunster, las cabezas visibles.

Pedro Taucán que estaba atragantado con un discurso, también se mandó su parte, seguro de conseguir aplausos, pues la asamblea estaba eufórica con ganas; después habló Manuel Jiménez y le siguió Ramón Lasa, para terminar Alfredo Nazar, que en un derroche de elocuencia, se echó al bolsillo a sus antecesores en la tribuna y se mandó un kilométrico discurso que, a medida que se alargaba, iba poniendo nervioso a un tramoyista del teatro, que llegó a exclamar descorazonado:

—Si este caballero no 'a corta, me tinca que vamos a tener que suspender la matinée.

Pero los temores de este empleado se disiparon rápidamente, pues antes de las 12.30 horas, don Alfredo puso término a su improvisación y los 768 wanderinos

que habían reconocido cuartel, abandonaron la sala cantando a grito pelado:

...al batir las palmas
que da la victoria...

mientras Octavio Muñoz, sin ninguna compasión, golpeaba con todas sus fuerzas la dentadura del piano que se reía gozoso del éxito de la asamblea.

TERCERA PARTE

...AL ESTADIO NACIONAL

XIX

EN MEDIO DE UNA COMIDA NACE UNA ASOCIACION

El año 1940, como un niño travieso, había llegado revolviéndolo todo.

En Wanderers le había entregado la presidencia a Guillermo Cárcamo, un deportista eminente, demasiado criollo, quizás, en sus expresiones y que todos los problemas los solucionaba con algo de inteligencia y mucho de “garabatos”.

Pero a don Guille, como se le llamaba cariñosamente, con su llaneza de hombre íntegro y deportista de verdad —se inició de pata dura en el Club Artillero de Costa y nada menos que de centro medio— le importaba un bledo sentarse en la gramática y llamar “humanidad” a la unanimidad y marearnos con su estribillo, cuando nos narraba una conversación, de “le dije yo” y “le dije yo”.

Pero como se sabía hombre de paletas, ofrecía “ponerle la pera de cuello” a todo el que no estuviera de

acuerdo con sus consignas y dirigía el club con vastas proyecciones hacia el futuro, dentro de una franqueza llana y un criollismo total.

Al asumir la presidencia, bajo los auspicios de Guillermo Lyng y la oposición de Juan Iligaray, inició su acción liquidando a todo el primer equipo y haciendo perder a Juanito Iligaray un capitalazo que tenía invertido en una carnicería que explotaba en sociedad con varios jugadores de su predilección.

Disuelto el equipo de fútbol, quiso también disolver la Asociación de Fútbol Valparaíso y se puso manos a la obra.

En corrillos de café y de esquinas, entre Ives Beke, Ramón Lasa, Francisco Diaspro, Otto Haak y compañía, nació una nueva asociación futbolística que bautizaron como "Porteña" —producto híbrido, mezcla de profesional y amateur, y después de una comilona bien rociada, en el Restaurant "Don Otto", la noche del 13 de Abril del mismo año y para ser más porteña casi a media cuadra de los malecones.

Ives Beke que era un deportista sin tienda propia —Everton aún no resucitaba— buscó el alero del "La Cruz" y Pancho Diaspro, con su eterna sonrisa sintética le abrió los brazos, mientras Ives abría el bolso.

Otto Haak, dueño absoluto del Club Gimnástico Administración Puerto, era el anfitrión y por preocuparse mucho del *chateaubriand* y del *champagne frappé*, metió más el tenedor en el plato que en la conversación. No obstante Ramón Lasa —el Perro— mordía a diestra y siniestra, no sólo el contenido de los azafates, sino que principalmente a los dirigentes de la Asociación Valparaíso que "explotaban una asociación en beneficio

propio y sin darles un cobre a los clubes que hacían las fuerzas". Como buen periodista, metía las narices en todas partes y se le había invitado casualmente porque "sabía mucho". Manuel Frugone, parsimonioso y recto, como hecho de concreto, representaba dignamente a su club, el Fosfato Cemento Melón, junto a Juanito Justiniano, el presidente del Las Zorras.

Y entre otros comensales de mayor o menor cuantía, estaba don Guille, pasándose constantemente el pañuelo por su calva franciscana y declarando que como presidente de Wanderers, no estaba dispuesto que los **bordereux** —pronunciación literal— se repartieran por iguales partes entre los clubes "grandes" y los "pichangueros" que se lo llevaban todo sin hacer nada.

Beke, cauteloso e inteligente, fué encausando el debate —ya era presidente sin nombramiento— hasta que las bases de la nueva Asociación quedaron lanzadas sobre la mesa y la vieja Asociación Valparaíso sufrió el cercenamiento de sus miembros vitales.

La Profesional Porteña pasó a convertirse en un hecho y la Federación, madre putativa, le puso óleo y crisma junto al altar del Reglamento.

Si la comida había sido magnífica —con discursos a los postres y fotografías a la entrada— mejores fueron los resultados, pues en ella se logró implantar el profesionalismo futbolístico legalizado, aunque la ley fuera olvidada en las secretarías de los clubes.

Don Guille llegó a Wanderers tan contento que parecía que no cabía en su pellejo.

—Ya no seremos más pariente pobres en la "Valparaíso". En la reunión de los seis grandes acordamos por "humanidad" formar la "Profesional". Beke será el presidente y para Wanderers está reservada la tesorería.

Juan Higaray se acomodó bien en el asiento y comentó en sordina:

—Siempre he dicho yo que éste era el presidente que necesitábamos.

Ya lo miraba con íntima simpatía.

—Esta pocilga la dejaremos,—se refería Cárcamo al local del Club ubicado en calle Córdell, frente a Gath y Chaves—y nos iremos a la calle Independencia. Tengo tomado un local bien encachado, en donde el club funcionará en el segundo piso y a la nueva asociación le arrendaremos el de arriba.

Era una verdadera panacea. Wanderers las tendría todas: local, asociación y la tesorería de ésta. ¿Qué más pedir?

—¿Y a quién designaremos de tesorero?—contestó Hilario Hernández, director del club y que junto a Juanito Higaray empezaba ya a gestar un monumento para don Guillermo.

—Esto es muy importante,—recalcó Silva, don Armando, el vice.

—Le tengo echado el ojo al chico Benavides,—repuso Cárcamo.—Pues como ha sido Tesorero de la Valparaíso, tiene cierta experiencia.

—Pero es el caso,—objetó Silva—de que don Edmundo Benavides, en el club no paga las cuotas y, por consiguiente, no es socio.

Don Guille lanzó una carcajada que llenó toda la sala. Y consultó:

—¿Pero quién paga las cuotas? ¡Ja, ja, ja!... ¿Usted? ¿Yo?... ¡Ninguno!... Si los que pagan ni siquiera vienen al club. Wanderinos somos los que nos "mojamos". ¿No es cierto, Macetita? Aquí el que no "chipea" que se vaya. Benavides no pagará las cuotas,

como no las pago yo, pero se moja de repente. Caguirre será, pero responde.

Armando Silva largó las herramientas reglamentarias, ante tan elocuentes verdades y se limitó a responder:

—En verdad, don Guillermo, creo que el señor Benavides puede representar dignamente al club. Cuento con mi voto. Y perdone; me voy a retirar, porque me siento un poco enfermo.

Todos consultaron el reloj.

Efectivamente, eran las nueve menos cuarto.

La hora exacta en que el vicepresidente se enfermaba, en todas las sesiones.

Pero aun don Armando no cerraba bien la puerta de la sala, cuando Cárcamo comentó:

—Es que le dan permiso sólo hasta las nueve. Por eso es que se enferma cuando falta un cuarto. Con este vice vamos a llegar re-lejos. Pero a comprar remedios...

Y su carcajada franca y criolla llenó todos los ámbitos de la sala de sesiones.

De nada sirvió la alegría de don Guille ni la oposición reglamentaria de don Armando, pues resultó elegido tesorero de la Porteña, un representante del Club de Viña del Mar, sin que Wanderers tomara velas en el entierro de la "Valparaíso".

Abrió la Porteña sus secretarías en los altos de Wanderers, con una elegante sala de reuniones, con pupitres individuales para los delegados y cortinajes de cielo a suelo, —dejando en ellas como amo y señor a Osvaldo Pérez, el ex secretario de la Asociación Valparaíso, a quien se contrató para que arreglara los entuertos y triquiñuelas reglamentarias.

En buen romance, al abandonar la vieja asocia-

ción los clubes que abrazaban el profesionalismo (1) arrearon hasta con el secretario.

Se planearon los uniformes; casacas rojas, con una "V" blanca sobre el pecho; pantalones blancos y medias rojas, también, para que parecieran diablos y asustaran a los niños amateurs.

Se habló con Guillermo Somerville y se le juró amor eterno a la Asociación Central de Santiago. Nada de aficionados; de aquí en adelante sólo roncarían los profesionales.

Había que levantar el nivel económico de los clubes y también el deportivo.

Y fué así como en el año 1940 se dieron las primeras patadas profesionales a un balón en la cancha del Estadio Valparaíso.

(1) Santiago Wanderers, La Cruz F. C., Club Gimnástico Administración del Puerto, Deportivo Las Zorras, Deportivo Viña del Mar y Fosfato Cemento Melón, de La Calera.

EL EQUIPO IMPORTADO

La pro-secretaría del Club la desempeñaba Gabriel Rivera, un entusiasta wanderino que perdió hasta la camisa por ayudar a su instituto, y que era más conocido por "Cabeza de Maceta", apodo con que lo había bautizado don Guille.

Rivera era el niño de los mandados; y además de poner su tiempo y su bolsillo al servicio de la institución, no era siempre bien agradecido por sus compañeros de directorio, pues desgraciadamente todas las misiones que se le encomendaban las cumplía al revés. Pero las cumplía.

—Me han dicho,—informó Cárcamo, una buena tarde,—de que en Mendoza hay cinco jugadores que quieren venir a jugar a Valparaíso. Sería cuestión de que uno de nosotros hiciera un viajecito a la Argentina a hablar con ellos.

Armando Silva, el vice a quien los jugadores habían apodado "El Avaro", porque andaba siempre es-

catimando pagos, no pudo en esta ocasión faltar a sus principios.

—Pero, señor presidente,—objetó.—¿Con qué dinero se va a hacer ese viaje? Tengo entendido que la tesorería no tiene un cobre...

—Así es, — confirmó ceremoniosamente Esteban Cancino, el tesorero.

—Pues mandamos a Macetita—insinuó Cárcamo, refiriéndose a Rivera—y que él pague sus gastos.

Y así se hizo.

Rivera aceptó de buen agrado la misión y después de muchos trámites, cartas van y cartas vienen, arregló sus bártulos y partió allende la Cordillera, dejando botados todos sus negocios y su mostrario de casimires.

Y empezó a enviar noticias halagadoras. Había un equipo completo de cracks que quería venir a Chile; era cuestión de que se le enviara dinero y él arrearía con un piño de maravillas futbolísticas.

Se rasguñaron pesos por aquí y chauchas por acá y al fin se le envió una remesa para comprar los pases en la Liga Mendocina.

Y Macetita regresó feliz. En Mendoza lo habían tratado principescamente y hasta había hablado frente a los micrófonos de la radio.

—El dirigente de "fóbal" chileno, don Gabriel Rivera,—había anunciado el locutor.

Y Rivera, para no faltar a sus costumbres, se mandó un discurso patas para arriba que hizo hasta ruborizarse a los micrófonos.

Ya en Valparaíso dió cuenta de su misión. Llegarían jugadores de tutti y cuanti.

—¡Ah! —exclamaba—. Sobrano, es una estrella brillante (claro, si era pelado), y Cachivache López, el Pollo Berruezo, Jofré, Herrera, García, Soria...

La lista era larga. Toda la selección de Mendoza se trasladaría a Valparaíso.

Don Guille se sobaba las manos satisfecho y Juanito Iligaray para expresar su alegría se sobaba la barriga.

—Ahora si que a Wanderers lo vamos a sacar campeón, —exclamaba Cárcamo, mientras Rivera hacía la relación de los gastos.

Previa colecta entre los miembros del directorio, a objeto de financiar la contratación de tanto astro, se vió que ésta estaba quedando corta, por lo que se hubo de recurrir a la cooperación de los socios sufridos, que nunca han sabido decir no.

Los Quijotes abundaban en el Wanderers de aquella época; y fué así como apenas arribó a Valparaíso la primera remesa de jugadores transandinos, se hizo de ella una repartición por cuotas.

—Usted, Rivera, —consultó Cárcamo— ¿Puede hospedar en su casa a un jugador?

—Sí, don Guillermo. Yo podría llevarme a Soria.

—¿Y usted Rabanito?

Se dirigía a Ignacio Román, antiguo dirigente del club que había llegado entre los sufridos.

—Yo podría hospedar a uno. A Cachivache López, por ejemplo.

—¿Y usted, Juanito?

Iligaray pensó un momento, para responder resignadamente:

—Bueno, yo me puedo hacer cargo de dos, por ahora, pero les puedo dar la comida a todos, si es necesario.

Lucho Urbina y Andrés Morán que también tenían metidas las narices en la "importación", cooperaron a

la distribución y redistribución de jugadores, dejando a éstos instalados como pensionistas, sin paga, en los domicilios de los wanderinos y quedando el saldo excedente instalado en la misma sede del club.

Si a muchos de estos "chés" les sobraba el alimento en la casa del "papy" —así bautizaron a don Juanito—, les faltaba, sin embargo, la "catrera" para la "durma"; por lo que el bueno de Rivera —el pro secretario de los mandados— hubo de ir a contratar en arrendamiento catres, colchones, almohadas, sábanas y cobertores, para dar techo a las nuevas adquisiciones deportivas traídas de allende la cordillera.

El local del club, entonces, pasó a convertirse en una especie de albergue, en donde a toda hora se encontraba a los forasteros sentados junto a la "pava", cebando mate amargo y muchas veces por las tardes, al subir a la secretaría era fácil toparse en los pasillos con el Chilenito Jofré u otro, que en traje de Adán, venían desde el "baño".

Para eliminar este campamento nudista, la directiva acordó contratar como administrador y entrenador, a la vez, a otro argentino, el mendocino Sánchez —ex jugador de Santiago Morning— quien llegó acompañado de su mujer y dos críos, dispuestos a hacerles la comida a sus compatriotas y administrar las pulgas que en el entepiso jugaban al paco librado con todo aquel osado que se atreviera a cruzar por él.

Pero parece que Gabriel Rivera había dicho en Mendoza que Wanderers era Jauja, porque al poco tiempo llegó, del otro lado, un vejete rengo que venía a proponer la instalación en el local de una "tómbo-la" y una lotería con números brujos y más atrás llegó también "ché Golondrina", jugador fulero de fút-

bol, que tuvo que ganarse la vida trabajando con un charlatán de su misma nacionalidad y cuyo trabajo consistía en comprar el primer paquete de unos polvos maravillosos que curaban desde el cáncer hasta un dolor de muelas.

Después llegó Ché Alarcón, jugador de primera (?), contador titulado (?) y entrenador de fútbol (?), quien venía a Valparaíso a servir a Santiago Wanderers y dispuesto a sacrificar su libertad, casándose con la hija de un dirigente, siempre que tuviera "guita".

Pero como ya el equipo importado estaba andando, Alarcón no pudo enchufar, pues las plazas vacías habían sido llenadas con los chilenos Pítuche López, Pajarito Inostroza, el Huaso Peña y el Chico Jeria. Y como tampoco encontró novias con fortuna, le dejó encargado al "papy" Iligaray que le buscara una y regresó a Mendoza.

No obstante, como el equipo estaba en el aire y había que darle formas reglamentarias, se comenzó en secretaría a confeccionar contratos al "lote", en los que todos los argentinos estamparon sus firmas, comprometiéndose a jugar cuatro años en el club, previo pago de \$ 200.— por mes, en dinero efectivo, además de la Pensión Soto: casa, comida y composturas de los zapatos rotos.

Como el bueno de Rivera era el encargado de llenar estos formularios, en los que se contrataba profesionalmente a los jugadores, verdaderos luceros en la constelación deportiva, (tuvo fatalmente que olvidar algo y dejó a un jugador sin contrata.

Los clubes de Santiago habían alargado las miradas hacia el puerto y clavaron las pupilas en el centro medio, Rafael Berruezo, casualmente en el único ju-

gador que Cabeza de Maceta no le había hecho firmar contrato.

Y sin saber ni cómo ni cuándo Berruezo estampó su firma en un contrato que le extendió la Unión Española, quizás sin saber lo que firmaba.

Tan inocente estaba este jugador de lo que hacía que una buena tarde llegó hasta la secretaría del club, reclamando:

—Todos mis compañeros han firmado contrato con el club, —dijo,— menos yo.

Se revisó las copias en el archivo y se comprobó la efectividad de lo expresado por el jugador.

—No importa, Berruezo, te vamos a extender uno inmediatamente.

Así se hizo y Rafael firmó y rubricó su contratación por cuatro años, \$ 200.— mensuales, Pensión Soto, etc., etc.

Pero aquí apareció lo increíble. Al registrar este documento en la Federación de Fútbol de Chile, resultó que el jugador no era de Wanderers, sino que de Unión Española.

Los santiaguinos habían madrugado a los porteños y el jugador siendo Wanderino, reglamentariamente resultaba siendo "pepe", por lo que para salvar el olvido del *modus operandi* de Gabriel Rivera, se hubo de pagar a la Unión Española la suma de \$ 17.000.— de aquellos tiempos, para obtener el "pase" de Berruezo y salvar así el error de Macetita, el hombre múltiple.

WANDERERS VIAJERO

“Wanderers Viajero” fué un aborto prematuro del debut deportivo de Guillermo Cárcamo, con responsabilidades de progenitor para él y de madres putativas para Silva, Cancino, Iligaray, Rivera, Hilario Hernández, Inostroza y varios otros de menor categoría.

Los colores verdes había que lucirlos por el Continente; y ya que Wanderers disponía de un equipo “importado” y barato, nada más lógico que “importar” un equipo número dos y lanzarlo por las tierras de América, con camiseta verde y escudo, a conquistar fama y dinero.

—Esta jira me va a costar sus pesos, —decía Cárcamo,— pero al regreso me pago de todo y el club va a quedar hasta con casa propia.

Como el mundo está empedrado de buenas intenciones, Cárcamo caminaba ufano sobre ellas.

Y escribió a Buenos Aires.

Alfredo Elena, su amigo del alma, le contestó de inmediato.

En Buenos Aires, la tierra del Plata, había un su-

perávit de cracks sin equipo y era cuestión de agruparlos y lanzarlos a viajar con cualquier casaca y con una chance segura si iban con las del decano del fútbol chileno.

Era grito y plata.

Cárcamo se limpió la pelada sudorosa, releyó la carta y contestó de inmediato:

—¿Quién será capaz de agrupar en nombre del club a tanta lumbrera?

Y los apellidos de García y González cruzaron el macizo andino, con recomendaciones al por mayor.

—Ya tengo al “técnico” —informo Cárcamo.— Elena encontró en Buenos Aires a un señor García, un hombre que lo sabe todo y que en “cuestión” de jiras es una maravilla.

El guatón Inostroza que actuaba de secretario, empezó a tomar notas.

—No escriba nada, don José, —le advirtió don Guille, —porque esta gira es para callado.

Y principiaron los ajetreos, subidas y bajadas, hasta que lo de Wanderers Viajero, quedó semi arreglado.

García y González venía ya con un equipazo: La Rosa, de Blasi, Ciano, Contreras, Azaro, García, Orlan-delli, Tarrío, Cueso, Luaces, Malfatti, Vivacqua, en fin, un haz de auténticos luceros transandinos.

—Yo creo, Cárcamo,—dijo el Perro Lasa, uno de los inspiradores de esta aventura,—que la presidencia de la delegación hay que dársela a un chileno. Por la nacionalidad del club debe ésta ser presidida por uno de casa.

Muchos nombres se lanzaron sobre el tapete; y uno porque no tenía tiempo y otro porque no podía abandonar la “pega”, se tuvo que acordar entregar —es la

expresión más genuina— la representación del club a un señor de apellido Ferrada, ni siquiera socio del club y anónimo habitante de Puente Alto, que se le aceptó porque se sabía que era buen orador —condición *sine qua non* para una gira de tal envergadura— y porque tenía tiempo, podía abandonar la “pega” y porque venía recomendado por un amigo personal de don Guille.

Conocida la plana de jugadores que traía García y González, se hizo la selección de los chilenos que integrarían la gira, porque era justo que un club chileno que salía al extranjero, llevara por lo menos un jugador de su nacionalidad, como muestra.

La tarea fué fácil. Guillermo Torres, Juan García, Hugo Zepeda y... ¡pare de contar!... Con el pelado Ferrada serían cuatro, lo suficiente para representar dignamente la chilenidad.

Doña Carmen de Iligaray que ya se sentía wande-rina y doña Graciela Molina de Román, la primera mujer que firmó los registros del club, se encargaron de organizar el patache con que se despacharía a la delegación.

Los corderos asados al palo salieron del Matadero por ni cobre y el mosto y las ensaladas fueron conquistadas al mismo precio, por Juanito Iligaray que puso el servicio de su club sus grandes condiciones de pedijüño.

Ya en Playa Ancha la comilona fué opípara. Hubo discursos, promesas y entregas de trofeos, uno de los cuales, con los escudos de Chile y México, lo obsequió con Guille y lo grabó Román, para ser disputado con el campeón mexicano; y después de viajar un y medio año, regresó a Valparaíso, porque a la delegación le faltó oxígeno o pesos para llegar hasta las tierras de Moctezuma.

El más contento de todos quizás era el tesorero, porque la fiesta se estaba terminando y no había gastado un cobre. Pero poco le duró el gusto a don Esteban, porque apenas se inició el éxodo de los comensales don Guillermo que estaba un poquito "enchispado", le ordenó contratar un micro, con cuyo gasto la tesorería de Wanderers quedó en falencia.

Y una vez allanadas las dificultades sanitarias y de pasaportes, y la autorización de la Federación de Football de Chile, se embarcó la delegación, puso el barco proa al norte y... ¡Adiós que te vaya bien!...

Pero parece que apenas el barco abandonó las aguas territoriales, a "Wanderers Viajero" se lo tragó la tierra o el océano.

Los pesos que pensaba don Guille echarse al bolsillo —ya había perdido la cuenta de los gastados a "cuenta"— principiaron a esfumarse, hasta el extremo de que ni García ni Ferrada informaban del resultado deportivo y económico de la empresa y que todo lo que se sabía era por unos cables que de vez en cuando aparecían en la prensa, informando que Wanderers había jugado en Cali, Barranquilla, La Paz o Guayaquil.

Recorrió la delegación cinco países de América y en el mar de las Antillas estuvo a punto de irse por ojo con todo su bagaje de trofeos, éxitos y miserias.

Para llegar más rápido a un puerto panameño, porque los pesos apuraban más, embarcó la delegación en una goleta a cargo de un alcohólico capitán que estuvo a punto de zozobrar y en donde quedó demostrado,—según el decir de los jugadores—que García y González no se sabía con el alma muy limpia, pues mientras todos se esforzaban en tratar de salvar el barco, que era lo primordial, el técnico y empresario,

con lágrimas en los ojos, se postraba de rodillas ante la imagen de un santo de su devoción, pidiendo misericordia entre hipos y oraciones.

Vueltos a Colombia, por el lado del Pacífico, continuó otra serie de partidos, en donde los pesos se repartían tanto para los jefes y el saldo, si quedaba, para los jugadores, con lo que se colmó el vaso de la paciencia y comenzó el derrame, amenazando con tirar al agua al almirante, como en el caso de las carabelas de Colón.

García González, sin armas para defenderse y para evitar la catástrofe, organizó el regreso, con lo que volvió la calma dentro de los integrantes de la gira, pero "después de estos partidos" para volver de inmediato a Chile.

—Pero... ¿Y de a pié?

No había un colombiano en los bolsillos —cuentan los jugadores que después de cada espectáculo el presidente y el empresario giraban letras dólares a sus respectivos países— por lo que García y González, muy suelto de cuerpo se acercó a la Liga Colombiana y solicitó un préstamo de 15.000 pesos colombianos, para regresar al país, —pesos que todavía permanecen impagos— y ya con la "guita" en la billetera, dió los agradecimientos, volvió las espaldas y... ¡Si te he visto no me acuerdo!...

Y fué así como uno de los últimos días del mes de Octubre del año 1941, apareció la delegación en Valparaíso, con varios trofeos en la proa, una corona reluciente de éxitos deportivos, —64 partidos jugados, de los cuales ganaron 47, empataron seis y perdieron once— y una deuda de arrastre que partía del puerto de Buenaventura, cruzaba por el Perú y Bolivia y terminaba en Pancho.

García González rindió las cuentas del gran capi-

tán y Ferrada, él sabía por qué, partió a Puente Alto, muy apurado, a reunirse con su familia, dejando como estela de su navegación un montón de papeles, unos cuantos recortes de diarios que hablaban de éxito de la gira y la totalidad de los jugadores impagos, a los que se les debía, cuando muy menos, diez meses de sueldo a cada uno.

La Directiva del club se agarraba la cabeza a dos manos tratando de buscar los dineros para sufragar los gastos de estadía de los jugadores forasteros, pagarles sus sueldos y despacharlos a su tierra de origen.

Cárcamo y García González partieron a Santiago a conversar con Lucho Valenzuela, presidente de la Federación, a objeto de obtener la condonación de nada menos \$ 40.000 que Wanderers debía a este organismo central, por concepto de porcentajes de la gira, lo que se logró gracias a las lágrimas derramadas por el técnico en giras y a la amistad de don Guillermo con el presidente de la Federación.

Mientras tanto el local del club parecía un hotel de cuarta; jugadores por acá, jugadores por allá y también por acullá.

Todos pedían dinero. Las cinco piezas desocupadas que había en el local se transformaron en amplios dormitorios, —previo arriendo de catres, camas y cobertores— y la mesa de ping pong pasó a desempeñar las funciones de comedor colectivo.

Los directores debían sacar la billetera a cada rato para financiar la estadía, hasta que apareció Cárcamo, con una fisonomía más optimista que la cara agria que llevaba a la partida.

—Firmé contrato para jugar en Valparaíso con el Club de San Lorenzo de Almagro, de Buenos Aires.

el domingo 9 de Noviembre, —dijo— previo pago de \$ 40.000 fijos.

Era la salvación.

—Con el excedente, entonces, don Guillermo,—razonó Silva,—podremos cancelar a los jugadores, impagos de la gira.

—Pero si para eso, pues, don Armando, me metí en este "tete", pues ya estoy cabariado de largar pesos,—repuso Cárcamo.

Y todos se abocaron a la organización del espectáculo.

A las 10 de la mañana ya había un grupo en el Estadio Valparaíso, allanando las últimas dificultades para que éste fuera todo un éxito deportivo y económico, mientras los otros paseaban por Valparaíso y sus alrededores, a la delegación argentina, para hacerle más grata su estadía en el puerto.

Una vez jugado el partido que favoreció a los visitantes, los de casa se sintieron satisfechos, pues quedaba un remanente de más de \$ 38.000, según liquidación firmada por el "Director de Estadios y Deportes" Ramón Lasa Echazarreta y Gabriel Rivera, en representación de Wanderers.

Con el superávit que en caja dejaba el partido, se fué de inmediato a la liquidación de los jugadores turistas, para que volvieran cuanto antes a su terruño, y dejaran a la directiva trabajar tranquila.

Se les citó para el lunes 10, en la secretaría del club, a las 2 ½ de la tarde, a objeto de juzgar a los que venían castigados, —García González y Ferrada, no les habían pagado sus sueldos, pero les habían abierto un sumario a cada cual, por indisciplina.

El desfile de acusados duró toda la tarde y ya cerca de las siete se habían agotado los procesados, la paciencia, los pesos y los cigarrillos.

—Reconozco, señores de la comisión “directiva”, —dijo Contreras— que me he portado mal; pero yo sólo pido que me compren un traje, porque con esta pinta estoy para la miseria. No cobro nada. Y si quieren me quedo a jugar por Wanderers. Me quedo.

Los problemas tenían soluciones más sencillas que lo que se esperaba.

—Yo quiero que me den mis mangos, —propuso Martín García,— porque deseo ir a ver a mi viejita. Después vuelvo a jugar por el club.

Antes de media noche ya estaba el “problema” solucionado: los treinta y ocho mil y pico de pesos, más unos agregados por el directorio, habían servido a las mil maravillas para poner punto final a la aventura de “Wanderers Viajero” y el club quedaba sin un Cristo, pero se había salvado el honor. Algo es algo.

Se procedió de inmediato a disolver el “hotel wanderino” —las dos cabezas visibles se habían hecho humo apenas regresados— y los jugadores que aún no habían partido, se trasladaron a sendas casas de pensión, porque ya el gallego Sánchez, —administrador y entrenador— había defondado las ollas a fuer de tanto cocinar para tanto mal agradecido.

Como de costumbre Macetita Rivera fué el comisionado para tal empresa.

—Proceda usted, de inmediato, a devolver las camas y catres arrendados, —autorizó el presidente.— Hay que liquidar ésto lo antes posible. Ya estoy hasta la coronilla.

—Lo haré hoy mismo, don Guille,—repuso Rivera. Y se puso manos a la obra.

Una vez levantado el inventario, se comprobó el desaparecimiento de muchos implementos de dormitorio, por lo que procedió a sentarse junto a la máquina

de escribir y redactar una nota de devolución del saldo, que es del tenor siguiente:

“Señores Guerra y Cía.

“Presente.—

“Muy señores nuestros:

“Adjunto sírvanse encontrar 15 colchones, 13 sobrecamas, 12 frazadas, 10 sábanas y 14 almohadas.

“Debido a la confusión que hemos tenido se nos han traspapelado 2 sobrecamas, 3 frazadas, 25 sábanas y una almohada, por lo que rogamos cargarnos en cuenta para abonarles su valor.

De Uds. Attos. y SS. SS.

Gabriel Rivera
Pro-Secretario.”

Nos imaginamos la impresión que se habrán formado los señores Guerra y Compañía al saber que en Wanderers se “traspapelaban” frazadas, almohadas, sobrecamas y nada menos que 25 sábanas. Debe haber habido una montaña de papeles.

Todo se debía a la “confusión” que hemos tenido. Aquí sí que concordamos en que Gabriel Rivera fué rigurosamente exacto.

XXII

BODAS DE ORO

Eugenio Mendoza —el Cheno— era un antiguo dirigente wanderino que cansado de muchacárselas en la Perla del Pacífico, se había ido a Villa Alemana a explotar una fábrica de fideos, un negocio de billares y a ser candidato a Regidor —con cola— para culminar su actuación campera.

Le gustaba que le llamaran “Huaso”, pues lucía buena manta, mejores peleros y espuelas de plata. Amén de un sombrero de copa cordobesa que ya se lo quisiera el dueño de un fundo. Corría en vacas, manejaba bien el lazo y mejor los estribos. Cantaba “El Martirio” y se acompañaba en guitarra.

Era un huaso sintético con todos los atributos de auténtico.

Como dirigente de Wanderers, en otra época, había sido un Dandy, con polainas grises, camisas horizontalmente listadas y sombrero de hongo. Trinchera de soldado inglés, guantes “patos” amarillos y calzado brillante.

—Señor, Mendoza, se le decía.—Y de otra manera era faltarle el respeto.

No obstante Ignacio Román, una noche de invierno le faltó el respeto.

Lloviznaba copiosamente y en el casino del club se hallaba Rabanito con Santiago Güemes, esperando a Soto Bunster para hacer el inventario de los trofeos. El Roto Morán, don Andrés, y el Paco Méndez, don Abelardo, les habían convidado a jugar una "rematada", cuando apareció el Cheno.

Su trinchera impecable, su tongo llovido y sus chanclos ingleses auténticos —Prince of Wales— le inspiraron una broma inmediatamente a Rabanito.

Llamó al mozo a un lado, mientras Mendoza sacudía su tongo y se arreglaba la trinchera, y previo pago de un par de pesos, lo mandó a alquilar una "victoria", uno de esos coches de posta que se estacionaban en un costado del Parque Italia, para que trajera hasta la puerta del club, ubicado en Av. Pedro Montt, en los altos del Teatro Victoria.

Llegado el coche y subido el cochero, se le pagó la "carrera" y se le dijo al oído:

—Quédese usted callado; lo hemos llamado para hacer una broma.

No pasaba un minuto cuando llegó al local del Club un carabinero, que iracundo consultó:

—¿Dónde está el cochero de la victoria que está parada en la puerta?

Sin abrir la boca todos indicaron con un gesto a Mendoza.

Y al verlo de tongo y trinchera el representante de la autoridad, no dudó un segundo que aquel hombre de tenida invernal era el áuriga.

—Si usted no "saca" inmediatamente su coche de la puerta, le paso un "parte",—sentenció.

—¿Qué coche?—consultó el Cheno asustado.

Una carcajada general rubricó la broma y hasta el carabinero participó en ella.

Pero ahora el Cheno venía alicaído, con su candidatura fracasada, sin mesas de billares, sin fábrica de fideos y sin fideos.

Pero era más wanderino que antes.

Volvió al club y de inmediato se transformó en Director Técnico.

Don Guille lo declaró hijo pródigo; y Mendoza se colocó los galones de almirante de la flota.

—Con este “entrenador”,—era y es líder de la Y.M.C.A.,—tenemos el campeonato asegurado,—dijo Cárcamo.

Berruezo le bautizó el entrenador uruguayo y Cachivache López lo motejó el “Hombre de la Calle,—canción de moda en esa época—por el hecho de que el Cheno se lo pasaba todo el día calle arriba y calle abajo, tratando de ensamblar su equipo.

Era el año de las Bodas de Oro —1942— y en Wanderers sólo se hablaba del “Cincuentenario”.

Don José Antonio Soto Bunster había reconocido cuartel y en su calidad de Secretario, ocupaba todo su tiempo en redactar boletines y dar instrucciones para la confección del Programa.

Una noche llegó a sesión acompañado de un señor regordete, colorado y hablantín. Tras unos gruesos anteojos, dos ojillos incoloros, clavaban su mirada inquieta y penetrante.

—El señor René Olivares, de quien te hablé Guillermo,—presentó dirigiéndose a Cárcamo.

El visitante hizo una reverencia y se le invitó a tomar asiento.

—El amigo Olivares,—continuó en su presentación el Capi Soto,—en esto de organizar festejos es una

lumbreira. Tiene una vasta experiencia. Periodista, escritor, ex candidato a diputado del gremio de empleados, y actual dirigente de la A.A.A.

—¡Ah!—exclamó Juan Pavéz.— ¿Qué es eso con tantas “A”?

—La Asociación de Amigos de Alemania,—repuso doctoralmente el invitado.

—¡¡¡Ah!!!—exclamó de nuevo Pavéz, dándose por informado.

Hubo sonrisas y miradas de inteligencia.

Abierta la sesión, después de tratar varios asuntos reglamentarios, se entró de lleno al plato fuerte: la organización del 50 aniversario.

En este punto de la tabla Soto le permitió una interrupción a Olivares, para que nos leyera un programa que habían elaborado en conjunto.

El señor Olivares se desabotonó el vestón y extrajo de uno de sus bolsillos interiores, un grueso legajo de papeles.

—Este programa,—dijo desdoblándolo,—lo hemos estudiado con el señor Soto Bunster, durante tres sesiones y creo que será de vuestro agrado.

Y empezó su lectura, con voz pausada y recalcando las palabras en los puntos que consideraba de mayor interés. En él había de todo: desde reparto de ropas y golosinas a los huérfanitos, en un festival monstruo, hasta una comida de gala, con tenida de rigurosa etiqueta, a las autoridades, con asistencia liberada a todos aquellos que firmaran los registros del club, antes del 15 de Agosto.

A medida que la lectura avanzaba, todos nos mirábamos interrogativamente; e Ignacio Román, que estaba sentado a mi lado, algo me dijo al oído, lo que motivó una consulta, con un gesto, de don Guille, tal vez interesado por conocer nuestra opinión.

El chico Benavides, entre serio y risueño, le mostró la palma de la mano, como diciéndole: "Espere", mientras el señor Olivares continuaba su lectura, llegando ya a la "liberación del pago de cuotas por un año" y el sólo pago de \$ 20, como incorporación a todos los que ingresasen al club dentro de esta fecha gloriosa".

Es esto muy importante,—interrumpió recalcando Soto Bunster, co-autor del proyecto,—pues de esta forma se logrará captar tal número de socios que seremos a corto plazo el club más grande de Chile.

Continuó el señor Olivares su lectura y nosotros dándonos miradas de comprensión.

Una vez que éste llegó a su término, el Cheno Mendoza, rompió el fuego:

—Considero muy hermoso el anteproyecto, —dijo— pero dentro del escaso tiempo de que disponemos ¿cree usted, señor Presidente, que será posible realizarlo?

—Yo, —terció Iligaray, que ingenuamente no estaba en el guiso de la cosa,— creo que debemos felicitar al señor Soto y a este caballero Olivares, por los desvelos que se han dado en beneficio de nuestro Club.

—Me adhiero a lo expresado por don Juan, —dijo ceremoniosamente Rabanito.— Estos caballeros no sólo merecen nuestras felicitaciones, sino que nuestro aplauso. Pero es el caso que este programa nos merece algunos reparos. . .

—¿Podría enumerarlos? —interrumpió nerviosamente Soto Bunster.

— . . de carácter económico, —continuó Rabanito.

En mi calidad de sub tesorero, intervine:

—El señor Román tiene la razón; ese hermoso programa que nos acaba de leer el señor Olivares no está financiado. Y la tesorería del Club no dispone de medios para realizarlo.

Fué una ducha fría, caída sobre el calor del entusiasmo.

Los señores Soto y Olivares quedaron de traer el financiamiento para la próxima sesión, pero hasta el día de hoy, entiendo, no ha retornado el señor Olivares con su "financiamiento".

Total: un fracaso.

No obstante, Soto Bunster trató siempre de imponerse, lo que motivó un serio cambio de palabras con el chico Pavez y que dió como resultado la renuncia de Soto Bunster, no sólo como secretario, sino como socio del Club.

Hubo de procederse a buscarle un subtituto, lo que motivó la elección de Juan Garrido; un hombre de iniciativas, charlatán e inteligente.

Llegábamos ya a las postrimerías del mes de Julio y las próximas fiestas cincuentenarias se hallaban en pañales.

Las ideas sobran, pero el factor dinero era una barrera insalvable para su realización.

Román propuso confeccionar diplomas y medallas para obsequiar a las autoridades, dirigentes y socios distinguidos. Y presentó un proyecto que fué aprobado.

Pero ¿cómo financiarlo?

Garrido que parece había tomado la hebra del asunto, buscó la solución.

—Usted, señor presidente, —consultó a Cárcamo,— ¿no tiene su cuenta corriente en el Banco Italiano?

—Sí, señor secretario,—repuso éste.

—Y el club, tengo entendido, mantiene su cuenta en el mismo banco.

¿No es así?

—Efectivamente,—contestó Silva.

—Entonces la solución es sencillísima. Basta sólo

que el Club extienda una letra por unos \$ 40.000.—, por ejemplo, firmada por el presidente y tesorero y con el aval de don Guillermo, para que el Banco nos la descuente. Esta es una operación bancaria corriente. Y tendremos dinero a dos días plazo.

—¿Y a mí quién responde por los cuarenta mil?— preguntó Cárcamo que no le había caído muy bien la solución.

—Todos nosotros los directores, —repuso Reinaldo Meneses, atusándose el bigote,— que se había entusiasmado con la idea de Garrido.

—Sí, don Guillermo, —informó el Chico Benavides,— nosotros le aceptamos a usted una letra cada uno por el equivalente a nuestra responsabilidad en el descuento.

—¿Y de a cuánto nos corresponde a cada uno?— consultó Meneses.

—Más o menos de unos \$ 3.640.— repuso el tesorero.

Se comisionó al presidente y al ministro de hacienda (?) para que fueran al banco a proponer la operación y en la sesión del día siguiente informaron que “les había ido bien”.

Procedimos de inmediato a extender las letras de garantía a nombre del señor Cárcamo y el único que se oponía a ello era Juan Iligaray.

—¿De a cuánto nos corresponde a cada uno, don Armando?— consultaba al tesorero.

—De a \$ 3.637.40,—repuso Silva.

Echó don Juan la mano a los bolsillos y sacó varios fajos de billetes.

—No sé si me alcanza,—dijo.

—No, don Juanito, —intervino Garrido.— Si no hay que pagar de inmediato. Si esto es sólo una garantía, por si el Club no responde por los cuarenta mil pesos, ante don Guillermo.

Costó convencerlo para que se guardara el dinero. Con tanto dinero en el banco nos sentimos millonarios. Y las fiestas cincuentenarias empezaron a navegar viento en popa.

Elaboramos un programa simple: velada en el Teatro Valparaíso; romería al cementerio para rendir homenaje a los socios fallecidos, por la mañana; programa deportivo en el Estadio Valparaíso, por la tarde, y banquete de clausura, en el Astur Hotel por la noche. No había para más.

El fuerte era el programa en el Estadio: se invitó a Manuel Plaza, al Tani Loayza, a Alfonso Sánchez, a los viejos tercios de la institución, para que jugarán un amistoso con sus colegas del La Cruz; reparto de medallas y diplomas, en fin ¡el acabóse!

Y empezamos a trabajar noche y día.

La vieja máquina "Royal" de la secretaría no tenía descanso. La ocupábamos por turnos; cartas, invitaciones, boletines a la prensa. Y cartas e invitaciones nuevamente.

Ya al anochecer, la secretaría era un hormiguero. Viejos tercios del club que no se les veía treinta años llegaban a nuestra casa; periodistas en busca de datos, postulantes a socios e intrusos, que nunca faltan. Era para volverse loco.

Cuando abandonábamos la secretaría, pasada la medianoche, nos parecía que salíamos de una casa de orates.

No había tiempo ni para atender a los familiares.

Nos íbamos a comer "cualquier cosa" al restaurant más próximo; y nos sorprendía la madrugada cambiando ideas sobre la forma más expedita de realizar lo programado.

Pancho Stock, que era el vice presidente, y que no asistía casi a las reuniones, llegó, una noche, feliz.

—En la Porteña, —informó— se me acaba de nombrar vice presidente y además se acordó obsequiar a nuestro Club una estatuilla de bronce de gran valor y un pergamino con las firmas de todo el directorio y del consejo de delegados. Se rendirá a Santiago Wanderers homenaje en una sesión solemne y se le ofrecerá un banquete al directorio.

Como Iligaray viera que Garrido, lápiz en mano, escuchaba inactivo la cuenta de Stock, un poco mal humorado y de un grito le sacó de su ensimismamiento:

—¡Tome nota pues, señor secretario, de lo que está diciendo el vice presidente!

Y don Guille con una de sus carcajadas características, le ahuyentó la indignación a Juanito.

Rivera, el pro secretario, como de costumbre tenía una gran misión: la confección de dos banderas verdes, con las iniciales enlazadas del club, para izarlas en el local el día quince y en un mástil del estadio durante el festival deportivo.

—Mi mujer, —dijo— las puede hacer y yo me encargaré de comprar la lanilla. Lo único que pido es que se me ayude a la confección de las iniciales.

Román, como buen dibujante, le ofreció su concurso y a la noche siguiente, le trajo un recorte de las dos letras enlazadas y le dió las instrucciones, como debían colocarse en las banderas.

Noches después cuando el local se hacía estrecho para contener a dirigentes, jugadores, periodistas y socios, llegó Rivera con un enorme paquete.

—Aquí están las banderas,—dijo.

Se deshizo el atado y todos elogiaron la magnificencia de éstas.

Eduardo Herrera, el centro delantero argentino del primer equipo, que estaba junto a Meneses, le comentó al oído:

—Las letras están al “vésre”.

Meneses se atusó el bigote y miró con atención.

—¡Pero si las letras están al revés!—exclamó.

Y, efectivamente, —¡no podía fallar!— una vez más el bueno de Rivera, con su enorme corazón al servicio de su institución, hacía las cosas al revés.

No obstante, como era día trece de Agosto y no había tiempo para dar vuelta las letras, se dejaron así para arreglarlas después.

Pero ese “después” no llegó; y prueba de ello —las banderas aún perduran— es que, a pesar de haber transcurrido ya un decenio, cada vez que son izadas en el mástil del club, muestran todavía sus dos letras al “vésre”, quizás si como un homenaje a Gabriel Rivera.

— O —

Pero mientras los trabajos de organización continuaban —don Guille había concertado un partido con Colo Colo, como número básico— el buen tiempo empezó a darnos la espalda y por la tarde del día catorce, no llovía, sino que “diluviaba”.

Y a las nueve de la noche llovía a cántaros y los dirigentes todos los mirábamos con caras largas.

Pavez llegó en su cafetera hasta la puerta del club e informó:

—El Instituto Meteorológico anuncia lluvia para mañana.

¡Adiós programa!

Se fueron casi todos y con Román, Mendoza, Benavides y Garrido, continuamos trabajando en secretaría, con la confianza en el alma.

—Pueda que después de medianoche el tiempo se componga,—decía uno.

—¡Ojalá!

Llegó el ex secretario, José Inostroza, mojado como diuca, declarando:

—Dice la radio que el tiempo tiende a componerse.

Desde la botica de turno —la Valparaíso— que estaba ubicada en los bajos del club, llegó un muchacho informando:

—Llaman por teléfono —el club no lo tenía— a un dirigente de Wanderers.

—Anda tú a contestar,—le dijimos al Cheno, que bajó presuroso las escaleras.

Volvió después de un rato.

—Era don Pancho Diaspro, el presidente del La Cruz,—informó— que desea conversar con nosotros.

—¿Y qué le contestaste?

—Que nos íbamos al “L’Hardy” a comer algo. Que allá nos podía encontrar.

Y como efectivamente el estómago ya nos reclamaba, por lo avanzado de la hora, nos dirigimos a dicho restaurant, dispuestos a restaurar nuestras energías.

San Isidro parecía tan enojado con Wanderers que nos dejaba caer sobre los paraguas el agua por baldes.

Llegamos al “L’Hardy” y cuando aún no teníamos dispuesto el “menú” hizo su aparición en el comedor el directorio del “La Cruz F. C.”, con don Pancho Diaspro a la cabeza y seguido por Enrique Avila, Ulises Poirier, Hoces, Estay y varios otros, poco conocidos por nosotros.

—Hemos venido,—exclamó Avila poniéndose de pie,— a presentar a los dirigentes de Wanderers, a esta hora —consultó el reloj— las 0,05 del día 15 de Agosto de 1942, el primer saludo de una institución

congéneres. Y antes de brindar por la futura grandeza de Wanderers, queremos que en este 50.º aniversario vuestro, nos confundamos en un abrazo para así exteriorizar nuestro regocijo junto a los dirigentes del decano del fútbol chileno.

Hubo abrazos emocionados y minutos después brindamos por el futuro de ambas instituciones.

—Nosotros, —dijo don Pancho,— hemos querido ser los primeros en rendir un homenaje a la institución amiga. Y más que eso: hemos venido a decirles de que si el tiempo continúa lluvioso y no pueden ustedes realizar en el estadio su compromiso con Colo Colo, fracasándole su festival de Bodas de Oro, nosotros les brindamos la fecha del domingo 16 que tenemos comprometida, para que ustedes lleven a efecto su digna celebración, al día siguiente.

Era un gesto imprecedentede en los anales deportivos, lo que conjuntamente con llenarnos de gozo, nos apretaba el corazón.

Garrido se puso de pie y repuso emocionado:

—En la historia del fútbol chileno, este gesto de vosotros, amigos, perdurará para siempre...

No pudo decir más.

Rabanito, más eufórico y documentado hizo un largo discurso, que culminó con un abrazo con Ulises Poirier, reliquia del fútbol continental.

No obstante, a la mañana siguiente, el sol apareció esplendoroso y el programa elaborado pudo realizarse en todas sus formas, con gran satisfacción de sus organizadores y de los deportistas del puerto.

Cerca de diez mil personas marginaron la cancha de Playa Ancha y todos los equipos de Wanderers, con su directorio a la cabeza, desfilaron por la pista de cenizas, siendo aclamados por la afición.

Los viejos cracks de Wanderers y La Cruz jugaron

el semifondo, haciendo revivir tiempos viejos (1) y en el intervalo del match Wanderers-Colo Colo se repartieron diplomas y medallas; hubo abrazos y discursos; canastillos y ramilletes de flores y don Guille quedó agotado de tanto repartir abrazos y de estrechar manos afectuosas.

Por la noche, en el Astur Hotel, se sirvió el banquete de clausura, el que empezó con más de una hora de atraso, pues el Chico Pavez y Pancho Stock, por cuenta propia y quizás si por defender los intereses del Club, ante la copiosa lluvia que caía, dieron orden a los concesionarios de reducirlo a sólo 100 cubiertos, y como asistieron más de 200 personas, hay que ver en los amarillos aprietos que se vieron los señores Suárez y Vadell, para darnos de comer a tanto hambriento. (Se inició la comida a las 23 horas). Y a esa hora ya "hacía" hambre

- (1) "En la reunión deportiva organizada por Wanderers el público porteño tuvo oportunidad, no sólo de ver actuar a viejas figuras del fútbol de antaño, sino también a otros cracks deportivos cuyos nombres serán siempre como ejemplos de tiempos de gloria del deporte nacional.

Vimos así, pasar por la pista en medio de calurosas ovaciones, a atletas de fama continental, como Manuel Plaza y Alfonso Sánchez; a una de nuestras más queridas figuras boxeriles el Tani Loayza y, completando el conjunto, tuvimos una visión del fútbol de lejanas épocas, protagonizadas precisamente, como para que el cuadro fuera más exacto, por jugadores como Cárdenas, Telésforo Báez, Alvarado, el hombre de goma, el viejito Acuña, el Resucitado Bustos, el Gordito Casilla, Frez, los hermanos Arenas y la figura máxima y más recordada de siempre, entre los futbolistas chilenos, el Gringo Poirier."

(Comentario del diario "La Unión" de Valparaíso del día 16 de Agosto de 1942).

XXIII

UNA JIRA, UN ROBO Y UNA MUDANZA

Terminadas las festividades de Bodas de Oro, los que nos hallábamos al frente de la institución verde hubimos de volver a la realidad.

Acabados los festejos, Armando Silva, el tesorero, fué el encargado de cumplir este trámite. Requirió el concurso de su "pro" y en conjunto confeccionamos el Balance.

El éxito deportivo era rotundo. En el local del Club habían aumentado los trofeos, diplomas y banderines, pero no sucedía lo mismo en la cuenta "Caja".

No había un cobre; y además había de inmediato que empezar a pagar las cuentas pendientes, inclusive los sueldos de los jugadores.

Después de la reunión en la que se dió cuenta de la "realidad" económica del club, salimos algo descorazonados con Román, Mendoza y Benavides, buscando una solución a esta dolorosa realidad.

Para no perder la costumbre de las sesiones pre-aniversario, nos fuimos a un restaurant a comer algo.

Allí nos encontramos con José Inostroza, el ex secretario que siempre andaba en la "quemada" y empezamos a buscar solución a este problema sin solución.

—Hay que pagar a los jugadores, —informé a mis amigos en mi calidad de pro-tesorero— y además hay que cancelar al banco el diez por ciento de los cuarenta mil solicitados como préstamo, más los intereses.

—¿Y a cuanto asciende todo?—consultó Benavides.

—Más o menos a unos veinte mil,—respondí.

A Román se le cayó la guardia.

—¡¡Veinte mil!!—repitió asustado. Pero reaccionó de inmediato.

—Hemos estado en tiempos peores, —filosofó— y hemos sabido salir avanti. . .

Mendoza —el Cheno— que mientras esperábamos el plato único, leía "Las Ultimas Noticias", nos interrumpió.

—Escuchen lo que dice este diario.

Y leyó la información:

El Club Liceo de Temuco ofrecía tres partidos a los clubes de Santiago, para jugar en la Zona Austral, en los días de Fiestas Patrias.

—¿Por qué no nos ofrecemos nosotros?—consultó.

Le arrebatamos el diario para imponernos bien de la información.

—Pero ¡claro!, —exclamó Benavides.— Con esta jira hasta podríamos pagar a los jugadores.

Y empezó el cambio de ideas.

Cuando terminó la comida, nuestra decisión ya estaba tomada.

—Redacta tú el telegrama,—me dijo Román alargándome un papel.

Extraje mi estilográfica y tratando de economizar palabras concebí el texto. Le dí lectura.

—Hay que enviarlo inmediatamente,—dijeron todos.

—¿Pero quién lo pone?

Como llovía torrencialmente nadie quería abandonar el restaurant. No obstante, Inostroza, se ofreció gustoso.

—Yo lo llevo,—dijo.

Román extrajo del bolsillo del pantalón varios billetes, y pasando a Inostroza el texto del telegrama, con el dinero, le recomendó:

—Póngalo triple, compañero, y con contestación pagada.

Salió don José presuroso, como alma que se lleva el diablo y nosotros nos quedamos anticipadamente celebrando el éxito de la jira.

—Les pediremos diez mil pesos por partido, con gastos pagados,—decía Benavides.

—Y así saldaremos las deudas momentáneas y en treinta días más nos podremos fácilmente arreglar,—agregaba Román.

Hicimos la lista de los jugadores que podrían integrar la delegación y los posibles dirigentes:

—Tú, le dijimos a Mendoza, como entrenador del cuadro, tienes que ir obligado.

—Yo voy también,—dijo Benavides.— Pero los gastos corren por mi cuenta.

—En las mismas condiciones, yo también apego a los carros,—dije yo.— Creo que dispondré de tiempo.

—Me gustaría acompañarlos,—exclamó Román.— Pero es el caso que tengo tanto trabajo. . .

Hablábamos como si la “jira” ya estuviera oleada y sacramentada.

Y así pasó una hora e Inostroza no regresaba.

Empezamos a impacientarnos.

Afuera caía una lluvia pertinaz que nos obligaba a esperar.

Al cabo de un rato llegó un garzón hasta nuestra mesa.

—¿El señor Díaz?—consultó.

—Yo,—contesté.

—Le llaman por teléfono.

Me acerqué al fono.

—Don Manuel, —me dijo una voz desde el otro lado del alambre.— Usted habla con Inostroza. Le estoy llamando desde el cuerpo de guardia de la Comisaría del Puerto.

—¿Está detenido?

—Venga y le explicaré.

—¿Colocó el telegrama?

—Sí; tengo el recibo en mi poder.

—Vamos allá inmediatamente.

Subimos a un taxi y llegamos al cuartel.

En la puerta del Correo Central había habido un incidente y carabineros detuvieron a todas las personas presentes. Se nos llamaba sólo para probar la efectividad de lo declarado por Inostroza. Se le dejó en libertad.

Nos entregó éste el recibo del telégrafo y volvimos al restaurant a beber los bajativos y a comentar las incidencias.

Al día siguiente, por la tarde, ya teníamos una respuesta afirmativa.

El 16 de Septiembre, a mediodía, partíamos al sur, jugando contra el combinado "Magallanes Nacional", de Valdivia, el día 18 al que se ganó 8x2, **match** que fué comentado, con el siguiente título a toda página, por el diario "El Correo":

"Santiago Wanderers de Valparaíso, entrenó ayer en Valdivia para jugar hoy en Temuco".

Efectivamente, se jugó en Temuco los días 19 y 20, en la cancha El Bajo, contra el Liceo y la Selección de

Pitrufquén, a quienes se ganó fácilmente, regresando a Valparaíso, con los jugadores pagados y un remanente en caja.

Mientras íbamos en viaje al sur, uno de los dirigentes manifestó, poco antes de llegar a San Rosendo, que tuvieran mucho cuidado si compraban un pollo en esta última estación, pues los pollos que allí se vendían no eran tales, sino que tiuques.

Don Juan, el más esférico de los viajeros y creyéndose el más avisado, bajó en la citada estación y compró una gallina, pues de esta manera no le pasarían tiuques por pollos.

Sin embargo, a pesar de que don Juan conocía mucho de carnes vacunas, de aves conocía muy poco; y fué así como las habilidosas vendedoras de la estación le vendieron un tiuque viejo en vez de gallina. Muy engreído don Juan siguió viaje a Valdivia, abrazado a su tiuque e insinuando a cada instante:

—Don Guille, comámonos la gallina.

Pero don Guille y los otros dirigentes que formábamos la delegación, poco caso hicimos al tiuque de don Juan y preferimos pasar al coche comedor, dejando al bueno de don Juan, con sus 145 kilos anexos al tiuque.

Y en estas condiciones se llegó a Valdivia.

Las comisiones de los clubes Nacional y Magallanes esperaban a los wanderinos en la estación; y en automóviles y microbuses trasladáronnos al hotel. Don Juan, más molido que un saco de harina en flor, algo mohino y digustado, subió a un automóvil y llegó así al hotel con el tiuque bajo el brazo.

—Don Juan, comámonos el tiuque,—insinuaba más de un jugador.

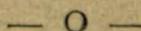
Pero Iligaray, silencioso y cansado llegó hasta su

pieza sin abandonar su fiel compañero de viaje, el tiuque sanrosendino que le habían pasado por gallina.

Como la comida fué excelente, no tuvo oportunidad el afable dirigente de brindar a sus compañeros con un trutro siquiera y en tal situación tuvo que llevárselo a la pieza y guardarlo para el desayuno.

Pero resulta que don Juan es hombre muy precavido y antes de acostarse, después de haber sopórtado 38 horas de viaje, tuvo la buena ocurrencia de revisar cuidadosamente su pieza y ¡oh!, desgracia! en ella había algunas cuevas de ratones. En tal situación, el buen dirigente, a objeto de no perder su compañero de viaje en el hocico de los roedores, tuvo que verse en la necesidad de dormir con el tiuque.

Y cuentan algunas malas lenguas que a la mañana siguiente cuando Juanito se presentó orgulloso al comedor, con el tiuque bajo el brazo, éste llegaba a echar humitos...



En Temuco, la noche del día 20, se dejó caer una finísima lluvia que no duró más de dos horas, por lo que el chico Benavides, a objeto de cuidar su salud, extrajo de su maleta un par de zapatillas de lluvia, que cuidadosamente le había colocado en ella su señora esposa.

Una vez calzadas se lanzó por esas calles de Dios, en compañía de otros dirigentes, a objeto de poner fin a su última noche temuquense.

Bien atendidos por los papábiles del deporte de Temuco, hubo discursos y libaciones; música y baile, a última hora, y la nota de buen humor primó sobre todas las cosas.

Ya avanzada la hora hubimos de recogernos al ho-

tel, en donde nuestro amigo no dejó por ningún concepto que se le quitaran los chanclos.

Mendoza y Berruezo, viendo que Benavides quería acostarse con zapatillas, optaron por quitárselas, a lo que respondió éste autoritariamente:

—¿Quién es el sin respeto que me ha quitado los chanclos? . . . No ven que me puedo resfriar.

Y poniéndoselos nuevamente se metió en el lecho.

Y las albas sábanas pagaron las consecuencias de su última noche temuquense.

Ya en Valparaíso empezaron de nuevo los dolores de cabeza.

Ahora había que asegurar el campeonato, pues los cincuenta años de vida del club así lo exigían.

Mendoza, el "Hombre de la Calle", dejaba los talones pidiéndole permiso a los jugadores, en sus trabajos, para que asistieran a los entrenamientos y Cárcamo botaba la gramática a cada momento para imponer sus consignas. Hasta que llegó la hora esperada:

—El domingo jugamos el último partido. Si ganamos somos campeones.

El sábado por la noche todo se volvía agetreos.

—¿No falta ningún detalle para la "final" de mañana?—consultaba Cárcamo.

—Ninguna, don Guille, —repuso Mendoza, el entrenador.— Pero es el caso de que al Chilenito Jofré. . .

—¿Qué le pasa a ése. . . ?

—Que le han robado la ropa.

Jofré dormía en el entresuelo del local del Club, junto a varios jugadores argentinos, y la mañana del sábado —el día anterior de dirimir el campeonato— se quedó todo el día en cama, pues por la noche —declaró— habían entrado ladrones y le habían robado el único traje que tenía.

—¿Así es que no quiere jugar?

—Jugar quiere, —repuso Mendoza,— pero es que no se puede presentar al estadio en paños menores.

Pancho Stock se encargó de comprarle un traje de confección y por la noche del sábado se lo llevó al dormitorio.

—Toma y ¡levántate! —se le dijo.— Y te vas de inmediato a la concentración.

Obtenido el triunfo y después de una comida de mantel largo en el Restaurant Mazzini, se le dió permiso a Cachivache para que regresara a Mendoza a ver a su viejita y al Chilenito Jofré se le notificó para que se mandará a cambiar y no pisara más los dormitorios del Club.

—Pero, don Rivera; si yo no he hecho nada, ché. Qué culpa tengo yo que me hayan robado el traje, ché. ¡Qué culpa! Y por esto me echan.

El Chilenito era humilde y rogaba.

—Pero, don Guillermo. ¿Por qué me echan del Club? Si yo no tengo casa y en la calle no puedo dormir.

—Te echamos como un perro, —repuso Cárcamo furioso,— porque sabemos que el traje se lo vendiste al Muachaca Zamora, para no jugar. Así es que esta noche sólo podrás dormir en el local del Club. Mañana te podrás ir a la misma. . . si quieres. ¿Entendiste?

Y claro que el Chilenito entendió.

A la mañana siguiente el Chilenito, ni largo ni perezoso, obedeció al pie de la letra las órdenes de sus jefes, sólo con el agregado de que en vez de partir tal cual había llegado, contrató un carretón de tracción humana, y se “mudó” con cama, estera y velador, como en el tango, los que convirtió en billetes en una minuta de Independencia, al llegar a la Avenida Argentina.

XXIV

"NO HAY ASAMBLEA QUE VALGA"

Cárcamo tenía unos deseos enormes de enmendar la plana y entre éxitos y fracasos manoteaba como ahogado, tratando de encontrar una tabla de que asirse.

Todavía el año 1943 no asomaba bien las narices en la secretaría del club, cuando ya andaba buscando gente nueva para formar un directorio a su amaño, gusto y sabor, pero que fuera representativo y en lo posible —esto era lo principal— con harta plata.

Habló con el socio Eugenio Ríos Rencoret, administrador de correos, y le propuso su participación en el directorio futuro, como así mismo a Luis Armando Reyes, regidor municipal y presidente de la Cámara de Comercio Minorista, los que aceptaron gustosos poner el hombro para levantar a Wanderers.

Formado este triunvirato, fué fácil encontrar el resto del equipo. Iligaray, el infaltable, buscó a Méndez y a Urbina, socios antiguos, y después llegó Juan Duclós, Gabriel Blanchard, Labayru y otros debutantes, con muchos deseos de sacrificarse.

Cárcamo se sintió feliz y corrió a la prensa a dar la gran noticia:

—¡Por fin tengo un directorio!—exclamó.

Pero no habían corrido aún dos meses cuando ya andaba comentando en corrillos:

—Si con esta gente no se puede hacer nada. Salvo Reyes, Ríos, Iligaray y Urbina, con los demás hay que hacer un atado.

Como Everton había organizado de nuevo sus huestes y pidió su afiliación a la Asociación Porteña, Cárcamo sufrió un ataque de bilis, al saber que el secretario y delegado del nuevo club resucitado, era nada menos que Soto Bunster.

Descontento con sus cooperadores y también con su Asociación, el consejo de delegados lo tenía hasta aquí, decía, y se pasaba el filo de la mano por la garganta, veía amargado que todas sus aspiraciones de grandeza se frustraban, por lo que buscaba la amistad de sus antiguos colaboradores para consolarse.

—Fijense que este pinganilla, —nos decía refiriéndose a uno de sus directores,— en la última sesión me faltó el respeto y hasta me quiso gritar. Les juro que si no estoy presidiendo le pongo de un combo la pera de cuello. Yo soy el presidente y se me tiene que respetar. Además yo no soy como él, un pobre empleadillo, que tiene que llegar todas las mañanas corriendo al banco a marcar la tarjeta de control.

Y dentro de este ambiente tan poco afectuoso, lógicamente que la cooperación era casi nula, pese a los esfuerzos que ponían muchos dirigentes, para limar asperezas.

No obstante, Ramón Lasa, logró imponer una tregua momentánea, dentro de este ambiente de franca beligerancia existente en la directiva del club.

Llegó hasta las oficinas de Cárcamo, una mañana del mes de Mayo, con un gran notición:

—Beke ha renunciado a la presidencia de la Porteña para tomar las riendas de Evertón. Así es que tenemos que marchar muy de acuerdo para elegir un presidente que convenga a Wanderers.

—¿Y a quién crees tú, Perro, que debemos elegir?—consultó Guillermo Lyng que se hallaba presente.

—Yo creo que el único hombre que a Wanderers le conviene elegir, —repuso Lasa, que lo traía de tapadita,— es a Erasmo Sapiain. Este hombre es una garantía para el club.

Don Guille llamó a Eugenio Ríos, el delegado oficial ante la Porteña y le propuso que “hiciera ambiente” dentro del Consejo para elegir a Sapiain; convocó al directorio para estudiar la mejor forma de hacer el “cambullón y hasta hubo una comida en la Academia de Billares de la Avenida Pedro Montt (1) con asis-

(1) Hay que advertir que en aquella época los comedores de la Academia de Billares de Avenida Pedro Montt, eran el rendez-vous de todos los dirigentes y cronistas deportivos de Valparaíso y aún de la capital.

Y dentro de este ambiente acogedor se destacaba su propietario, Victoriano Llubía, un vasco deportista y simpático, que dirigía un conjunto de vascos danzarines denominados “spatadanzaris”, como asimismo uno de sus garzones, atento, respetuoso y conocedor de su oficio, que tenía el defecto de ser demasiado tardo de los oídos, por lo que le habían apodado “Tapia”.

Contaba Ramón Lasa que cierta noche que se hallaba un tanto aburrido, decidió repentinamente ir a la función nocturna del Teatro Victoria, que se encontraba ubicado frente de la puerta de la Academia, por lo que decidió comer un

tencia del candidato y de los delegados de los clubes de mayoría y presidida por Cárcamo y Lasa.

Ya elegido don Erasmo como dirigente máximo de los profesionales porteños, se le enchufó como ministro de hacienda a Edmundo Benavides, por lo que don Guille decretó una tregua dentro de su directorio, se sintió feliz creyéndose propietario de la Asociación Porteña de Fútbol y se puso a descansar.

Pero Sapiain, a pesar de sus abolengos de antiguo dirigente verde, fué resultando poco parcial, lo que motivó la ruptura de relaciones entre Cárcamo y Lasa, pues aquel decía que había sido engañado por éste y que don Erasmo no era caturro sino "que guata amarrica. (1).

Y donde esta opinión de Cárcamo nadie se la pudo sacar de la cabeza, fué cuando el consejo de la Porteña, presidido por Sapiain, acordó fijar el partido Wanderers-Everton en el Estadio Las Zorras.

—¿Pero cómo usted, don Eugenio, —le preguntaba a Ríos,— pudo permitir que este partido se programe en Las Zorras? Usted bien sabe que el público allá nos es hostil, la cancha chica no nos favorece y ade-

plato único en este local, después de obtenida la entrada. Tapia, solícito, se presentó a atenderlo.

—Mira, —le advirtió el Perro,—voy a ir a la función nocturna que empieza a las 21.30 y ya son las 21.10. Si no me puedes servir un plato, antes de cinco minutos, es mejor que me lo digas, para comer después de la función. ¿Me entendiste bien?

Y la respuesta del garzón fué inmediata:

—Sí, señor. ¿Y lo quiere con papas?...

(1) Denominación que la hinchada da a los socios de Everton.

más no se ganará un cobre, pues ese estadio no tiene capacidad.

—Pero, don Guillermo. Qué quiere que haga yo solo en el Consejo.

—¿Y Sapiain?

—Pero si el solo dirige los debates.

—Sí; pero como presidente puede intervenir.

Ríos movía la cabeza; Cárcamo se paseaba iracundo e Higaray con ambas manos sobre el balón de la barriga, observaba la escena.

—Bien pudo Sapiain aplazar el partido, —vociferaba Cárcamo.— A la Porteña le conviene, igual que a nosotros. Es cuestión de pesos. Yo se lo dije bien esta mañana, por teléfono. Pero ¡claro! como es evertoniano tira a embromar a Wanderers.

Llegaron luego los demás directores y Cárcamo declaró que no habría reunión y que el partido no se jugaría.

—Pero, —advirtió Eugenio Ríos,— si el equipo no se presenta caeremos en una multa de cinco mil pesos.

—Pues yo pago la multa de mi bolsillo, —exclamó don Guille.— Pero el partido no se juega.

Y abandonando el local del club se dirigió a la prensa a informar que el match Wanderers-Everton había sido suspendido.

El directorio, no obstante, se constituyó en sesión y acordó lo contrario: acatar la orden de la Porteña.

Lucho Urbina y Juan Duclós asumieron la jefatura y la dirección (?) y dieron contra orden a todo lo obrado por Cárcamo.

Y mientras la prensa no sabía a qué atenerse, pues sólo recibía informaciones contradictorias, llegó el día domingo, sin que se supiera a ciencia cierta si se jugaba el **match** o no se jugaba.

Por la mañana de ese día don Guille llegó por el negocio de Iligaray a inquirir noticias.

—El partido se va a jugar, don Guillermo, —informó Juanito.— En estos momentos está Urbina, Méndez, Duclós y Blanchard en el Restaurant “El Quijote” ordenando el almuerzo a los jugadores para irse en seguida a la cancha.

Cárcamo, demudado, partió echando chispas.

—Mañana mismo renuncio, —anunció.— No se puede trabajar con éstos...

El **match** se jugó y se perdió. Y como hubo tantas idas y venidas el público no respondió al espectáculo y económicamente fué un fracaso.

Luis Armando Reyes, el vice, que se hallaba ajeno a las incidencias, intervino de amigable componedor y obtuvo el retiro de la renuncia de Cárcamo.

Pero, dentro del directorio, la guerra quedó declarada. La paz reinaba en Varsovia.

El directorio se dividió en presidenciales y anticarcamistas, por lo que la indisciplina contagió a los jugadores y el campeonato de 1943, lo obtuvo el Deportivo Administración Puerto, con gran alegría de Otto Haak y dolor de don Guillermo.

Sin pena ni gloria llegó la renovación del directorio de 1944.

Mientras tanto el presidente de Everton, Ives Beke, que a pesar de las discrepancias deportivas entre ambos clubes, mantenía una amistad sincera con los dirigentes wanderinos, propuso a Cárcamo la conveniencia de inscribir a ambos clubes en la Asociación Central de Santiago, pues ya la Porteña les quedaba chica a los clubes grandes como Everton y Wanderers.

Don Guille aceptó de buen agrado esta insinuación, la que comunicó a Eugenio Ríos, el que también captó la conveniencia del traslado del equipo a Santiago.

Convocada la reunión general para elegir la nueva "mesa", Juan Duclós fué el encargado de la cuenta, en la que abocó su artillería contra el presidente, por las incidencias habidas, con gran molestia de Cárcamo, que estaba mas nervioso que el loro del cuento.

Por su parte Eugenio Ríos, apoyado junto al marco de una ventana, dió la cuenta deportiva, por su calidad de delegado ante la Asociación, y la que terminó proponiendo la conveniencia de inscribir el primer equipo en Santiago, pues Valparaíso no era plaza para un equipo profesional.

La asamblea rugió.

—¿Cómo Wanderers, con sus 52 años de vida, iba a abandonar la ciudad que lo vió nacer, para ir a jugar de afuerino sin que sus socios lo pudieran ver actuar?

Era una locura.

Eliseo 2.º Guerra, envió un telegrama desde Quilota, pidiendo que Wanderers continuara siendo "porteño".

Pedro Taucán, el viejo socio de Wanderers que nunca falta a una asamblea, hace un discurso, se aplaude a sí mismo y luego se retira, no pudo faltar en esta oportunidad.

—Nuestro club, —dijo— llena toda la tradición deportiva de Valparaíso; y llevarlo a jugar fuera del puerto sería una traición a la afición de la Perla del Pacífico. Wanderers debe continuar siendo porteño.

Y después de oír los aplausos a sus expresiones se retiró. Como de costumbre.

Víctor Romero, el más viejo de los socios auténticos del Club, también aplaudió a Taucán, como lo hicimos la mayoría de los asistentes. Emilio Alvarez, otro viejo tercio, insinuó:

—Nos gustaría conocer la opinión del señor presidente. Y consultó:

—¿Conviene o nó que el club se vaya a Santiago?

Don Guillermo que ya había sido arrastrado por la corriente de opinión de la asamblea, repuso sin titubear:

—Creo que no nos conviene.

Eugenio Ríos, que había hablado por boca del presidente, se ruborizó y guardó silencio.

Sic transit gloria mundi.

Y se sentó.

Hubo un aplauso prolongado, se declaró la sala en comité y se procedió a recoger los votos para renovar el directorio.

Resultado. Casi los mismos del año anterior resultaron elegidos, salvo cinco de los "viejos" que habíamos sido enchufados de sorpresa.

Don Guille presentó su renuncia de inmediato. No quería nada con sus colaboradores del año anterior. A su renuncia le seguimos varios.

El directorio no pudo constituirse y se convocó para el martes próximo. Ya en la nueva reunión la renuncia directiva era total. Don Guille no asistió y la presidió Armando Silva, quien llamó a la cordura y al entendimiento a los socios de la vieja institución.

Juan Iligaray se puso de pié y afirmando su rubicunda figura en un extremo de la mesa, hizo uso de la palabra.

Recordó sus largos años en el club; hizo remembranzas de ayer, exaltó la personalidad de Cárcamo y sus colaboradores más próximos y cuando hubo llegado hasta el presente, con lágrimas en los ojos, gritó, golpeando con un puño la mesa.

—Y por todo esto que habéis oído, mis amigos, —dijo— es que os pido que nos unamos para que nuestro querido club siga siempre su carrera ascendente; y más aún si es en torno de un hombre que, como Gui-

Ilermo Cárcamo, nos ha sabido colocar en el sitio en que nos encontramos.

La emoción de Iligaray fué un sedante en la asamblea; y mientras él se enjugaba las lágrimas sinceras, muchos compartieron su emoción y fué así como la elección se llevó a efecto.

La mayoría de los elegidos fueron viejos, pues los "nuevos" quizás si de acuerdo con sus principios liberales acordaron dejar hacer y dejar pasar.

Cárcamo ya reelegido, junto a sus viejos colaboradores, se sintió feliz.

—Ahora hay que ponerle el hombro a la "cosa",— dijo.

Y le pusimos el hombro.

Armando Silva había retornado a la vicepresidencia; Reinaldo Meneses actuaba como pro-tesorero; Gabriel Rivera —Macetita— volvía de nuevo al directorio; Andrés Morán, viejo tercio, como Juan Iligaray, entraban también a colaborar; a mí se me entregaba la secretaría, mientras que a Edmundo Olfos se le ungió tesorero y a Luis Navarro, pro-secretario.

Este último me resultó un excelente colaborador, pues en conjunto reorganizamos la secretaría, creamos la clasificación numérica de los socios —anteriormente no había registros— y el prontuario de los jugadores.

Luis Navarro que vivía en Villa Alemana, hacía caso omiso a sus úlceras estomacales y trabajábamos hasta "el último tren", dándole formas a la secretaría, porque al recibirla no tenía ésta ni pies ni cabeza.

Para formar el registro general de socios, pedimos a tesorería la lista total de ellos y se nos entregó sólo 147 nombres, por orden alfabético.

—¿Y no hay más?—consultamos.

—Son los únicos que aparecen pagando las cuotas, —repuso Meneses.

Navarro tomó la lista, compró un libro y confeccionó el registro numeral, por lo que muchos socios sólo de ayer que tienen un apellido con la letra "A" inicial, ocupan hoy los primeros números. Luis Abramson, por ejemplo, socio número uno.

Pero como según la expresión bíblica "de todo hay en el valle del Señor", mientras la secretaría tomaba formas, la tesorería iba de mal en peor, pues Olfos, industrial panadero que se había asociado con un hijo de don Guille para explotar una panadería del barrio del puerto, creyó que el producto de los partidos era para comprar harinas, por lo que no pagaba ni el sueldo de los jugadores.

Juan Pavéz, al conocer este "dato" puso el grito en el cielo y terminó por denunciarlo al juzgado del crimen, por estafa.

Menos mal que Olfos pagó lo que se le cobraba y ¡aquí no ha pasado nada!

Pero es el caso de que el directorio de 1944, al hacerse cargo de su misión, no tenía un cobre ni para hacer cantar a un ciego.

La Asociación Porteña no era chanco que diera manteca y después de haber jugado tres partidos oficiales, recibimos una liquidación en que quedaba a nuestro favor la suma de \$ 1.700.—

Con 147 socios al día, que pagaban cuotas de diez y cinco pesos, más los \$ 1.700, estábamos como un barco en zozobra.

S. O. S.

¿Pero a quién lanzar este llamado de angustia?

Siendo dirigente de un club de fútbol estábamos como los water polistas: con el agua al cuello.

Propusimos en reunión:

—¿Por qué no inscribimos nuestro primer equipo

en la Central? Wanderers en Valparaíso no puede vivir.

—¡Y la asamblea!—repuso Cárcamo.

—La echamos al bolsillo. No hay asamblea que valga.

—Nos censurarán.

La noche de un sábado nos encontramos con Meneses, Navarro y Benavides y después de cambiar ideas sobre la caótica situación del Club, acordamos ir a comer juntos a un restaurant, y entre copa y copa y plato y plato, las ideas fueron tomando formas.

—Podríamos hacer actuar al club igual que en Argentina,—dijo Benavides.— Como Rosario Central, por ejemplo; un partido en su cancha y otro como visita.

Estudiamos la proposición.

—¿Pero la Asociación Central aguantaría?

—Consultemos a Beke,—dijo Benavides y se dirigió al teléfono.

Regresó después de un rato.

Hablé con Ives —informó— y quedó encantado con la idea. Dijo que mañana hablaría con Cárcamo.

Iniciamos entonces el estudio de cómo llevar a la realidad el proyecto.

—Tenemos la asamblea en contra,—dijo Meneses.

—Cuando las ideas tienden a levantar el nivel económico de una institución, ¡no hay asamblea que valga!, —repuso Navarro.— En esto hay que ser dictatorial.

Como llegaba la hora del tren, Navarro nos abandonó y quedamos nosotros dándole vueltas y revueltas al magín a objeto de encontrar la salida reglamentaria para poder abandonar la Porteña.

Después de mucho elucubrar creímos encontrar la clave.

—¿Y si le ofrecemos un cinco por ciento de los bordereux de los partidos que se jueguen en Valparaíso? ¿Crees tú que aceptaría?

Benavides, como tesorero de la Asociación, aspiró una bocanada de humo y echándose hacia atrás en el respaldo de la silla, respondió:

—Sería cuestión de hablar con Manuel Arriagada, —era el nuevo presidente de la Porteña, por renuncia de Sapiaín.— Creo que un cinco por ciento podría interesar.

Procedimos entonces a redactar el borrador de la carta oferta.

Pedíamos que se nos mantuviera reglamentariamente afiliados a los equipos inferiores en la Asociación y nos comprometíamos a mantener un "primer equipo" para continuar la competencia en Valparaíso, de acuerdo con el "sorteo". Pagaríamos todos los derechos de traslado de jugadores y garantizábamos un cinco por ciento de la entrada bruta de los partidos jugados en Valparaíso, con los clubes de Santiago.

Ya la media noche había quedado atrás cuando se terminó la redacción de la carta oferta de desafiliación del primer equipo a la Porteña. Una vez leída los tres "Chamorros" de la idea le pusimos el visto bueno.

Al medio día siguiente ya habíamos copiado, en limpio, en la máquina del club, el tenor de la carta y repartimos sendas copias a los directores que pudimos ubicar, para que estudiaran nuestro ante proyecto.

A la primera reunión, Cárcamo ya venía medio cambiado de parecer.

—Hablé con Beke, —nos dijo— y él inscribe el miércoles a Everton en Santiago.

—¿Y nosotros qué esperamos?—consultó Pavéz.

—Hay que pelearla primero en la Porteña,—informó Cárcamo.

Se aprobó el texto de nuestra nota, se copió a máquina, timbró y firmó por presidente y secretario y se comisionó a ambos para que fueran a "defenderla" a la Porteña.

En la sesión vespertina del día martes del Consejo de la Asociación, asistimos con don Guille a defender nuestra oferta: él como presidente, por derecho propio y yo en mi calidad de delegado titular.

Me cupo sentarme junto al pupitre primero a la izquierda del directorio, con una placa niquelada sobre su cubierta en la que se leía "S. Wanderers". Don Guille tomó un asiento lateral: el de los presidentes.

Se discutieron varios asuntos para nosotros sin importancia, hasta que se llegó a la nota de nuestro club.

El secretario rentado, Osvaldo Pérez, le dió lectura, mientras el presidente Arriagada, arrancaba hojas de un pequeño bloque y hacía palomitas de papel.

—Ofrezco la palabra, —dijo apenas se dió término a la lectura.

—Pido la palabra, —se oyó la voz de un delegado que estaba sentado a mis espaldas.

Era Hormazábal, el representante del Club Deportivo Las Zorras.

—Estoy muy de acuerdo con lo propuesto por Wanderers, —dijo— pero con el agregado de que se vaya con todos sus equipos y no lo oigamos nombrar jamás en esta asociación.

Como representante del club aludido pedí usar de la palabra; y después de hacer una exposición, con documentos y estadísticas a la vista, probé ante el Consejo la conveniencia de que se nos autorizara trasladar nuestro primer equipo a la Central. Al terminar mi exposición ofrecí la palabra al presidente de mi club

Y fué así como el domingo 28 de Mayo de 1944, a las 16 horas el árbitro Fernando Nicolás hizo sonar su silbato, llamando a Santiago Wanderers a cancha, para que cumpliera su primer compromiso oficial, en el Estadio Nacional. (1) Y la frase de Luis Navarro, lanzada en un momento de entusiasmo tuvo a la vez su consagración.

—Cuando las ideas de un directorio tienden a levantar el nivel de una institución, ¡no hay asamblea que valga!...

Primer equipo profesional de Wanderers, en la Central: Godoy, J. García, Lecea; Mondaca, Berruezo y Zepeda; Toledo, C. García, Sáez, M. García y Peña.

INDICE

PRIMERA PARTE

De la Cancha de los Lúcumos

	Pág.
I.—Debemos fundar un Club.....	11
II.—Le llamaremos Santiago Wanderers.....	16
III.—Hacia su organización.....	20
IV.—Se abre la sesión.....	23
V.—Este es el Club de mi hermano.....	26

SEGUNDA PARTE

Partió Santiago Wanderers

VI.—El Capitán Fernández Vial, un Clásico y una ponchera	33
VII.—Un triunfo de campanillas y dos jugadores más	46
VIII.—Somos más fuerte que esta tragedia.....	49
IX.—Una sesión en sordina y una fotografía que no fué.....	52

ACABOSE DE IMPRIMIR LA PRIMERA
EDICION DE ESTE LIBRO EN LOS
ESTABLECIMIENTOS GRAFICOS
Y EDITORES "LA NOVELA
COSMOPOLITA", JOSE
TORIBIO MEDINA 49,
SANTIAGO
(REP. DE CHILE)
EL DIA 25 DE
NOVIEMBRE
DE 1952.

*

Establecimientos Gráficos y Editores La Novela Cosmopolita
José Toribio Medina 48 — Teléfono 68733
SANTIAGO DE CHILE